



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS



DE COSMÓGRAFOS A SABIOS. MOMENTOS
DEL AMERICANISMO ALEMÁN.

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
P R E S E N T A :
MARIANA CORONEL GÓMEZ



ASESOR: DR. HORACIO CRESPO

MÉXICO, D.F.

2009



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

De cosmógrafos a *sabios*. Momentos del americanismo alemán.

T E S I S

Que para obtener el título de:

Licenciada en Estudios Latinoamericanos

Presenta

Mariana Coronel Gómez

Asesor: Dr. Horacio Crespo

México, D. F.

*A los que estuvieron conmigo durante este proceso.
A mi madre, quien en palabras de Baricco, me enseñó que caminar juntas es un destino
del que no es necesario dudar en ningún momento, ya que está escrito en la tierra.
A Horacio Crespo, quien me enseñó la brújula, donde nuestro norte es el sur.*

*Y a quienes no lo están más, cuya ausencia es también significativa;
mis profesores Gustavo Vargas y Collin White.
E irremediablemente, alguien cuyo nombre no debería estar aquí, sino en la
celebración de este mundo del que no hay que quejarnos, porque estaba aquí antes que
nosotros.
Justo como tú me lo dijiste, Pavel.*

La concreción de esta tesis no hubiera sido posible sin el invaluable apoyo que recibí, el que inevitablemente ha construido próceres morales y académicos: de manera indisociable en mis amigos y colegas Andrea Cordero, Ezequiel Esteves, Lucía Garro, Rodrigo Franco; la formación latinoamericanista y profundamente humana de los profesores Miguel Ángel Esquivel, Francisco Amezcua, Omar Núñez Rodríguez, Andrés Kozel, Marcelo Ruiz y María Teresa Álvarez Icaza; el empecinado apoyo de los compañeros de *Nostramo*, especialmente a través de las sonrisas de Mina Navarro y la guía de Irving Reynoso; así como el nunca faltante amor y sustento del hogar del que provengo, de las Tías Malú, Lendy, Elenita y los tíos Paco y Gabriel.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
--------------	---

CAPÍTULO I.

AMÉRICA INTUÍDA: EL COSMÓGRAFO Y EL IMPRESOR

<i>1. Cuatro cosmógrafos que configuraron a América: Nicholas Germanus, Henricus Martellus, Martin Behaim y Martin Waldseemüller . Desde su negación al nombramiento.</i>	7
1.1 LOS MAPAS “IMAGINARIOS”	11
1.2 LA CARTOGRAFÍA PTOLEMAICA DE NICHOLAS GERMANUS	14
1.3 LA COLA DEL DRAGÓN EN HENRICUS MARTELLUS	16
1.4 MARTIN BEHAIM Y SU <i>ERDAPFEL</i>	22
1.5 EL NOMBRAMIENTO DE AMÉRICA POR MARTIN WALDSEEMÜLLER	27
1.6 EL <i>ENCUBRIMIENTO</i> DE AMÉRICA	36
<i>2. El impresor Sebastian Brant y su Nave de los Necios. La aparición editorial americana como exclusión de la otredad.</i>	
2.1 <i>DAS NARRENSCHIFF</i> Y EL FENÓMENO EDITORIAL	39
2.2 EL PROYECTO PEDAGÓGICO DE BRANT	42
2.3 EL SIGNIFICADO DE LA TENTACIÓN AMERICANA	48

CAPÍTULO II.

AMÉRICA CONOCIDA. LA VANGUARDIA COLONIAL Y EVANGELIZADORA

<i>1. Los conquistadores como primeros ordenadores de la naturaleza y el hombre americanos: Nicholas Federmann, Ulrich Schmidel y Hans Staden.</i>	
1.1 EN LA EXPERIENCIA DE LA ESCRITURA <i>DESDE</i> AMÉRICA.	52
1.2 TRES CRÓNICAS DE VIAJE EN SU CONTEXTO COLONIZADOR.	57
1.3 LA <i>HISTORIA INDIANA</i> DE FEDERMANN.	62

1.4 VIAJE AL RÍO DE LA PLATA DE ULRICH SCHMIDEL	76
1.5 VIAJES Y CAUTIVERIO ENTRE CANÍBALES DE HANS STADEN	88
1.6 AMÉRICA A TRAVÉS DE SU RELATO	98
2. <i>El americanismo de los jesuitas de frontera</i>	
2.1 LOS FUNDAMENTOS DE LA MISIÓN	103
2.2 LA ORDEN EN HISPANOAMÉRICA	105
2.3 EL LUGAR DE LOS JESUITAS ALEMANES	108
2.4 APUNTES DE LOS JESUITAS	111
CAPÍTULO III.	
AMÉRICA OBJETIVADA : EL CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS	
1.1 EL SURGIMIENTO DE LOS CONGRESOS INTERNACIONALES DE AMERICANISTAS.	119
1.2 LA AMERICANÍSTICA EN ALEMANIA.	122
A MANERA DE EPÍLOGO:	
LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS LATINOAMERICANOS EN TIEMPOS DEL NAZISMO. LA DISCUSIÓN SOBRE LA RAZA	134
CONCLUSIONES	141
APÉNDICE 1	145
BIBLIOGRAFÍA	149

INTRODUCCIÓN

La reflexión americanista, es decir, el intento de intelección sobre el objeto de “América”, existió desde antes del descubrimiento geográfico de nuestro continente; en las inquietudes que surgieron desde y para el pensamiento europeo. El americanismo se desarrolló primero como producto de la necesidad de la propia conciencia europea, preguntándose por el lugar geográfico que le correspondía a la existencia intuida de *otras tierras*; la naturaleza de sus habitantes y el papel que correspondía a los europeos frente a ellos. Posteriormente, a medida que la idea y el nombre americanos se fueron llenando de significados, el americanismo se desarrolló también como producto de la misma conciencia americana y como una actividad inherente a su propia conciencia.

La *idea* que sobre América se tiene, es la que se pone en la mesa de debate desde las reflexiones que surgen al interior y al exterior de este espacio, que comenzó siendo un lugar geográfico planteado ontológicamente y derivó, a partir de su propio desarrollo histórico y los retos planteados por la búsqueda de colocarse como *sujeto* de enunciación, en amplios proyectos identitarios, políticos y aún económicos.

La *arqueología* de los cuatro momentos del americanismo no es una historia lineal si no una averiguación sobre las configuraciones que han dado lugar al conocimiento sobre América. El método de no construir una historia lineal para abarcar cuatro momentos específicos que sean tomados ellos mismos como los ejes articuladores sobre los que se desarrolla un tipo de conocimiento -no ya como ejemplos ilustrativos, sino en sí mismos como piezas medulares en la conformación de un proceso-, es sugerido también por Foucault. Nos habla de:

Un estudio que se esfuerza por reencontrar aquello a partir de lo cual han sido posibles conocimientos y teorías; según cuál espacio de orden se ha constituido el saber; sobre el fondo de qué *a priori* histórico y en que elemento de positividad han podido aparecer las ideas, constituirse las ciencias, reflexionarse las experiencias en las filosofías, formarse las racionalidades para anularse y desvanecerse quizá pronto. No se tratará de conocimientos descritos en su progreso hacia una objetividad en la que, al fin, puede reconocerse nuestra ciencia actual; lo que se intentará sacar a luz es el campo epistemológico, la episteme en la que los conocimientos, considerados fuera de cualquier criterio que se refiera a su valor racional o a

sus formas objetivas, hunden su positividad y manifiestan así una historia que no es la de su perfección creciente, si no la de sus condiciones de posibilidad”¹

En esta exposición, se trata de evidenciar el hecho de que no existe una continuidad armónica en la construcción del conocimiento, que dibuje de manera lineal una teleología del saber. En Alemania existieron ejemplos sobre los esfuerzos de construcción de hermenéuticas cuyo objetivo era la necesaria reactualización del americanismo, desde la actividad cosmográfica hasta la profesionalización de estos estudios en un centro público dedicado a tal efecto.

En este sentido hemos seleccionado los cuatro momentos que nos parecieron significativos y sobre los que se podía ir rastreando una manera específica de aprehender la realidad americana, del cosmógrafo, al impresor; después el conquistador colonial y espiritual; últimamente el sabio de conocimientos eruditos quien sería reemplazado por el científico.

Para incluir a América en estas distintas adscripciones nos referimos a la fórmula de Gustavo Vargas, “América antes de América”. Es una América que se construye poco a poco a través de los ojos de una cultura que ha tenido contactos con las tierras de ultramar de distinto corte y participó en el descubrimiento del objeto de estudio americano; en su tradición cosmográfica, en las descripciones de viaje, los resultados de la evangelización, la crueldad de la etnografía. Nos preocupa averiguar, desde el polícromo espacio de enunciación de Alemania, cómo conocieron en la historia y la cultura a América, y la forma en que la intelección estuvo atravesada por la conciencia sujeto. A decir de O’Gorman, “cómo también, un hecho no es lo que pasó en sí, de manera ajena a dicha conciencia, sino cómo un fenómeno natural, si afecta el curso de la historia, deja de ser natural y se integra al suceder como hecho histórico”.²

Cada una de las etapas seleccionadas corresponde a cuatro momentos distintos de enunciación y construcción del objeto de estudio, que son: América intuita; América conocida, América objetivada, y, como lo incluimos en el epílogo, América institucionalizada.

¹, Michel Foucault. Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas, s. XXI ed., México, 2005, p. 5

²
O’ GORMAN, Edmundo. *Historiología: teoría y práctica*, (estudio preliminar de Álvaro Matute), Biblioteca del Estudiante Universitario 130, UNAM, México, 1999. p. XXI

Los sujetos de producción del conocimiento desde la cultura alemana fueron de distintos tipos: están tanto los que estuvieron y los que no estuvieron. Es decir, los que presenciaron todo con sus propios ojos e hicieron de esto la imagen cultural principal, y quienes nunca estuvieron aquí, pero la pensaron desde su imprenta o desde el gabinete científico. De esta manera se cierra el ciclo del acercamiento/alejamiento, ya que los últimos pensadores de América tampoco la vieron nunca, emulando la tradición de los cosmógrafos. Podríamos entonces hablar, del paso del juicio directo de exploradores y misioneros hasta el indirecto del “literato de gabinete”.

De los exploradores a los jesuitas a los americanistas hubo un salto en la relación con los habitantes del Nuevo Mundo: la producción va desde la etnología descriptiva, pasando por la etnología filosófica hasta llegar a la etnología científica; empeñada en describir con más exactitud, a base de observaciones que comprobaran la *realidad etnográfica*. La diferencia sobre el lugar de enunciación tuvo el efecto de cambio que iba de una “felicidad eldorádica” hasta un pesimismo basado en el progreso que ve su más radical expresión con los racionalistas del XVIII.

De un momento a otro se da el gran proceso de transformación del salvaje en hombre civilizado: los exploradores los vuelven vasallos y los jesuitas los evangelizan. Después de esto, la transformación viene en otro sentido pero también se busca. Estas primeras dos etapas de un mismo proceso de binomio, incluso se separan como dos grandes vertientes en la literatura. Por ejemplo, el Padre Lafitau decía a partir de la experiencia americana, “la historia tiene grandes y bellas cosas, sin duda; pero no todo es bello en ella”. Sin embargo creía que dentro de las cosas bien logradas por el hombre estaban por ejemplo, “la conquista espiritual del nuevo mundo”, a diferencia de las sobras proyectadas de las crueles acciones por mar y tierra de capitanes y marinos (sin embargo algunos de los testimonios de los jesuitas nos hablaría sobre la misma capacidad de crueldad que ellos mismos tenían).

La frustración se dio en la creencia sobre la desaparición -a través de la expulsión violenta por parte de la Corona-, de la acción de los frailes; a partir de esto el proyecto de civilización de los indios se secularizó. La tarea estaría a cargo del influjo, también interesado, de los ilustrados de gabinete que desplazaban las ideas de los modelos no menos científicos de los otros “etnógrafos” de los siglos XVII por un método que en teoría era objetivo y por lo tanto, verdadero.

América había sido intuita, presagiada, por ser el hombre, en palabras de José Gaos, *Bestia cupidissima rerum novarum*; una bestia deseosísima, avidísima, de cosas nuevas, de novedades. Por lo tanto, la idea de la aparición de América como renovación del hombre que se encontraba sumido en la tensión del mundo medieval y busca más allá de sí encontró “algo nuevo, en un nuevo lugar”. Por eso al lugar al que llega proyecta su utopía. El debate generado al respecto por O’Gorman, nos dice que no hay hallazgo, ni descubrimiento, sino *invención*; de esta manera los deseos de los europeos ajustan América a la utopía.³

Descubrir América implicaba encontrarla ya hecha y plenamente constituida. Inventarla sería en cambio, dotarla de un *ser*. Esta invención inició con la invención geográfica, en la cartografía y después en las descripciones de los viajes. América se convirtió en el espejo de la alteridad europea a través de los *Bestiarios*, donde Europa utilizaba sus propias figuras de alteridad para revivir el escenario americano. Uno de los antecedentes importantes de la crónica del siglo XVI, que hace un juego constante entre el signo literario del saber grecolatino y la realidad de los viajes, es la *Historia Natural* de Plinio, constantemente citada por los viajeros. A pesar de que en este trabajo no se hará referencia explícita a los *Bestiarios*, consideramos que de manera medular, el tema está ligado a las caracterizaciones que de los habitantes de las Nuevas Indias hacían los cronistas y viajeros. En sus obras se considera la naturaleza bestial de lo americano como una preconcepción medieval, expresando la tensión de estos paradigmas culturales con la experiencia de viajeros y jesuitas que integraban su visión “a la historia”; por medio de su cosmovisión.

La preocupación por el origen del hombre americano tuvo desde la explicación bíblica e ilustrada en José da Acosta e incluso alcanza nuestro siglo en la *americanística* y después en la etnografía. También a través del relato de los cronistas, se puede ver el intento de comprensión sobre “el origen de estas demoniacas creaturas”. En las crónicas, la literatura se coloca como un gran ejercicio de reconfiguración ontológica del espacio; donde interactúa el mito y la poesía; éstas recubren las construcciones históricas y el afán pedagógico y de adoctrinamiento. A pesar de que el inicio del mundo moderno se dio desde la Edad Media con los viajes fabulosos descritos por Simbad el Marino o por Marco Polo, que revelaba el continente eurasiático desde su extremo oriente hasta llegar a los dominios del Gran Kan en Catay; estos viajes

³ O’ GORMAN, Edmundo. *La invención de América*. Fondo de Cultura Económica, México, 1958

configuraron las mentes y las imaginaciones entre los exploradores del siglo XVI que veían a su paso enanos, gigantes, seres demoniacos y otras reminiscencias de las imágenes medievales.

El destierro no inmediato de las oscuridades de la sinrazón coloca en los escenarios de literatura así como en los elementos planteados por el cambio cartográfico el “presagio americano”, que no sólo precedieron sino afirmaron su concretización como ente histórico; en un complejo juego entre “razón” y “realidad”. Una de las consecuencias de este proceso fue la integración de los viajes con las ideas que existían *a priori*, basadas en la autoridad de argumento. La idea del viaje puede ser usada también como la práctica de la que se valió el americanismo para ir transitando de un lugar de enunciación al otro, por sujetos que al final buscaban bajo distintos paradigmas, la comprensión el espacio americano. Ortega y Gasset dice del hombre que es un *homo viator*, hombre caminante o viajero; en esta idea “la vida es una faena que se camina hacia adelante”.

América no nombrada, fue puesta en el horizonte de la moral en cambio, de la culpa del XV y XVI temprano. Fue la curiosidad del conocer vasto como un exceso, que impedía la verdadera sabiduría, que es la introspección. Pero ¿el deseo? Eso empuja hacia adelante, sin solución de continuidad, desde Colón, desde antes de Colón, después de Colón, hasta los oscuros burócratas de los estados ya virreinales, que ya no desean, sino administran. Su labor, así como la de los jesuitas y de manera más radical en los científicos del siglo XIX, estaba amparada bajo el poder de la razón:

La razón que nos hace prever el resultado de operaciones concertadas con la intención de producirlos, y la fe, que cuando es verdadera ilumina el alma, despojándola de servidumbres orgánicas banales, y como rayo luminoso penetra la entraña de los problemas imponderables, y pone al descubierto la estructura íntima de sus elementos más recónditos, con el resplandor de sus haces deslumbrantes⁴

Desde la aparición de América como ente alejado del mundo cristiano y excluido, hereje o apócrifo, hasta su inclusión en una ciencia objetiva, o incluso en los intereses de una institución. Conocimientos que se negaron uno al otro, cobrando las variadas formas en

⁴. SANZ, Carlos “El mapa del mundo. Según el proceso cartográfico de Occidente y su influencia en el de Oriente y Un mapa verdaderamente importante en la famosa Universidad de Yale” en *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, Tomo CII, 1966, p. 17

las que el americanismo ha desplegado su afán de intelección. Sobre los sinuosos caminos que ha tenido esta historia, O’Gorman nos pide: pensar, imaginar, atreverse a errar.

CAPÍTULO I.
AMERICA INTUÍDA: EL COSMÓGRAFO Y EL IMPRESOR

1. *Cuatro cosmógrafos que configuraron a América: Nicholas Germanus, Henricus Martellus, Martin Behaim y Martin Waldseemüller Desde su negación al nombramiento.*

El nacimiento de la *americanística* -el estudio y reflexión sobre América (o lo que normalmente denominamos *americanismo*)- que ubicamos como antecesor inclusive a la propia revelación geográfica de nuestro continente, teje los hilos de un hermoso tapete donde cobra forma una América *construída*, no esencialista. Solamente en este entendido, en lo que de histórica tiene la genealogía de las navegaciones de 1492, podemos seguir la huella de la “invención” o’gormiana hasta las (más que inquietudes) opciones existenciales planteadas por la trayectoria cartográfica; ella misma precedente e impulsora del acto del “descubrimiento”.

Se introdujo en el desplazamiento físico ocasionado por los viajes colombinos y los que le siguieron, el *espacio* como diferencia capaz de expresar las tensiones entre Oriente y Occidente. Esta categoría, abordada desde la historia de las ideas permite en la geometría del espacio rastrear la idea de un “aquí” y “allá”, de un “adentro y “afuera” existentes en el proceso de elucubración y trazado de los mapas, redefiniendo profundamente la cosmovisión del hombre occidental y el lugar que le reservaba a lo hasta entonces desconocido. Las contradicciones internas de la Edad Media se reflejaron en el espejo de la alteridad planteada por la aparición de un ente intuido, lanzando a la humanidad hacia una concepción más moderna a través de su viaje desde Europa hasta América.

Ése es el lugar simbólico del mapa, su aparición como un discurso cartográfico y visual que intenta darnos una imagen coherente del mundo de acuerdo con el ordenamiento histórico, político y hasta ideológico de una época específica. La efectividad sobre el develamiento del cambio histórico a través de un paradigma de pensamiento espacial se evidencia en las palabras de Friedrich Ratzel, “en el espacio leemos la historia”. En el tema que nos ocupa, se lee en la concepción del espacio que llega documentado hasta nosotros a través de la obra de cartógrafos y cosmógrafos del Medioevo que trazaba bastiones para el deseo expansionista europeo. Para Carlos Sanz, es precisamente el “mapa era” el que da permanencia y consolidación a un proyecto de colonización y

conquista, puesto que elabora un mundo orgánico, continuo y vivo del que todos formamos parte. Visto que es una forma de integrar de manera coherente elementos disímiles, esta integración evidentemente incluye distribuciones en distintas relaciones de poder.

Para la tradición historiográfica posterior que se dedicaría a rastrear la suerte de las diversas colecciones cartográficas y reinterpretar su significación a la luz de una “modernidad plena”, el proceso de terminación sobre el conocimiento de las tierras que conforman el orbe terrestre y el afinamiento de sus fronteras, sería visto como la culminación de un pensamiento positivista teleológico, susceptible incluso de ser utilizado como herramienta del etnocentrismo:

La aceptación plena de la configuración de nuestros mapas del mundo, tendría como inmediata consecuencia la unificación de la cartografía universal, quedando relegado el sistema propio de los budistas al recuerdo memorable de una arqueología, que revela sin mayor esfuerzo dónde estaba la verdad y asimismo el camino que habrán de seguir los hombres para no confundirla y mantenerla, a saber: la RAZÓN, que nos da a conocer la verdad objetiva de las cosas del mundo, y LA LUZ DE LA REVELACIÓN, que ensancha los horizontes y nos orienta hacia metas fecundas e imprevisibles para nuestra capacidad de entendimiento⁵.

La verdad de los datos arrojados por la moderna tecnología espacial sería la sustitución de un nuevo pensamiento en el que ya no existe la posibilidad del “lugar a dudas”: “Por nuestros propios medios quizás no hubiéramos acertado nunca con el estrecho camino que señala inequívocamente el solio donde se halla presente la majestad omnipotente de la Verdad”.⁶ Pero contrariamente a estas líneas de interpretación que parten de la idea del mundo como una imagen plenamente configurada y cuyos misterios han sido precisados, consideramos que es indispensable el abordaje y estudio de los primeros mapas que retratan la historia -no exenta de tensiones y retrocesos- sobre la aparición y asimilación de América como una cuarta parte constituyente del *ekumene* terrestre. En vez de considerarlos como objetos que contienen configuraciones geográficas imperfectas, nos interesa el abordaje del pensamiento abstracto y conceptual que se elaboró a partir de las ficciones retratadas en los mapas, entendidos como imágenes que retrataban el juego entre el paradigma medieval y clásico y las nuevas informaciones de los navegantes para construir una nueva realidad donde se configuraba la intelección americana.

⁵ Carlos Sanz, “El mapa del mundo. Según el proceso cartográfico de Occidente y su influencia en el de Oriente y Un mapa verdaderamente importante en la famosa Universidad de Yale” en *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, Tomo CII, 1966, p. 21

⁶ Carlos Sanz, “El descubrimiento de América. Revelación de la partitura cartográfica que concertó, anticipándolo, el gran acontecimiento. Los tres mapas que lo determinaron, adelantaron su configuración y le dieron nombre”, en *Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid*, 1972

La indagación que proponemos acerca del mapa, y la conversión de su imagen en un arquetipo espiritual que dirigió la experiencia de la “invención” de América, va también en el sentido de desmitificar las creencias que niegan la existencia de este americanismo temprano, ubicando su génesis hasta finales del siglo XVIII, o a lo sumo, en la etapa histórica de la Colonia. Pero como hemos dicho, la América que surge en 1492 es una creación histórica que nace a partir de un proceso de intuición cartográfica que le precedió; la discusión sobre su exacta ubicación como ente geográfico y las problematizaciones sobre sus habitantes que de ahí se derivaron constituyeron uno de los más profusos períodos de pensamiento sobre la realidad americana.

Por lo tanto, la modificación de la idea del mundo y sus condiciones, conllevó la transformación de la realidad histórica del hombre. La idea medieval, en su intento de reconciliar el relato bíblico y la tradición clásica, mostraba la Tierra como un cuerpo redondo y conocido en un solo hemisferio; el mar era ignoto e infranqueable y por lo tanto la superficie conocida por el hombre era el destierro al que había sido confinado por designio divino. El parteaguas fue marcado por la nueva ciencia astronómica que impulsó al hombre a romper con la concepción tripartita de Europa, África y Asia que ponía punto final a lo que hasta entonces se conocía:

Consta por las demostraciones astronómicas que todo el ámbito de la Tierra en relación con el espacio del cielo es sólo un punto. Así, si se compara ella con la magnitud del globo celeste, podrá considerarse que no tiene extensión alguna. Y de este exiguo ámbito del mundo sólo una cuarta parte fue conocida a Ptolomeo y ella está habitada por vivientes como nosotros. Hasta ahora se ha dividido en tres partes: Europa, África y Asia.⁷

La ciencia astronómica fragmentó profundamente la idea del mundo dividido en tres únicas partes. Se desarrolló mayormente en Italia y Francia, seguidas de Portugal y España -donde comenzó a desplegarse tempranamente la nueva cartografía impulsada por las necesidades de los viajes que se proyectaban a lugares cada vez más lejanos - apoyada siempre en la obra clásica de Ptolomeo, que por aquellas épocas comenzaba a tener gran difusión gracias a la invención de la imprenta. En tierras de habla germana, se emprendió una labor con enfoques similares en los cartógrafos vinculados a los ámbitos culturales de Nüremberg, Colonia y posteriormente Estrasburgo y otras ciudades alemanas.

⁷ Martin Waldseemüller, *Introducción a la cosmografía y las Cuatro navegaciones de Américo Vespucio*, (trad. y notas de Miguel León-Portilla. México, UNAM, 2007

Abordaremos el intercambio de paradigmas medievales por otros de carácter moderno donde como resultado se cifra el reconocimiento de la existencia de América como cuarta parte constituyente del orbe terrestre. En las disputas sobre el ancho de la tierra, la posible legitimidad geográfica de antiguos viajeros, el dilema sobre el parricidio intelectual que representaba la refutación de las autoridades clásicas y su posterior solución conciliatoria, y finalmente en el nombramiento del Nuevo Mundo –con la posterior “incomodidad” que esto generó-, se despliegan distintos modelos epistemológicos que ejemplificamos aquí a través de cuatro mapas producidos por cartógrafos alemanes en el cuarto de siglo transcurrido entre 1482 y 1507. Las propuestas de intelección del mundo que involucran a América proyectada de manera cartográfica, recorren el camino que va desde la idea tripartita de la Tierra, apoyada en la idea clásica donde se introduce la pregunta por la existencia de tierras desconocidas, seguida de la cartografía que intenta integrar las nuevas exploraciones de portugueses configurando la idea “asiática” del Nuevo Mundo; después aparece el modelo “insular” y finalmente irrumpe la idea de América como continente.

El primer mapa que muestra la idea ptolemaica sobre el *ekumene* terrestre fue elaborado por el monje benedictino Donnus Nicholas Germanus (1482); Henricus Martellus (1489) representa el extremo oriente y la región meridional de África, proveyendo la base cartográfica para que Martin Beheim (1492) -en el primer globo terráqueo- y Martin Waldseemüller (1507) agreguen el Nuevo Continente, América, como intuición cartográfica que precedió seis años a su revelación geográfica.

Durante esta transición no-lineal de construcción y deconstrucción epistemológica, se evidencia también un proceso que intentaba convertir a América en el espejo de la alteridad de la cristiandad europea, lo que se agudizaría con el conocimiento de *Tierradentro* que durante el siglo XV permaneció desconocida, restando la configuración de los litorales como tarea principal de los primeros exploradores.

1.1 LOS MAPAS “IMAGINARIOS”

Una de las principales características del proceso de elaboración de los mapas de la tradición clásica es que estaban basados principalmente en dos aspectos que habían permanecido inalterados a lo largo de su utilización medieval; la geografía matemática y los relatos o periplos de viaje. Por lo tanto eran mapas imaginarios basados en construcciones muy empíricas. Se recuperaba la configuración babilónica del mundo circular, donde aparecía la tierra completamente rodeada de agua, y su objetivo era representar el *Orbis terrarum* o *ekumene*, es decir, la tierra que estaba habitada por el hombre. Era una geografía cosmográfica basada a partir de marcas fijas -el Polo Norte, el Ecuador, o el movimiento del sol- que se utilizaban para hacer una malla que completaba la imagen del mundo.

Contenían mucha precisión en las dimensiones Norte-Sur, al contrario de lo que sucedía en las dimensiones Este-Oeste. Los paralelos y meridianos cuadrícularon el espacio isomorfo que diseñaba un ecumene de 180° de latitud, y de longitud 65° hacia el norte y 25° hacia el sur, dando un total de 90°. Los círculos máximos-el ecuador celeste, el Trópico de cáncer, trópico de Capricornio y el círculo Ártico y Antártico- configuraban horizontalmente la idea de las cinco “playas” o zonas: cerca de los polos estaban las dos tierras congeladas e inhabitables (*Zona Frigida*), adyacentes a ellas estaban las únicas capaces de acoger en su seno a la población humana (*Zona Temperata*); y por en medio, cubriendo el Ecuador se encontraba otra región sumamente caliente, hostil para el hombre y el desarrollo de su cultura (*Zona Torrida*).⁸

En cambio, la corriente de pensamiento que negaba la existencia de tal “multiplicidad de mundos”, hacía énfasis no sólo en la imposibilidad del despliegue físico de tierras desconocidas, sino en lo absurdo –y posteriormente herético- que implicaba la proposición de la tierra esférica. A finales del Medioevo, a la luz de las necesidades desplegadas por la búsqueda del comercio en ultramar, se recurría aún a la autoridad de tratadistas clásicos para negar la posibilidad de hacer del mar una zona franqueable, susceptible de ser apropiada por el hombre:

¿Cómo pues se han dedicado a afirmar que hay antípodas? Al observar el movimiento y el curso de los astros, han visto que el sol y la luna siempre se ocultan por el mismo lado y siempre aparecen igual. Pero, al no poder descubrir cuál es el orden de su curso ni adivinar cómo pasaban de Occidente a Oriente, se han imaginado que el cielo era redondo, tal como su vasta extensión lo hace parecer; que era redondo como una bola el mundo mismo, que el cielo giraba continuamente, y que al girar llevaba al sol y a los

⁸ Las cinco zonas según Pedro Apiano en la *Cosmographicus liber* (1524) retomadas de Parménides (siglo V a.C.). en W.G. Randles, *De la tierra plana al globo terráqueo*, FCE, México, 1990, p.16

astros de Occidente a Oriente [...]. Que si es redonda, ve igualmente al cielo por todos lados, y por todos lados se le opone mares, llanuras y montañas. De eso se sigue que no hay ninguna parte que no esté habitada. De esta manera, la redondez que le han atribuido al cielo ha permitido inventar las antípodas. Cuando a los que defienden tan monstruosas opiniones se les pregunta cómo puede ser que lo que está sobre la tierra no caiga hacia el cielo, responden que es porque los cuerpos pesados tienden siempre hacia el centro como los rayos de una rueda, y que los cuerpos ligeros, como las nubes, el humo, el fuego, se elevan en el aire. Confieso que no sé qué pensar de esa gente empeñada en sus errores y que sostiene sus extravagancias, sino que, cuando disputa, no tiene otro designio que el de divertirse o mostrar su ingenio. Me sería fácil probar, con argumentos invencibles que es imposible que el cielo esté por debajo de la tierra. Pero me veo obligado a terminar aquí este libro [...].⁹

La negación de la existencia de tierras desconocidas salvaguardaba la idea de la “unidad del género humano”, anulando la aparición “del otro” al cerrar las puertas de su tierra misma. La lógica sobre la conexión entre la realidad geográfica de un lugar y sus habitantes, partía de la tradición que ubicaba el cuerpo humano como “naturaleza” -un *continuum* del lugar en el que habita-. Por lo tanto, la observación y el registro de dichas condiciones naturales envolvían el pujante intento de aprehensión de la Tierra como *un todo* orgánico, que salía a relucir en los continuos cuestionamientos sobre las regiones que se ubicaban en los confines:

Donde debe notarse que cada uno de los climas produce sus propios frutos, puesto que es distinta su naturaleza y están regidos por la influencia de tal o cual astro. De donde [dijo] Virgilio:

No en verdad todas las tierras todo lo pueden.

Aquí se dan los cereales; allá mejor los viñedos,

Allí prosperan los árboles frutales y las praderas.

¿No ves cómo Tmolos despide olores de azafrán?

La India produce el marfil,

Y los desnudos calibdes el hierro; el Ponto el aceite de castor,

de Epiro son las yeguas que ganan las palmas de la Hélade¹⁰.

De hecho este pensamiento que ligaba las condiciones naturales de un lugar con la caracterización física y ontológica de sus habitantes, atravesó todo el debate de los racionalistas del siglo XVIII y permeó hasta el siglo XIX con los preceptos del determinismo geográfico y la consideración de la historia como “geografía en movimiento”. Por eso la exploración de la tierra adquiría pleno sentido al ser considerada la “causa” de sus habitantes; era la tierra como “continente” (en el sentido que “contiene”), y la pregunta por sus habitantes, una extensión de las condiciones climáticas.

Durante el siglo II la obra ptolemaica era la representación de la suma de la tradición griega clásica, aunque los mapas de Ptolomeo sobrevivieron solamente en versión escrita en Constantinopla y en territorios árabes. En la tradición ptolemaica, las

⁹ Lactancio (250-325) citado en WGL Randles, *De la tierra plana...* p. 18

¹⁰ Waldseemüller, *op.cit.*, p.83

áreas que se desconocían eran “tierra emergida”; lo que significaba que a través del paradigma griego del equilibrio de contrarios se introdujo la pregunta por una tierra templada y habitable en el sur.

La tradición de algunos geógrafos menores, admitía desde el siglo IV a.C. en los mapas que dividían al mundo en cinco zonas, la existencia de otras tierras. La simplificación de este modelo geográfico que contenía tierras desconocidas derivó en la cartografía llamada de *Orbis Terrarum* o mapas (T-O), que denotaba la existencia de tierras antípodas, coincidiendo también con la idea de la Atlántida. Uno de sus representantes fue Ambrosius Aurelius Theodosius Macrobius (395-423 d.C.) quien retomó la idea de las antípodas expuestas por Pomponio Mela (siglo I) en el tratado *De chorographia*, libri 3. En el Mapa del mundo Macrobianiano aparecían dos grandes islas; una de ella era Perusta, tierra quemada por el sol y por lo tanto inhabitada.

El pensamiento de los navegantes, hasta bien avanzado el Medioevo, estaba imbuido de esta concepción; era su referente inmediato para llegar a las lejanas costas de Asia que aparecía en su mayor parte como *Terra incognita*. El inicio de la geografía del renacimiento y por lo tanto de la mutación de las mentalidades, sucede a partir de la primera traducción del griego al latín, por el famoso viajero de Constantinopla, Manuel Chrysoloras, firma Jacopo de Angelis en 1407 que marcaría la continuidad de un siglo de cosmografía renacentista con el mapa de Martin Waldseemüller de 1507.

La tradición griega implicada en el diseño del globo de tierra y agua, o globo terráqueo, que comienza con Jacopo de Angelis y culmina hasta el nombramiento otorgado por Waldseemüller retomaba para sí la pregunta por nuevas tierras. La posible existencia de un *Orbis alterium* o *alter Orbis*, configurada por la necesidad de alcanzar nuevos límites comerciales y marítimos, fue una cuestión alcanzada y rebasada por el propio proceso empírico de las navegaciones y tensionada en el transcurso de su incorporación al dibujo de los planisferios.

1.2 LA CARTOGRAFÍA PTOLEMAICA DE NICHOLAS GERMANUS

En 1482 comienza a circular el mapa del beneditino Donnus Nicholas Germanus, impreso en Ulm en una edición príncipe de la cartografía ptolemaica, cuya reimpresión se realizaría a tan sólo cuatro años de la primera. Corresponde al entusiasmo de la Italia Renacentista la recuperación y traducción al latín de un manuscrito bizantino de la geografía de Ptolomeo, de la que se hicieron copias con

amplia difusión, ejemplificadas a través de mapas coloreados como el de Nicolaus Germanus. A pesar de haber sido posterior a las ediciones de Vicenza en 1475, a la de Bolonia en 1477 y a la publicada en Roma en 1477, su edición tuvo características particulares que realzaron su precisión sobre los límites del mundo conocidos en la antigüedad en el proceso de reinterpretación renacentista.

De las siete ediciones incunables que se conocen de la *Geographia* de Ptolomeo, esta fue la más importante puesto que proveyó la base cartográfica para las siguientes obras. La reproducción incluía 27 mapas del Viejo Mundo según aparecían en la *Geographia*, agregando un “toque modernista” con la inclusión de cinco nuevas cartas que incluían a Escandinavia y el Océano Ártico. Además fue la primera vez que la imagen gráfica del mundo fue contemplada por una infinidad de gente que podía acercarse a alguno de los miles de ejemplares distribuidos de dimensiones murales, en un fenómeno totalmente mediatizado por la imprenta. Fue por esta razón que la edición no cayó de inmediato en el olvido -como el resto de las publicaciones que se habían divulgado durante la Edad Media-, y que rápidamente haya adquirido tanta popularidad.

Donnus Nicholas fue un alemán benedictino que retrató la proyección cónica a partir de la concepción ptolemaica recibida de los trabajos de Eratóstenes, Hipparchus y en particular de Marino de Tiro, descuidando las mediciones sobre la extensión de la Tierra propuesta por estos autores. Su mapamundi retrata el modelo geográfico resultante de mediciones cosmográficas diseñado por paralelos equidistantes y meridianos que convergen en los polos. Esta solución de proyección cónica de dibujar un plano para representar la esfera tomó su nombre (“Donis”) y una de sus mayores consecuencias fue el establecimiento del diámetro de la Tierra *treinta veces más pequeño al original*. Esto quiere decir que a partir del necesario error de distorsión para proyectar la figura geométrica de la esfera en un plano sólido, la radicalización del equívoco en el mapa de Donnus Nicholaus resultó en la drástica reducción de la medida del Ecuador, dando la impresión de que en realidad existía una distancia humanamente salvable en una corta expedición.

La reducción de la longitud del Ecuador sería uno de los errores reiterados en la cartografía medieval que llevarían a sugerir la factibilidad de una navegación corta para unir un extremo de la costa europea con la asiática. El planisferio de Nicolaus Germanus se proyectó como una deducción *a priori* sobre el espacio que aún no había sido circunnavegado pero que necesitaba completarse a través del esfuerzo de

intelección del hombre, en la configuración terrestre de la tradición ptolemaica por ser la Tierra una esfera finita y perfecta.

La relación dimensional que Nicholas Germanus expuso en el plano fue de 2 a 1: esto quiere decir que en total, de norte a sur dibujó 90° y de este a oeste 180°. En la latitud, partió de la línea del Ecuador (0°) y llegó hasta los 65° al norte y 25° al sur, con menor precisión en el dibujo de las tierras situadas bajo Gran Bretaña y el Báltico en el norte y en las Islas Canarias más al sur, así como con las Islas Canarias, al Oeste y el Alto Nilo y el Golfo Pérsico al sur y al este. En cuanto a la longitud trazó una línea hacia la izquierda que también al partir de los 0° llega hasta los 90°, delimitando con menor precisión los extremos, por ser estas tierras los límites de lo conocido.

La imagen del mundo a través de los tratados grecolatinos contiene una visión erudita del universo puesto que utiliza la autoridad de los argumentos utilizados por los autores clásicos; son estas construcciones elaboradas *a priori* las que fijan la autoridad del texto, que nace marcado por la tradición. Así se habían elaborado también los mapas de construcción matemática (o imaginaria) -es decir, no conocidos por la realidad empírica sino únicamente a partir de los modelos teóricos-, que como hemos dicho, tomaron como punto de partida las marcas cosmográficas. En cambio, los relatos derivados de las primeras navegaciones a ultramar, introducirían *la experiencia como base para conocer la realidad geográfica*.

Este conocimiento empírico tampoco se expresaba en forma “pura”; estaba imbuido de las preconcepciones medievales y su valoración se dio a partir del esquema moral católico predominante. De tal suerte, los cambios que se iban introduciendo en la configuración del mapa, representaban un gran desafío por parte de cartógrafos y cosmógrafos a la autoridad mantenida por el *status quo*; su obra conllevaba el intento de mover una pesada maquinaria que a través de los siglos se había sustentado en ideas con respaldo teológico y en un ambiente de respeto por el ordenamiento social e intelectual establecido.

A partir de la ruptura del *continuum* entre el texto y la experiencia fue cuando se fragmentó la configuración medieval del mundo, que todavía en el mapa de Donnus Nicholas Germanus aparece como idea coherente y susceptible de ser renovada en la representación de sus propios parámetros (la proyección cónica que utilizó fue una técnica novedosa, no así los contenidos del mapa que más bien fungían a manera de labor recopilatoria).

1.2 LA COLA DEL DRAGÓN EN HENRICUS MARTELLUS

Seis años después, en 1489 en la ciudad de Florencia, aparece también impreso en notables dimensiones murales (1.080 x 1.900 mm), el planisferio del firmante Henricus Martellus Germanus, originario de Nüremberg, que funcionó a manera de bisagra entre la cartografía de inicios del renacimiento y los resultados de los recientes descubrimientos. La propia historia de este mapa también relata hallazgos y develaciones, puesto que después de haber estado perdido durante 460 años, fue nuevamente encontrado y por sus peculiaridades geográficas se volvió sujeto de debates que llegaron hasta nuestros días.¹¹

De este planisferio se estamparon numerosos ejemplares, aunque hasta nuestros días llegó sólo uno. Por sus dimensiones se asume que pudo ser expuesto para ser observado por el gran público que estaba movilizado entorno a la explotación que del fenómeno de “la novedad” hacía la industria editorial; instrumentando la comercialización de su producción a través de la reedición de textos clásicos que incluían al final un pequeño apartado que incluía las novedades destinadas a saciar la curiosidad de los lectores. Esto significaba el revestimiento de autoridad de la tradición clásica, que por primera vez cambiaba su formato de manuscritos para ser difundida en medios impresos; así como la proliferación de un sinnúmero de ediciones que explotaban las utilidades del rediseño ontológico del espacio derivado de la llamada “era de los descubrimientos”; y en tercer lugar, de la producción relativamente “involuntaria” de grandes obras que al servir como ediciones recopilatorias, ponían en la mesa de debate antiguas inquietudes cartográficas que al ser colocadas en este lugar eran una y otra vez reformuladas.

Como ejemplo de esto, el mapa de Heinrich Hammer, latinizado Henricus Martellus, plasma la existencia de tierras antípodas, configuradas en su geografía según las navegaciones portuguesas hacia la inacabada circunnavegación de África y

¹¹ El reminiscente ptolemaico que -como explicaremos más adelante- fue dibujado en forma de una gran península imaginaria que remataba el continente asiático, y que fue objeto de debate entre los historicistas mexicanos, fue confundido hasta nuestros días (por sus curiosamente coincidentes formas con el continente americano) con una temprana y pionera deducción de la geografía de la *India Americana*. Los nombres que aparecían en otros mapas de la época, que supuestamente se referían a tierras orientales, correspondían a precisiones de la realidad americana, provenientes entre los relatos históricos y míticos de los viajeros precolombinos. Sobretudo con el hallazgo de otro mapa de 1490, también de Henricus Martellus, donde se retrataba con claridad los cuerpos de agua existentes en la “misteriosa” península, se elaboraron correcciones del ángulo dado por la utilizada proyección de *Donis*. De manera sorprendente, aparecen delimitados con claridad los contornos de los grandes ríos, como el Orinoco y el Amazonas. Gustavo Vargas, *Atlas antiguo de América siglos XV y XVI*. Ed. Trillas, México, 1995

completadas, en el extremo oriente, por una gran península cuya existencia se intuía en la cartografía ptolemaica e imaginada a través de los viajeros medievales, el *Promontorium Prassum*. Esta gran península que se abre entre el espacio de Asia y África nos habla sobre el mecanismo de modificación de la imagen del mundo, que necesita partir de las nociones asentadas anteriormente para dar cabida al conocimiento que se introduce por la experiencia de la navegación. Aún así, indica un quiebre con la tradición predominante, puesto que al poner tierras antípodas refuta la idea de 1482. Además que sirve como resorte para impulsar otros proyectos que radicalizaron esa misma concepción sobre la existencia de *Orbis alterium*, tal como lo expresó Colón en la Junta de Salamanca a los cosmógrafos del rey de Portugal D. Joao II; que así como los portugueses habían descubierto

[...]Las islas de las Azores y una gran parte del continente Africano, desconocido para la gente Ibérica [...]. Por analogía, así mismo podían existir otras islas y tierras hacia el occidente; pues la naturaleza no podía ser tan desordenada en la construcción de todo el Orbis, como para omitir, que el hombre necesitaba para vivir y multiplicarse, una mayor cantidad de tierra de lo que le había sido asignado a la esfera del agua”¹²

Aunque no se sabe exactamente qué mapa utilizó como modelo Cristóbal Colón, se ha sugerido que podría haber sido algún modelo parecido al de Henricus Martellus, que a finales del siglo XV gozaba de amplia circulación y cuya recientemente aparecida copia mostraba una cuidadosa graduación en latitud y longitud que permitía calcular la ruta con posibilidades de verosimilitud. El mapamundi de Martellus pretendía representar los viajes de Marco Polo, Nicolo de Conti y otros que describían los territorios sudorientales de Asia, como la isla de Cathay y la Tierra de Mangi, por primera vez enteramente circundadas por agua. El resultado es la representación gráfica de la teoría de que Japón estaba a sólo 3,500 millas (5, 635 kilómetros) hacia el Oeste y que siguiendo sobre la misma ruta a 1,500 millas se llegaría a las costas de Cathay.

En la narrativa de Marco Polo aparecen otras numerosas islas que también son retratadas en el planisferio de 1489 con dibujos aproximados. Están las islas de Madagascar y Zanzíbar, (re)descubiertas por Vasco da Gama hasta 1498, más allá de la costa de Asia aparecen Java y Sumatra en el sur, mientras que hacia el nordeste yace la gran Isla de Cypango (Japón). La longitud de Eurasia, que en la geografía ptolemaica se exageraba, alcanza en este mapa los 270°; lo que redujo la distancia entre los dos espacios de la tierra volviéndola navegable en los 90° faltantes para unir las dos costas.

¹² João de Barros en referencia a Colón, citado en W.G.L. Randles *The Evaluation of Columbus' "India" project by Portuguese and Spanish Cosmographers in the Light of the Geographical Science of the Period* en "Imago Mundi" no. 43, 1990, p 51

De ahí que Colón estuviera convencido de haber llegado a la costa de Cipangu, situado sólo 90° al oeste de Lisboa. De manera congruente al relato, el Almirante calculó al final de su viaje haber recorrido una distancia de 1142 leguas desde las islas Canarias a Cuba, lo que equivaldría a 91 1/3° (cifra muy aproximada a los 90° proyectados por Martellus).

Sin embargo, existen disensos alrededor de que haya sido precisamente la versión del cartógrafo alemán la que guió al navegante: el primero utilizó la medida de 66 2/3 millas por grado y Colón la de 56 2/3 millas por grado. Con todo, puede ser que este último haya optado por utilizar la medida más reducida para enfatizar la idea sobre un gran ecumene y la distancia relativamente corta por cubrir.

Como hemos visto, el acortamiento de la superficie cubierta por área es sin duda una de las consecuencias más notables derivadas de la construcción de la realidad a partir de las ficciones cartográficas, pues facilita en la mente colombina el enlace de las realidades de la Iberia y la India en un viaje que se calculaba de 750 leguas partiendo de las islas Canarias.

Sobre el error técnico de la representación de Henricus Martellus Germanus se ha aducido la tesis que, pese a que en otras ocasiones se había mostrado como un “cartógrafo excepcional”, en esta ocasión presentaba un trabajo de tipo recopilatorio, limitándose a copiar el mapa ecuménico de la *Cosmographia*, siendo la edición príncipe de 1482 la que probablemente sirvió para elaborar esta representación, compuesta mil doscientos años antes. Por lo tanto, a pesar de haber sido un mapa cristalizado en 1489, en realidad había sido la construcción de una cosmovisión que había tenido en el tiempo de largo alcance su mejor pintor.

Agregando otros datos importantes, tal vez impulsado por la premura de por fin configurar un mapa definitivo, reporta por primera vez las nuevas exploraciones portuguesas. El viaje de Bartelomeu Dias (1488) había revelado que el rebautizado Cabo de Buena Esperanza¹³ representaba el extremo sur de este continente, pero se volvió justo al llegar a él a causa de una horrible tormenta que había causado una evidente situación de trauma a la tripulación, de ahí su primer nombre, “Cabo Tormentoso”. No se descartó la idea de que la configuración de la tierra terminara hacia el este en un *Promontorium Prassum*, que permanecía aún sin descubrir y que tal vez

¹³ João II había renombrado este cabo por prometer la posibilidad de llegar a la India por esa vía. El historiador Barros, sarcásticamente anota que Joao II escoge ese nombre *per esser quello il capo e il fine Della buona speranza Della sua conquista e discoprimiento* (por ser aquél el inicio y el final de su buena esperanza sobre la conquista y el descubrimiento). *ibid.* p. 57

era aún más difícil de rodeara que África misma. Es esta tierra hipotética, potencialmente por descubrir, un residuo de la *terra incognita* de Ptolomeo, que rodeaba el extremo sur del Océano Índico y que aparece en el mapa de Henricus Martellus sobre la costa Este de África a 15° de latitud sur. Su inexistencia quedaría aclarada hasta el viaje de Vasco da Gama en 1497. Para O’Gorman es el dilema de las dos penínsulas, el Quersoneso Áureo o también llamada la “Cola del Dragón” e introduce la diferencia entre la experiencia colombina y la de Amerigo Vespucci; el primero aún apegado al texto que le indicaba haber llegado a Asia, el segundo dándose cuenta que había llegado a territorios hasta antes desconocidos. La existencia de América como una península asiática, en lo que se ha denominado “la imagen asiática de América”, no representa un cambio en la imagen del mundo. Los cambios sobre el papel de América en el contexto de la historia universal no se presentan como una ruptura, sino como continuidades en tensión.

El problema de las proyecciones cartográficas de los nuevos territorios como parte asiática, isla independiente o como continente por sí mismo surgiría a partir de las navegaciones y de la manera en que estas se debían compaginar con la existencia de las antípodas. La primera carta de Amerigo Vespucci, se refería al primer viaje ordenado por Manuel I, rey de Portugal (pero el tercero en su experiencia personal). Bautizada como *Mundus Novus*, estaba dirigida al banquero florentino Lorenzo di Pier Francesco de Medicis, a quien le revelaba la complejidad implicada en su realización de estar en un territorio anteriormente desconocido por la tradición:

Días pasados te escribí bien ampliamente [...] sobre mi regreso de aquellos nuevos países [...] los cuales Nuevo Mundo es lícito llamar, porque en tiempos de nuestros mayores ninguno de ellos los conoció, y para todos aquellos que lo sepan será novísima cosa, porque esto excede la opinión de nuestros antepasados ya que la mayor parte de ellos dijo que más allá de la línea equinoccial y hacia el Mediodía no hay continente sino solamente el mar, al que han llamado Atlántico; y si alguno afirmó que había continente, negó con muchas razones que fuera tierra habitada. Pero que esta opinión es falsa y totalmente contraria a la verdad lo ha probado mi última navegación, ya que en la parte meridional he encontrado¹⁴ el continente habitado por más cantidad de gentes y animales que nuestra Europa, o la misma Asia o la misma Africa, y aún el aire es más templado y agradable que en cualquiera otra región por nosotros conocida¹⁵

El término de “nuevo mundo” fue “solamente clasificativo y calificativo: clasifica como Mundo, en un sentido convencional, a lo descubierto, y al mismo lo califica de

¹⁴ El equívoco de este término (re-encontrar=ritrovare) del *Mundus Novus*, fue intercambiado alguna vez por *discoprire* por las sucesivas traducciones que se hicieron de la *Lettera* y llevaron a la muy sentida disputa en las lecturas que construían apologías de los personajes de Américo Vespucci y Cristóbal Colón, de ahí la edición trilingüe de Roberto Levillier.

¹⁵ Bonifacio del Carril, *La invención del nombre de América*, Buenos Aires, Emecé, 1991, p. 17

Nuevo¹⁶”. La denominación de “Nuevo Mundo” no surgía por primera vez en 1503 en el contenido de esta carta, sino que tenía un uso medieval que se derivaba de dos concepciones. La primera provenía de la idea de un mundo único e indivisible de Santo Tomás de Aquino, por lo que la aceptación de tierras en ultramar tomaba una actitud herética. La otra provenía del carácter del Mundo como universo (mundo=orbe) conformado por los nueve cielos y la tierra. Partiendo de la base que “en el infinito y espacio se forman y destruyen muchos mundos infinitamente” de los geógrafos menores de la tradición clásica, el descubrimiento se configuraba como *mundo* en tanto a que era una esfera de tierra, una isla de tierra emergida apartada de las otras que se conocían. En el fondo, lo que se discutía era la idea de la heterogeneidad contra la monogeneidad del mundo.

Los vocablos así desplegados, no son unívocos y van cambiando de significado, perteneciendo a un contexto específico que dicta una episteme. De tal manera se va dando el cambio entre la “cosa” y el significado que nombra, acelerado por el modelo cosmológico de la edad medieval que contenía contradicciones cuya crisis se agudizó a finales del siglo XV, entorno a la forma y estructura del universo mundo y su tamaño.

Si la existencia de otro Mundo implicaba otro universo, la tarea por conciliar la idea de un mundo con la idea de una multitud de mundos era prioritaria. Paulatinamente se dio un proceso de compaginación de realidades, que no abandonaba el anclaje en la tradición y la respaldaba de una nueva autoridad. La solución se encontró en la lectura “menos rigurosa” de los autores clásicos y la reconciliación de las ideas impulsadas por éstos:

A la razón del glorioso padre San Clemente, acerca de los muchos mundos que pone desta parte del océano digo: que se ha de entender y tomar por orbes y partes de la tierra, que así llama Plinio y otros escritores a Escandinavia, tierra de godos y a la isla de Taprobana, que agora llama Zamotra, y Epicuro (según Plutarco refiere) tenía por mundos semejantes orbes y bolas de tierra, apartadas de la tierra firme, como isla¹⁷.

La cuestión llegaría hasta 1590, con Jose da Acosta, quien retoma la discusión para intentar, una vez más, clarificar plenamente la acepción sobre la que debía entenderse el Nuevo Mundo:

¹⁶Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas, 1980, p. 22.

¹⁷ Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, libro I, cap II, en Marcelo Ruiz, “Definiciones de Mundo”, (inéd).

Y claramente refiera san Clemente, que passado el mar Océano, ay otro mundo y aún mundos, como passa en efecto de verdad, pues ay tan excesiva distancia de un nuevo mundo al otro nuevo mundo, quiero dezir de este Piru y India Occidental a la India Oriental y China”¹⁸

También la concepción de “lo nuevo” cambiaría: durante el siglo XV el Nuevo Mundo se refería a un mundo “recientemente hallado, nuevamente conocido”. En el siglo de las luces, “lo nuevo” se transformaría hacia una valorización de signo negativo que daría paso a las acusaciones de los racionalistas sobre la inmadurez de América; la novedad de estos territorios se refería a que habían sido “nuevamente conformados”, de ahí que fuese una tierra joven, o por decirlo en otras palabras, infantil.

1.3 MARTIN BEHAIM Y SU *ERDAPFEL*

Después de desatada la polémica sobre la naturaleza del Nuevo Mundo, y su asimilación en la configuración occidental, apareció en 1492 el Globo Terráqueo (*Erdapfel*) de Martin Behaim, realizado junto con Georg Helzhuher. El mapa de Martellus mostró los elementos cartográficos que sirvieron de base para que Martin Behaim, elaborando el primer globo terrestre de los tiempos modernos, resumiera toda la información geográfica conocida en el mismo año en el que Colón se izó a la mar.

Al dibujar una isla de tierra emergida en el ancho mar entre Asia y Europa, explicita el dilema entorno al *status* geográfico de esa tierra como isla o continente. Las tierras emergidas también podían ser clasificadas, excluyentemente, como istmos o penínsulas; siendo la discusión sobre las fronteras de estos conceptos un tema de antigua usanza, así se ve en el capítulo 17, *Cómo difieren isla, península, istmo y continente*:

La tierra se parte por las aguas en cuatro maneras. Porque o cerca totalmente la tierra y se dice Isla, como Rodas, Socilia, Corecega, Taprobana, Java, America, Anglia, Islandia. O es Península, que es parte de la tierra, la cual no es totalmente isla, ni tierra firme, sino cerrada casi por todas partes, y queda un pedazo de tierra, por la cual se junta con la tierra firme. Y son cuatro las principales penínsulas en el mundo. La primera es la que los Griegos llamaban Peloponeso. [...] La otra se dice Cimbrita en el mar de Alemania. La otra se dice Taurica Chersoneso [...]. O es Istmo, que se dice una parte de tierra comprendida entre dos mares: y propiamente es camino al Chersoneso o Península, como el Istmo Corintiaco, Cayo Príncipe, Domitio, y Nero infelicísimamente atentaron cortar, según cuenta Plinio en su natural historia. También las espadas de Arabia, [...] y toda Italia, se dirán Istmo. O Continente, que se dice toda tierra firme, que no es Isla, ni Península, ni Istmo, y puesto que reciba en sí algunos senos de mar y puertos, pero toda está pegada entre sí¹⁹.

¹⁸ José de Acosta citado en *Historia natural y moral de las Indias*, *ibid*.

¹⁹ Pedro Apiano citado en: Carla Lois. *América cuarta pars: ¿isla o continente? El debate conceptual sobre el estatus geográfico del Nuevo Mundo en el siglo XVI* en “Fronteras de la historia” ICAH, Colombia, no. 13, 2008, p.262

El reforzamiento teórico de tales cuestiones era el intento de compensar la construcción de una geografía con altos niveles de incertidumbre, con un andamiaje conceptual que fuera coherente en términos geográficos.

Dado que este debate estaba muy presente en la época, hay que ir más allá del mero hecho de la inclusión de un Nuevo Mundo y preguntarnos por el status geográfico bajo el que se le incluía en las ambigüedades y contradicciones con el gran continente euroasiático. En ese sentido, la elaboración de un globo terráqueo implicaba la integración en un mismo sistema del Mundo (es decir, de la tierra emergida) y del agua que lo rodeaba.

La configuración de la “isla” (todavía no nombrada) representó la solución eficaz de un complejo problema teórico, pues esta tierra pasó a ser una más de las numerosas islas emergidas cuyas características se estudiaban y difundían desde los *isolarios* del siglo XIV, a manera de pequeños agregados en el conocimiento del mundo que no perturbaban en lo fundamental el contenido del universo, y que además permitían incorporar paulatinamente las nuevas informaciones recaudadas después de cada viaje de exploración. Así, América como isla es una especie de “actualización” del *corpus* geográfico ya establecido y dominante en la medida en que el concepto mismo se volvió a discutir y sus límites fueron analizados.

Únicamente con el avance de las exploraciones y el “descomunal” tamaño de esta isla, se retomaría la preocupación por clarificar si era más bien un continente (deseadamente) separado en su centro; a veces también se optó por dividir América en dos, donde Sudamérica ganaba su plena legitimidad de ser una cuarta parte del orbe y la parte norte aparecía como parte de Asia²⁰.

El criterio utilizado para la definición de “isla” o “continente” fue el papel que los cuerpos de agua jugaban para juntar o dividir brechas entre porciones de tierra continua; de ahí la importancia de construir un globo terráqueo donde se apreciaran esféricamente las discontinuidades en los cuerpos terrestres, demarcados por los mares, ríos y océanos. La consideración sobre los cuerpos acuíferos como frontera, como límite que dibuja la separación entre las partes del mundo, es una concepción moderna que paulatinamente

²⁰ Una vez dibujadas con mayor precisión las fronteras de la isla sur y norte, La aparición del istmo de panamá introduciría reiterativamente la misma preocupación: cuál de las dos era una isla, cuál una península. Finalmente se optaría por pensar en el istmo como una ligazón entre dos grandes islas, lo que le otorgaban nuevamente el estatus de ser un continente en sí misma. Debido a estas dificultades, la prevalencia de la utilización de “pars” vino a reemplazar la dicotomía existente entre la isla y el continente. Aún así, hasta 1516, América es identificada “insistentemente” como la isla de “Terra Sancta Crucis”, *ibid.*

reemplaza el anterior criterio basado en el trasfondo mitológico para dar individualidad y cuerpo a las unidades geográficas:

De las tres partes de la Tierra firme la Asia tiene sus términos con la África en aquella parte de la Arabia petrea junto al Nilo, y con la Tierra Incognita a la cual el Mar Índico rodea. Con la Europa tiene sus confines en aquella parte que es entre la laguna Meotide y el Oceano Sarmático, sobre la corriente del río Tanais, que entra en la sobredicha laguna. La África y la Europa son separadas por el Estrecho de Gibraltar. Así que la Asia participa de los confines y términos de ambas dos, y cada una de las otras por sí, no, sino que participan solamente de los términos de la Asia y en lo de más son por todas partes rodeadas del Mar, y con casi como islas²¹.

Nótese que dichos cambios de una concepción a otra no aparecían cronológicamente como lo propondría una visión positivista de la historia, sino que más bien exponen el enorme desafío intelectual que representó la configuración de las tierras arrojadas en el ancho mar por la experiencia de las navegaciones. Se han elegido estos modelos cosmográficos por ser paradigmáticos para un tipo de episteme específica que se derivaba del cambio constante entre la interacción histórica, política y tecnológica de inicios del renacimiento que marca una línea de continuidad en estas obras, sin que eso signifique la inexistencia del diálogo entre los planisferios que aquí nos ocupan y otros producidos antes, durante, o incluso después de este período histórico. Por lo tanto, nuestro intento va en el sentido de reconciliar la cronología hasta aquí planteada y reconciliarla con las reflexiones no lineales sobre la naturaleza de la nueva geografía, surgidas al mismo tiempo que se llevaban a cabo las exploraciones sobre esas geografías.

En el cambio de paradigmas, perseguido a través de su retrato en los mapas, se jugaban siglos de tradición que quedaban (re)dibujados en la cartografía, sucediéndose unos a otros con asombrosa rapidez. Basta darnos cuenta que desde la aparición del primer mapa elegido para esta serie hasta el último –es decir, desde Donnus Germanus (1482) hasta Waldseemüller (1507)- transcurrieron apenas veinticinco años.

En el cuarto de siglo transcurrido, el proyecto seguido por Behaim retomaba lo planteado por Martellus e intentaba perfeccionarlo, agregándole algunas modificaciones que trataban de corregir el error ptolemaico sobre la estrechez ecuatorial y la prolongación de la proporción de tierra. Su esfera terrestre, la más antigua conservada hasta ahora, le otorga mayor amplitud al océano existente entre Europa y Asia. También añade 57° a la extensión longitudinal de la Tierra (que en la cartografía de Ptolomeo era de 177°) de manera que pudo dar cabida a las costas orientales de China.

²¹ Jerónimo Girava citado en Carla Lois, *ibid.*, .274

Aún así el dato siguió siendo incorrecto, puesto que al igual que sucedía con el conocido mapa de Paolo del Pozzo Toscanelli (1481), se reducía considerablemente la distancia entre el extremo oriental de la península asiática y el continente Europeo.

Sobre la biografía de Behaim, Kenneth Nebenzahl hace un curioso hincapié en las falacias e imprecisiones históricas que han plagado su historia personal. Lo que se sabe es que provenía de una familia de mercaderes de clase alta, que tenía sus orígenes en Bohemia (de ahí el nombre “Behaim”). Sobre los demás datos que disponemos, que hablan de una posible relación con la Corte de Portugal, así como con el emperador del Sacro Imperio Romano, no se puede asegurar mucho pues “la mayor parte de las afirmaciones de grandeza de Behaim no pueden confirmarse y se han convertido en legendarias”²². Se ha aducido a sus biógrafos chauvinistas la creación de un mito cuyas hazañas legendarias incluso los lleva a afirmar su presencia en uno de los barcos de Gao hacia la costa occidental de África, en la que habría visto por primera vez el Cabo de Buena Esperanza antes de que lo hiciera Bartolomeu Dias. Sin embargo, de todos estos datos, sobresale el encuentro entre Cristóbal Colón y Martin Behaim, a la sazón miembro de la *Junta dos Mathematicos* que en la corte del rey de Portugal intentaba reemplazar el método de navegación que medía la altitud de los meridianos por la Estrella Polar, ya que ésta no se vislumbraba en el hemisferio sur. La reunión de unos años después fue contada por Antonio de Herrera en su *Historia general de las Indias*; al hablar Colón sobre sus viajes y descubrimientos “confirmó su opinión con su amigo Martín de Bohemia, un portugués, oriundo de la isla de Fayal, un cosmógrafo de gran criterio”.

Después de sus dos navegaciones por la costa africana, que relata el humanista e impresor de Nüremberg Hartman Schedel en el *Liber Chronicurum*²³, Martin Behaim retornó a su tierra natal y atendió la petición de un miembro del consejo de la ciudad Georg Holzschuher de construir un mapa esférico. De tal manera diseñó y supervisó la construcción de un globo terráqueo de cincuenta centímetros que conservaba las antiguas teorías sobre la relación de los continentes con los océanos, legadas por los tratadistas griegos y conservadas por los eruditos medievales.

²²Kenneth Nebenzahl, *Atlas de Colon y los Grandes Descubrimientos*, Madrid, Magisterio, 1990, p. 18

²³ Hartmann Schedel, además de haber compilado una gran biblioteca a través de la compra directa, el intercambio o la propia impresión de los libros, hoy distribuidos entre la fundación Fugger, la biblioteca estatal de Baviera, Londres, Nueva York, Praga y Hamburgo; es el editor de la famosa Crónica de Nüremberg o *Schedelsche Weltchronik*, un atlas histórico del mundo que recorre las distintas etapas de la humanidad según la concepción europea de la época.

El globo de Behaim no contiene todos los paralelos y meridianos pero sí indica la línea del Ecuador, el Trópico de Cáncer y el de Capricornio, y las doce constelaciones del Zodiaco. Además incluye las imágenes del sur de África dibujada por Henricus Martellus y de manera muy relevante, abre un espacio al Occidente para la inserción de los lugares que aún estaban por descubrirse, configurando la obra del mundo como una obra aún inacabada pero susceptible de ser develada.

Martin Behaim dibujó también la isla de Cipango descrita por Marco Polo en sus viajes, a la que coloca 25° al oeste de China. De esta isla se decía que era “la isla oriental más noble y rica, llena de especias y piedras preciosas. Su extensión es de 1200 millas (...) En ella se puede encontrar oro y arbustos colmados de especias”²⁴.

En suma, el globo de Nüremberg significa la posibilidad de inclusión orgánica de los descubrimientos geográficos en la misma línea de conocimientos demarcada por la tradición; que se *reactualizaba* y *reformulaba* generando en su seno la posibilidad de ser siempre vigente, moderna.

Durante esta época se produjeron numerosas obras cartográficas que, por otro lado, apuntaron hacia la colocación del mapa como un discurso de interés geopolítico susceptible de ser utilizado por el imperio. Los mapas portulanos, de interés práctico para facilitar la navegación, impulsaron la “política del sigilo” entre las cortes portuguesas y la española, quedando el conocimiento geográfico como un interés guardado celosamente.

Los mapas de los que aquí tratamos, más bien “de configuración”, también vivieron su propio proceso en el juego del poder político una vez que salió a la luz pública la verdad última de las navegaciones, a saber, la existencia de una tierra susceptible de ser colonizada y conquistada y de cuya tierra se podían extraer probablemente materias primas, o mejor aún metales preciosos.

Para que el Nuevo Mundo se volviese una isla, con independencia del continente asiático había sido necesaria la aparición de un mapa anónimo, llamado de “Cantino” en 1502. Su objetivo principal era el de dibujar la línea alejandrina que repartía los territorios entre España y Francia; problema que, por otra parte, no sería resuelto hasta la reunión de Badajoz en 1524. Tratándose de una disputa territorial entre dos imperios, es la primera evidencia gráfica de la “América insular” (aunque no debemos olvidar que

²⁴ Kenneth Nebenzahl, *ibid.* p 19

su nombre le sería dado posteriormente). Es decir, que este colorado mapa-paisaje donde el nuevo territorio aparece como uno de los *Orbis alterium*, es también la imagen de la *territorialización del poder*. Representa también, la vigencia del derecho pontificio, cuyos recursos jurídicos medievales estaban sustentados por la Corona.

1.5 EL NOMBRAMIENTO DE AMÉRICA POR MARTIN WALDSEEMÜLLER

El problema ontológico planteado por la existencia de América se abordó plenamente hasta 1507 con la aparición del mapa de Martin Waldseemüller. En palabras de Horacio Cerutti, “se geografizó América” cuando de manera geográfica se formuló la pregunta por el ser histórico de América, al que hasta entonces se le habían dado distintas soluciones. La de Waldseemüller cierra un siglo de visiones ptolemaicas, de “navigaciones cartográficas”, sentando la tradición del que se derivaría toda la geografía universal posterior.

En este mapa se integra una figura muy aproximada sobre el Nuevo Continente, que aparece como tierra independiente, seis años antes de que Vasco Núñez de Balboa viera por primera vez los mares del sur:

De este modo consta que la Tierra se divide en cuatro partes. Las tres primeras son continentes; la cuarta es una isla, ya que se sabe que está rodeada completamente por el mar. Y aunque el mar sea uno, y una sola sea la Tierra, sin embargo, estando ella separada en numerosas partes y abundando en islas sinnúmero, recibe varios nombres²⁵.

Así refuta la antiguamente arraigada idea sobre la unidad de América y Asia. En su planisferio, América está constituida por una isla norte y una isla sur donde, intuitivamente (impulsado por el deseo de conexión de todos los mares) habría un paso transoceánico. Es América intuida, pues existe en la realidad del mapa configurada y nombrada antes de su revelación geográfica.

A este punto se abre un debate, ¿de qué manera interactúan los “saberes imaginarios” y la “razón” entre sí para anularse o invalidarse uno al otro? Podríamos decir que la existencia de los primeros persiste a pesar de la segunda, o más aún, se apoya en ellos. En los mapas se plasma una realidad imaginada, que más que persistir a costas de la razón, la utiliza como el dispositivo para repensar la realidad geográfica a partir de una dura tarea que intenta cimentar un edificio cartográfico sobre la base de la tradición, en el preciso momento en que esta se halla fracturada. La incertidumbre y la posibilidad de

²⁵ Martin Waldseemüller, *op.cit.*, p 88

la existencia de la duda, impulsa a seguir hacia adelante pero también obliga a retrocesos. Tal cosa sucede por ejemplo con la publicación de la Carta Marina en 1516 donde, temeroso de haber ido demasiado lejos, Martin Waldseemüller retorna a la concepción tradicional que dicta que Cuba es parte de Asia.

La primera concepción geográfica que había tenido fue intuitiva e imaginaria, y él mismo no pudo sentirse cómodo en el alejado terreno al que lo había llevado la posibilidad del desafío instrumentado a través de la duda. Aún así, quedó un documento que atestigua ese momento en el que la pesada carga de la autoridad clásica se aligeró por un momento y dejó de ser la cortina de hierro infranqueable, para convertirse en una mirilla a través de la cual se podía percibir otro panorama. Paradójicamente correcto. América, después América Latina y aún después Nuestra América, como un continente geográficamente independiente, legítima cuarta parte del mundo, merecedora de un nombre, de un viento específico que soplara sólo para ella, de habitantes con sus propias especificidades.

Estas fueron las cuestiones que constituyeron la duda existencial para el hombre del siglo XVI y que constituyeron la base de la historiografía de toda esa época. Además, la pronta respuesta a todas estas preguntas era urgente para poder determinar el carácter jurídico de este territorio, para definir la normatividad y las condiciones bajo las que se desplegaría el plan de conquista y colonización. A la pregunta que inició cuestionando la existencia del Nuevo Mundo, le siguió la que interrogaba si estaba poblada o no, y una vez que se encontró la respuesta, surgieron otras sobre las más variadas cuestiones en cuanto a la naturaleza de sus habitantes.

El camino que le abrió legitimidad derivó desde la aceptación de la existencia de las antípodas, donde América era uno de los *Orbis alterium*. Ese lugar fue el que le donó la intuición de Waldseemüller:

Aquí se demuestra cómo el estro de un artista cartógrafo supo adelantarse, al plasmar en el trazado de un plano la verdadera imagen de la Tierra, contribuyendo positivamente a su más rápida exploración, cuando todos los argumentos científicos al uso entonces postulaban la indiscutible vecindad de la Iberia con la India del Ganges²⁶.

El mapa fue originalmente concebido e impreso en St. Dié en 1507. Al momento de concebir el Gimnasio Vosguense el proyecto original, consistente en hacer una nueva edición de la geografía ptolemaica, llegó a manos del canónigo de St. Dié, Gualthier Lud, una copia de la *Lettera rarissima* que reportaba los cuatro viajes de Americo Vespucci. Las vías de transmisión del documento también resultan interesantes: de la

²⁶ Carlos Sanz, "El mapa del mundo", *op.cit.*, p.18

carta fechada en 1504 firmada por el navegante, y dirigida a Piero Soderini, se hizo una primera edición en italiano en ese mismo año con una reducida tirada de diez ejemplares impresos. El boom editorial vendría después al traducirse la carta al francés, proceso que implicaría otro de los equívocos de los que está plagada esta historia, al intercambiar un vocablo por otro. De las impresiones francesas elaboradas posteriormente, una fue remitida por Manuel I, rey de Portugal al mecenas René II, duque de Lorena, quien a su vez la facilitó a su capellán Gualtherus.

Gualtherus o Gualtieri fue el encargado de la formación de un equipo de poetas y canónigos para concebir la magna obra: un gran mapa mural que contuviera las tierras recientemente halladas, y su versión en globo sólido para contextualizarlo en la esfera terrestre. Además, el proyecto cartográfico incluía otro de carácter editorial: se anexaría la explicación de la cartografía a partir de la traducción de la *Lettera raríssima* así como una introducción a la *Cosmographia* de Ptolomeo elaborada por el equipo. Para realizar esta obra se requirió la instalación de la primera imprenta en St. Dié que corrió a cargo del sobrino de Gualtherus, canónigo y secretario particular del duque René, Nicolas Lud. La traducción al latín estuvo a cargo de Jean Basin de Sandaucourt, con la colaboración del poeta Matthias Ringmann (Philesius Vogesigena), y Martin Waldseemüller (Hylacomilus), originario de Friburgo, quien había tenido una experiencia previa en una imprenta en Basilea. Este último era el encargado de dibujar los mapas y corregir las pruebas de imprenta.

El resultado físico del trabajo de este equipo fueron doce xilografías sobre hoja de papel (62 x45.5 cm) para constituir el primer mapa de tamaño mural (2.32 m x 1.29 m) compuesto por partes impresas de forma separada²⁷. Contiene los fundamentos del mapa universal de Ptolomeo del siglo II, del que en parte retoma el nombre: *Universalis*

²⁷Hay algunas diferencias en el encuadre de las xilografías a lo largo de las distintas ediciones, sin embargo la técnica básica de impresión utilizada fue la xilografía, que se usa aún para algunos nombres y lugares, aunque contiene otros textos que están inscritos a manera de incunables insertos en los huecos de madera. El mapa también contiene algún coloreado aplicado a mano: puntos rojos para las ciudades, y rojo o amarillo para las crestas, así como unas líneas en rojo, que le dan su tonalidad característica, denotando los grados. No incluye el hombre del autor, ni el lugar o fecha de impresión, aunque el papel tiene un enigmático sello de agua de una corona. Más detalles sobre el tipo de papel utilizado, las planchas y la técnica para insertar las correcciones en la plancha correspondiente a las Islas de Cabo Verde (desplazadas del meridiano 10° al 20°) se puede ver en el artículo referido al final de estas líneas. El minucioso análisis que se hace de las tipografías del mapa y del texto, cobra relevancia por sugerir una primera edición de texto y mapa en la imprenta de St. Dié, y que las subsiguientes impresiones del mapa se llevaron en el taller de Johann Schott, un joven impresor quien tal vez asumió esta tarea con los restos del taller de St. Dié, al morir en 1508 el Duque de Lorena, propietario de la imprenta. El texto, en cambio, a partir de 1515 correría a cargo de Johann Grüningen, un afamado impresor. Elizabeth Harris, "The Waldseemüller World Map: A Typographic Appraisal", en *Imago Mundi*, no. 37, London, 1985,

Cosmographia Secundum Ptholomaei Traditionen et Americi Vespuccii Aliorumque Lustrationes.

Tanto Ptolomeo como Americo Vespucci están dibujados en el borde del mapa, retratados imaginariamente por algún discípulo de Durero. Aparece Ptolomeo abrazando un cuadrante del lado del hemisferio que se conocía anteriormente, es decir, donde aparecen Europa y Asia; del otro lado está Vespucci al lado de la tierra recientemente descubierta, que ocupa 1/6 total de la superficie del mapa, pintada en las planchas 2, 6 y 10. El nuevo continente está configurado por su costa oriental, desde el Sur hasta más allá del istmo de Panamá, el Centro y la base del hemisferio Norte, el Golfo de México y el mar de las Antillas²⁸. La costa occidental está intuitivamente retratada con una línea recta, de forma muy aproximada a lo que resultó ser su realidad geográfica. Aparece también el Océano Pacífico, como hemos dicho, antes de que Nuño de Balboa lo avistara en 1513.

Es un mapa paisaje donde aparecen los escudos respectivos que identificaban los hallazgos hechos por las naves de España y de Portugal, con la leyenda en latín “toda esta provincia fue descubierta por mandato del rey de Castilla”. En el territorio que después correspondería a Brasil²⁹, aparece el nombre de AMÉRICA, sobre el Trópico de Capricornio.

El pequeño libro que acompañaba al mapa, la *Cosmographiae Introductio*, está dedicada al emperador “Maximiliano César Augusto. Filesius Nativo de los Vosgos”, además de que generó tal vez una de las primeras disputas sobre los derechos de autor, entre el Gimnasio Vosguense y Martin Waldseemüller, de donde se puede distinguir la primera edición de la segunda.

Su contenido en primer lugar configura la esfera de igual manera que en la tradición griega y medieval. La importancia de esta tradición para Waldseemüller venía a colación con los cálculos que se habían hecho desde la época clásica para conocer la anchura de la tierra, y de ahí, las distintas nociones para conjeturar si la distancia hacia

²⁸ Bonifacio del Carril. *op.cit.*, p 20

²⁹El primer nombre otorgado al actual Brasil, equívoco por su parte, venía del mismo astrónomo, médico y cirujano “Bacalareus Johannes” que redactó la carta de conquista del Brasil el 1 de mayo de 1500. Antes de saber que se encontraba en tierras nunca antes vistas pensó que se encontraba en la “isla de Veracruz”, para cuya referencia estelar había tomado en cuenta a la Cruz del Sur: el nuevo nombre que se escogió, aludiendo al error en su génesis fue “Tierra de Santa Cruz”. “*Brasilia sive Terra Papagalli*” fue la segunda denominación otorgada al territorio a partir del nombre de uso que ya tenía por diversas sociedades mercantiles, “Brasil”, a causa del palo de tinta que crecía prolíficamente en sus costas y que decepcionantemente se probó como el primer producto de explotación económica; quedó sentado en la carta que elaboró el propio Waldseemüller en 1516 donde, en un juego de constatación y rectificación sobre la legitimidad que se derivaba de la práctica, también echaba para atrás el nombre de *América*.

ultramar era fácilmente navegable, o de lo contrario insalvable. Además de los planteamientos numéricos que indagaban por la medida del Ecuador de los que se ha hablado hasta ahora, existían dos cosmovisiones distintas derivadas de la teoría del equilibrio entre los cuatro elementos de Aristóteles, que nosotros percibimos como opuestas: una sostenía que el ecumene o tierra emergida ocupaba la mayor parte de la esfera terrestre y por lo tanto la distancia entre Europa y Asia era fácilmente salvable³⁰. La segunda, mantenida por la amplia mayoría de los escritores escolásticos, trataba justo de lo contrario³¹.

Por eso el significado del viaje de Colón, que de cierta manera echaría abajo tanto una teoría como la otra, “vendría a consumir inesperadamente la Unidad Geográfica”³². Tres factores influyeron para que tomara su decisión; la distancia del océano que separaba Asia de Europa, un trayecto que dependía de la extensión de este a oeste del ecumene, o dicho en otras palabras, de la gran masa continental restante entre España y China. La segunda tenía que ver con la circunferencia del globo y el número de millas o estadios en un grado, y por último, lo que se pudiera inferir sobre estas distancias, a partir de los cálculos medievales derivados de la herencia aristotélica sobre la relación entre las proporciones del agua y de la tierra.

Los antecedentes sobre el tratado de la esfera se remontan al asombrosamente aproximado cálculo de Eratóstenes, quien utiliza como unidad de medida la relación entre los 360° de circunferencia de la tierra y los 700 estadios que contiene cada grado.

³⁰ Los autores de la tradición del “gran” ecumene reciben un impulso a partir del *Opus Majus* de Roger Bacon (1219-1292), por su interpretación del siguiente pasaje del *De Caelo* aristotélico: “aquellos que sugieren que la región alrededor de las Columnas de Hercules unen las regiones de India [...] no sugieren nada totalmente fantástico”. Bacon, apoyado en un pequeño fragmento de las *Queaestiones Naturales* de Seneca, donde refería que en caso de haber buen viento se podía navegar de España a India en pocos días, interpreta las palabras de Aristóteles como que entre España e India existía un *mare parvum* (una pequeña distancia marítima). Para sostener la idea del gran ecumene, Bacon citó también a Plinio, quien refiere un corto viaje del Golfo Árabe a las columnas de Hércules (malinterpretado por el primero como un viaje a través del Atlántico) y al profeta Esdras, quien había dicho que seis partes del mundo estaban formadas por tierra y una séptima por agua. Este trabajo de Roger Bacon fue cuidadosamente leído y anotado por el cardenal francés Pierre d’Ailly en su *Imago Mundi*, que a su vez sirvió de base teórica para Colón. *Imago Mundi*. No.42, 1990, W.G.L. Randles, “The Evaluation...” *op. cit.*, p. 50.

³¹ Especialmente representativas de quienes sostenían la mayor existencia de cantidad agua en la esfera terrestre, estaban las *Additiones* de Paulo de Burgos sobre las *Postillae super totam Bibliam* de Nicolas de Lyra. Esta postura fue la que sostuvieron los cosmógrafos de la corte católica en la Junta de Salamanca en 1486/87 y posteriormente en la Junta de Santa Fe para negar viabilidad al proyecto planteado por Colón. Según este relato, para que la separación del agua y la tierra relatada en el libro de Génesis se pudiera llevar a cabo, Dios desplazó el centro la esfera del agua para que su centro no coincidiera con el centro de la Tierra; pudiendo así aparecer la tierra emergida. Por lo tanto, el ecumene no podía ser más grande que la mitad de la circunferencia de la esfera del agua, o probablemente mucho menos que eso; por lo que contrario a lo que pensaban Bacon y D’Ailly, la distancia entre India y España podía ser muy considerable. , W.G.L. Randles, “The Evaluation...” *ibid.*, p. 51

³² Carlos Sanz, “El mapa del mundo...” *op.cit.*, 14

Multiplicando el “estadio de pié ático” (185 m) obtuvo como ancho total 46, 620 km. (verdaderamente cercano a la circunferencia real de 40, 102.84 km). La segunda tradición parte del cálculo de Ptolomeo, que le había dado 500 estadios a cada grado de la tierra. Cada grado de la esfera solamente medía 92.5 km, por lo que la circunferencia total era de 33,000 km.

La distancia desde un punto de la esfera hacia la otra mitad se replantea en la obra de Juan de Sacrobosco. Fue retomada y publicada en Ferrara hasta 1474, con más de 200 ediciones durante el siglo XVI. Es el *Tractado de la sphaera que compuso el doctor Ioannes de Sacrobusto con muchas additiones. Agora nuevamente traduzido de Latina en lengua castellana por el bachiller Hieronymo de Chaves: el qual añidio muchas figuras, tablas y claras demonstraciones: junctamente con unos breves Scholios, necesarios a mayor ilucidation, ornato y perfection del dicho tractado. Con privilegio imperial*³³. Según el tratadista, la distancia de oriente a occidente, a saber, lo que mide la mitad de la esfera son 180° (23,310 km); este es un dato exagerado que aparece también en los mapas ptolemaicos, puesto que la longitud real es de 130°.

El texto clásico *Ymago Mundi y otros opúsculos* de Pierre D’Ailly contiene las famosas apostillas de Cristóbal Colón en donde queda claro que las opiniones de los eruditos anteriores habían moldeado su mente para que creyera verazmente en su errado cálculo:

Navegando a menudo desde Lisboa al sur hacia Guinea observé con cuidado la derrota, como es usual entre capitanes y marineros, y después tomé la altura del sol con el cuadrante y otros instrumentos muchas veces y hallé que concordaba con Alfragano, es decir, que a cada grado correspondían 56 millas y 2/3. Por lo cual hay que creer en esta medida. Así, podríamos decir que el perímetro de la tierra en el arco equinoccial es de 20,400 millas. Eso mismo fue lo que halló José, físico y astrólogo, y otros muchos, enviados sólo para esto por el serenísimo rey de Portugal. Y esto lo puede ver cualquiera que mida por las cartas de marear midiendo de norte a sur por el océano fuera de toda la tierra en línea recta, lo cual bien se puede hacer empezando en Inglaterra o Irlanda en línea recta hacia el sur hasta Guinea (...) Un grado corresponde a 56 2/3 millas, y la circunferencia de la Tierra es de 5,100 leguas. Ésta es la verdad³⁴.

Efectivamente las fuentes árabes referían principalmente tres valores para la medida del grado en el meridiano: el de 56 2/3 millas que utilizó Colón, el de 66 2/3 millas que en principio había sido atribuido a Alhazen (ibn al-Haytham 965-1039 d.C.) pero cuyo cálculo provenía en realidad de Abu ibn Mu’ adh de Sevilla (siglo XI), y un tercer valor de 62 ½ millas. Estas referencias habían sido descuidadamente traducidas por los latinistas como millas romanas, considerablemente más cortas³⁵. Sin tomar en cuenta

³³ Citado en Marcelo Ruiz Ramírez, “El cálculo de la anchura de la tierra y del mundo habitado: de la antigua Grecia a los textos medievales” (sin publicar).

³⁴ Cristóbal Colón citado en Marcelo Ruiz, *ibid.*

³⁵ W.G. Randles, “The Evaluation...”, *op.cit.*, p. 55

que Alfragano había utilizado la milla árabe, y no la romana, Colón redujo la extensión de la tierra de 40 mil km a 30 mil. La longitud del mundo habitado se extendió para reducir el pedazo de tierra cubierto por agua posibilitando su proyecto en ultramar:

El mundo es poco; el enjuto [lo seco] de ello es seis partes, la séptima solamente cubierta de agua; la experiencia ya está vista, y la escribí por otras letras y con adornamiento de la Sacra Escritura, con el sitio del Paraíso Terrenal, que la Santa Iglesia aprueba. Diego que el mundo no es tan grande como dice el vulgo, y que 1° de la equinoccial está [es de] 56 millas y $\frac{2}{3}$ ³⁶.

En los capítulos VII y IX de la *Cosmographiae Introductio*, tal vez escritos por Mathias Ringmann acontece “el bautismo de América”. Primero habla de las nuevas tierras como la “Antipoda de la tierra”. Después, se le otorga pleno reconocimiento de ser un continente y no simplemente una isla, nombrándola después, a propósito de los climas:

*Y en el sexto clima antártico, que se halla hacia la parte extrema de África recientemente descubierta, Zanzíbar, la pequeña Java y la isla Seula, y también la cuarta parte del orbe a la cual porque la descubrió Americus, Amerige, Tierra de Americi o América cabe llamar*³⁷.

A América, en realidad, “se le impone” un nombre. Si tomamos en cuenta que a través del nombramiento de un “objeto” se le reconoce individualidad y características específicas para ser distinguido de los demás entes, entonces el nombramiento de América implicó el reconocimiento de su capacidad para ser enunciada. Nombrarla fue describirla, llamarla, reconocerla; desde fuera, desde la necesidad que para el hombre occidental representaba la aprehensión de un continente externo a su realidad pero que había sido introducido violentamente.

Américo Vespucci ejerció la tarea histórica de la escritura y el registro de las nuevas tierras a través de los significantes que proyecta en sus cartas. Así lo hacen notar en el texto del Gimnasio Vosguense, donde se deja bien claro que gracias a la labor del explorador italiano “las costumbres de estas tierras han sido descritas y conocidas”. A la labor del navegante se le construyó una apología que abrió paso al significado histórico del “descubrimiento”:

Ahora estas partes han sido más ampliamente exploradas y otra cuarta parte ha sido descubierta por Américo Vespuccio (como se dirá adelante). Y no veo que haya alguien que razonablemente se oponga a que por ello la designe Amerige, tierra de Américo o América,

³⁶ Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento* citado en Marcelo Ruiz, “El cálculo...”, *op.cit.*

³⁷ Martin Waldseemüller, *Cosmographiae...*, *op.cit.*, p. 83

derivando su nombre de Américo su descubridor, hombre de ingenio sagaz, ya que además Europa y Asia recibieron sus nombres de mujeres³⁸.

La voz América es colocada también en el mapa, extendida en el Cono Sur. El tiraje de mil ejemplares, distribuido especialmente en Alemania, difundió rápidamente entre toda la población de Europa Central el nombre recién otorgado a la cuarta parte del orbe, sin que contra ello pudieran hacer algo los impresores. Además este trabajo sirvió de base para otros cartógrafos como Glareano, Stobnicza y Schöner,³⁹ quienes también decidieron también utilizar el nombre de “América” para hablar de las nuevas tierras halladas.

Únicamente con el “bautismo” de América se da el verdadero inicio de las transformaciones sobre las mentalidades europeas, de la aceptación de un término que aparecía en los mapas al lado de Europa, Asia y África; de cuyo proyecto histórico de enunciación se apropiarían tanto occidentales como los propios americanos para la construcción de su ser identitario.

La resistencia hacia la utilización de dicho nombre provino particularmente de españoles y portugueses, quienes siguieron utilizando el nombre de *Indias*, *Indias Occidentales* o únicamente *Nuevo Mundo*. El proceso tampoco es casual. A las tierras a las que había llegado Colón en 1492, las llamó *Indias*. Su denominación todavía correspondía con la creencia de que ese territorio era parte de Asia y por lo tanto no se imaginaba que fuesen tierras hasta entonces desconocidas, un continente aparte y autónomo. La derivación en la administración colonial hacia el nombre de *Indias Occidentales*, corresponde una prolongación de este momento y refleja el vaciamiento de significado que aún tenía el nombre América; existía en su condición colonial y subyugada al padrinazgo que le otorgaba España. Once años después del descubrimiento geográfico, en 1503 Américo Vespucci introduce la revolucionaria idea por parte del hombre europeo, de aceptar la existencia de una nueva parte del mundo distinta a Europa, Asia y África, el *Nuevo Mundo*.

³⁸ *ibid.*, p 84

³⁹ La historia sobre el codex Wolfegg, un volumen instrumentado en piel porcina hallado en la biblioteca del castillo del Conde Maximilian zu Waldburg- Wolfegg en Wurtemberg, Alemania, que contenía piezas de cartografía antigua, podría bien ser relatada como “descubriendo el descubrimiento”. Gracias a la precaución de Juan Schöner, quien lo guardaría “para la posteridad”, después de 400 años en este volumen se encontraron íntegros, sin ensamblar, un ejemplar del primer mapa de Waldseemüller y de su carta marina. Después de este descubrimiento en 1901 por el erudito jesuita, Josef Fischer, el mapa saldría por primera vez de su hogar en Bavaria para aparecer en octubre de 1983 a la luz pública en una exhibición de dos años en el *Smithsonian's Museum of American History* en Washington, DC. Bonifacio del Carril, *op.cit.*, Elizabeth Harris, *op.cit.*

A pesar de que la voz “América” en el mapa de Waldseemüller representara el avance dialéctico hacia la edificación de la consciencia sobre tal espacio, el *nombre de América* y por lo tanto, *la idea misma de América* aún estaba en construcción. La trilogía *Indias-Nuevo Mundo- América*, son un reflejo de la interacción entre el desafío intelectual planteado por la transformación del de conocimiento geográfico y humanista y su efecto en la modificación de las mentalidades.

El equívoco sobre la legitimidad de Américo Vespucci o Cristóbal Colon en su calidad de *descubridores*, como trasfondo de las inconformidades sobre el nombramiento del nuevo continente, impulsaron a que el Waldseemüller se retractara de su proposición inicial, decidiendo suprimir el nombre de América de las siguientes ediciones de los mapas, rebautizándolo como “Brasil o tierra de papagayos”.

De manera radical, esto lo llevaría a la modificación completa de la concepción de una tierra independiente en la *Carta Marina* de 1516, reemplazando la *Terra incognita* en el paralelo 46° del primer mapa por el texto “tierra de Cuba; parte de Asia”. El nombre de los otros cuatro continentes tampoco aparecen. El regreso a la idea de América como parte de Asia, representa el proceso de construcción y deconstrucción del conocimiento científico, a partir del reto que en éste representa la ruptura de los paradigmas previamente establecidos de la cartografía. Este conocimiento no fue evolutivo, y su difusión se encontró desfasado con la “vanguardia científica” producida por la experiencia: justo ese mismo año en que se editó la Carta Marina, el Océano Pacífico fue descubierto. Aún así fue suprimido del mapa.

Los sinsabores que las nuevas tierras ocasionarían al proyecto del Imperio Español, no terminaban con lo herético que tenía la aparición comprobable de una isla y después continente en medio del océano, o con la disputa por su nombramiento. La incesante búsqueda por un paso transoceánico que conectara el Atlántico con el Pacífico, terminada en una negativa de Núñez de Balboa acarrearían como el inicio de lo que fue llamado por Antonello Gerbi “la gran decepción americana”.

América apareció como una sola masa continental continua del Polo Norte al Polo Sur, que impidió la navegación desde la península Ibérica hacia las Islas Molucas; el gran deseo que impulsaba a la búsqueda de nuevas tierras terminó con el hallazgo un gran tope geográfico que socavó las ilusiones imperialistas de la metrópoli.

1.6 EL ENCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

La labor sobre la indagación geográfica y natural, es decir, de definir la condición física de tal territorio y otorgarle legitimidad a partir de su *status* geográfico, fue una tarea en permanente construcción de la cambiante consciencia europea en la era de los descubrimientos.

Como hemos visto, las dificultades para aprehender la nueva realidad a través de los paradigmas existentes que se veían desafiados e inclusive rebasados, derivaron en el diseño y proyección de mapas que expresaban geográficamente continuos cuestionamientos ontológicos. La participación del fenómeno de masas emanado de la impresión de tantos mapas contribuyó por su parte a la expansión de las concepciones dibujadas por los discurso de poder⁴⁰, puesto que los debates entorno al nuevo mundo como península, isla o continente expresaban una valorización del territorio basado en jerarquías de su amplitud física.

El proceso del nombramiento, además de reconstruir los distintos momentos de un paradigma de jerarquización del proyecto expansionista del siglo XVI, devela históricamente la relación entre la idea de América y el conjunto de procesos tensionantes que han desarrollado en su interior; es decir corresponde al llenado de significación histórica de un nombre. Las *Indias*, el *Nuevo Mundo*, o *América* seguirían cambiando en su denominación para ser reformuladas dialécticamente en *Hispanoamérica*, *América Latina*, *Nuestra América*.

En segunda instancia, el problema cartográfico fue retomado como un problema epistemológico, esto es, se crearon historicidades a partir del dato geográfico. El ordenamiento en una escala de “menor a mayor” trascendió el ámbito geográfico y natural para posteriormente condicionar la propia naturaleza de sus habitantes a través del segundo gran momento de indagación americana, en las crónicas *de Indias*. La pregunta sobre la condición de la humanidad americana, y su posible rastreo a través de la observación de sus gentes y costumbres, aparece desde un primer momento en la introducción hecha por Waldseemüller:

⁴⁰ Estos discursos, ahora bajo distintos paradigmas como el del “nacionalismo” siguen funcionando en la historiografía moderna. Sobre la vertiente de la consideración de América como parte de Asia, sin tomar en cuenta el importante contrapunto marcado por el mapa de Waldseemüller, Carlos Sanz afirma “Sinceramente creemos que sería aleccionador dedicar unas páginas a tratar de la herejía cartográfica que se produjo en Europa, sin que España-la gran protagonista- tomara en ello parte, pues en este caso, como en tantos otros, se vivió entre nosotros la más estricta realidad geográfica, lo que viene a confirmar que el realismo español no es una expresión absolutamente vana”. Carlos Sanz, “El descubrimiento...” p.15

La ubicación [de América]. Las costumbres de sus habitantes se conocerán mejor por medio de [las relaciones] acerca de las cuatro navegaciones de Américo, que más abajo se incluyen⁴¹

El proceso sobre la *Historia Natural de las Indias* en Jose da Acosta solidificaría este nuevo paradigma por el nombramiento de América y su descripción interna a través de la exposición sistemática y argumentativa de la clasificación sobre los habitantes americanos.

Todas estas preguntas por el ser de América recolocan la cuestión de la asimilación de América en la historia universal europea. El planteamiento primero de la idea del descubrimiento, para O' Gorman expresó en realidad *el encubrimiento del ser de América*, puesto que de manera intencional oculta la in-intencionalidad del viaje de Colón, quien por su parte murió sin darse cuenta de la especificidad existencial que tenían las nuevas tierras. De ahí lo absurdo de “descubrir” (algo que en realidad no se realizó como tal en la mente del viajero) un territorio “por casualidad”:

La manera de concebir el ser del suceso bajo la especie de descubrimiento, no es, como se pretende, el resultado de una investigación científica que se atenga pulcramente a las exigencias de la realidad investigada, sino que dicha investigación parte de un supuesto postulado *a priori* sobre el ser de esa realidad⁴²

De tal manera la tradición que postula el “descubrimiento” americano da por supuesta la existencia plenamente constituida de una tierra que a su vez es únicamente considerada real a partir del proyecto colonial europeo, es la creación de América como dependencia histórica y cultural de Europa. O' Gorman prefiere llamarla *invención*, pues a partir de ese momento comenzó a construirse la historia del pensamiento americano que desde “lo europeo” preguntaba por la definición de “lo americano”, el ser americano. La historia de la producción americana ha sido siempre una larga lucha por afirmarse ya sea autónomamente o como “floración” de Europa; es la tensión cultural entre Oriente y Occidente.

La noción implícita de una “América descubrible” al concebirla como un ente geográfico es para O' Gorman la base del *encubrimiento* americano. Al determinar que *ser América* implica *ser un continente*, se está dejando de lado la cuestión de importancia verdadera para su definición, el de su originalidad y autonomía en la existencia histórica; lo mismo sucedería posteriormente con el “descubrimiento” de sus habitantes.

⁴¹ Martin Waldseemüller, *op.cit.*, p. 88

⁴² Edmundo O' Gorman, *op.cit.* p. 21

Sin embargo, en el entendido que fue la labor de cartógrafos y cosmógrafos una tarea imbuida de la tensión de los discursos de poder al interior de Europa, y posteriormente, su proyección en América, creemos que sobre esta misma línea está la historia de la existencia de América antes de América.

Si bien no se daba de manera explícita una noción hacia la tierra americana en las mentalidades europeas, sí se generaba un constante cuestionamiento sobre la existencia de la alteridad geográfica y natural. Si bien fue la noción de alteridad que primero se llamó *Terra Incognita*, *Antípodas* y después *Nuevo Mundo*, la que también configuró el deseo hacia la exploración de los otros continentes parcialmente conocidos; América se colocó de lleno en ese lugar *del otro* como el desafío de lo desconocido. América no nombrada, y después América intuida, existió de esa manera en cuanto a impulso de la reflexión de otredad, que al aparecer geográficamente, trastocaría de manera profunda la conciencia europea. En ese sentido el rescate de estos cartógrafos y cosmógrafos que aunque no practicaron el americanismo de un ente así nombrado, dan cuenta del impulso humano por encontrar su reflejo en la mirada del otro.

2. *El impresor Sebastian Brant y su Nave de los Necios.*
La aparición editorial americana como exclusión de la otredad.

2.1 DAS NARRENSCHIFF Y EL FENÓMENO EDITORIAL

*Kommt, ihr Leute, lauft herbei,
anzuschau die Narretei!
Heute könnt ihr euch erbauen,
denn gar vieles gibt's zu schauen.
Ein Zauberspiel auf weisser Wand:
Die Laterna Magica entführt in ein exotisch' Land*

Entre 1450 -año aproximado de la invención de la imprenta- y 1492, se habían estampado en Europa más de cinco millones de mapas, libros, documentos, panfletos y hojas sueltas. La primera referencia al Nuevo Mundo que se hizo en un medio impreso masivamente vino a aparecer en 1494, el mismo año de la firma del Tratado de Tordesillas, en la publicación del humanista Sebastian Brant, *Das Narrenschiff*⁴³, conocida en su traducción oficial como “La Nave de los Necios”, cuyo éxito editorial fue enorme por lo menos hasta el siglo XVII: tuvo seis ediciones originales en Alemania y quince en París, más nueve ediciones “piratas” editadas en Estrasburgo; la más importante de ellas, *La nueva nave del país de los necios*, fue reimpressa cinco veces. De las originales, la primera fue impresa por Johann Bergmann von Olpe, ex alumno de Brant de la Universidad de Basel, quien también editó la versión latina (*Stultifera Navis*, 1497), que había sido a su vez traducida, o reelaborada, por Jacob Locher, otro discípulo del alsaciano. Esta versión fue la que sirvió de base para la posterior difusión de la obra al francés y al inglés por Alexander Barclay (*Ship of Fools*, 1509), y a la versión flamenca de Guyor Marchand (1500), quien residía en París al momento del *boom* editorial. En España sólo hubo una edición latina, publicada en Burgos.

La publicación acelerada de libros y folletos de difusión popular introdujo la estrategia editorial sobre la búsqueda de “lo nuevo”. De tal manera, los impresos eran constantemente reactualizados y pequeñas secciones agregadas para que el escrito conservase su actualidad y fuera redituable en términos editoriales. Por eso resulta significativo que, aunque de manera casi tangencial, una de las primeras alusiones sobre

⁴³ En su uso medieval se refería tanto al “loco” y similares (*der Narr*; la locura *die Narretei*) como al “cascabel”. De ahí tal vez la simbología utilizada para representar al loco o tonto con una cofia de cascabeles.

el significado de la aparición de las nuevas tierras fuera incluida en un texto como *Das Narrenschiff*, destinado a una actividad moralizante de pedagogía explícita que condenaba los males de la sociedad a ser expulsados a través de un viaje en barco a ultramar.

En este texto, el reflejo de América y los esfuerzos por construir un sistema de intelección en ultramar, aparecen como la desvirtuación del verdadero objetivo del saber, que debe ser el autoconocimiento. La “necedad” de los personajes caracterizados a bordo aparece como un símil para reflexionar sobre la manera en que en este texto se plantea la relación con “los locos”; con la diferencia vista como una irrupción abrupta dentro de la armonía de la sociedad⁴⁴. La locura y la otredad van de la mano en el sentido en que nacieron en el seno de la sociedad, le son intrínsecas a la cultura y a la manera en que se construye. Pero al ser expulsadas de ese conjunto armónico interior, se vuelven extrañas y la resolución de su existencia se da a través del alejamiento. El trato de segregación que se le da a la locura, al Otro, tiene que ver con la necesidad de alejar un peligro interior, desterrándolo para negar su existencia.

El lugar en el que fue pensado *Das Narrenschiff*, posa nuevamente la cuestión sobre desde dónde hablaba su autor, y de qué manera valoraba *la otredad* desde su distancia o aproximación al desafío americano. Debido a que el texto habla de representaciones morales elaboradas a través del viaje en un barco, curiosamente podríamos hablar de la constatación de la existencia de América en una de las últimas piezas de la “literatura de viaje” elaboradas desde la distancia. Sebastian Brandt, quien nunca estuvo en nuestras tierras, entraría dentro de los primeros pensadores de América en su muy particular manera de encerrar y excluir a la otredad para negarla, y para nada sería el último en seguir este oficio desde la lejana Europa. La tradición de quienes hablaron sobre las Indias Nuevas y valoraron sus posibilidades de existencia sin haber siquiera estado aquí, fue una historia que continuó aún después del “descubrimiento geográfico” (y como hemos visto a través del debate de los cosmógrafos, inclusive le precedió)⁴⁵.

¿Fue la asimilación de América un fenómeno mercadotécnico cuya difusión estuvo a cargo de impresores, editores y cartógrafos? La génesis sobre la actividad editorial se remonta a los inicios de la transmisión *masiva* de información, y por lo tanto, es un medio representativo del clima de las mentalidades desde el que podemos rastrear los vericuetos sufridos por las ideas sobre “lo americano”. La enorme popularidad de las

⁴⁴ Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*. FCE, 1982.

⁴⁵ Antonello Gerbi, *La disputa del nuevo mundo*, op.cit.

publicaciones que hablaban sobre las nuevas tierras, arrojan luces sobre el papel que nuestro continente vino a cubrir en las contradicciones generadas a partir de la transición del mundo medieval al renacentista. La imprenta transformó el dominio sobre la cultura; su forma de vivencia y reproducción. Modificó a la cultura en un sentido en que el que la repetición de los libros y sus reimpressiones, no fueron acciones impulsadas en la mera filantropía de ciertos individuos o grupos, sino que fue una acción guiada por las leyes del mercado, por el gusto y la curiosidad, así como por la promoción de ciertas cosmovisiones orgánicas a la existencia de determinados grupos, que volvían altamente rentable la difusión de ciertos temas.

Para 1509 no es únicamente la concepción espacial la que está cambiando; la transición del manuscrito a la forma impresa acarrea el aumento y cambio del público lector. Este poema fue uno de los primeros textos célebres escritos en alemán, pensado para su difusión al gran público y no exclusivamente para ser leído por las clases cultas. Para su autor humanista comprendió el reto de abandonar el acostumbrado uso del latín y escribir en el dialecto de la región del Rin, con las dificultades que acarrea la inexistencia de una gramática formal para la escritura del alemán y de sobrellevar las incongruencias entre el lenguaje hablado de la zona fronteriza y el escrito⁴⁶. La lengua del alto Rin otorga unicidad a la obra para englobarla dentro de un todo articulado en función de la retórica (lo que era una novedad para la literatura en lengua alemana); especialmente difícil para el lector moderno, constituía una tendencia de escritura conservadora frente a las corrientes innovadoras provenientes del Este y del Centro de Alemania, no gozando aún de las ventajas gramaticales impulsadas por la reforma unificadora de Lutero. El proceso de adiestramiento de Brandt para escribir en su lengua natal, incluyó la escritura de obras bilingües cortas, primero en latín (*De la inundación del Tíber*, 1495, *Del insigne ciervo donado a su Regia Majestad*, 1495) y después en alemán (*Del maravilloso nacimiento del niño en Worms*, 1495, *Del ganso doble y la cerda de Guggenheim*, en Alsacia, 1495), que por tratar de acontecimientos extraordinarios constituye uno de los antecedentes del periodismo moderno. También a través de sus traducciones se va recreando un estilo literario y lingüístico que construye paulatinamente a la lengua a través de la rima y métrica destinadas al gran público. En

⁴⁶ El proceso que intentaba elevar la lengua alemana a la misma altura que el latín, ya había encontrado otro importante esfuerzo en las *Translatzen* (traducciones) de Nicolás von Wyle que intentaban difundir en su tierra natal el pensamiento de pensadores humanistas, en un proceso simbiótico con el mejoramiento de las lenguas vernáculas, y la revitalización del latín. Antonio Regales Serna (ed.), *La nave de los necios*, Tres Cantos, 1998, p. 13

este sentido el traductor aparece él mismo como “inventor cultural” ligado a la propia creación de su lengua, en base a la apropiación de toda una tradición moral e intelectual que apunta a la construcción del sujeto lector mediante la invención de un código diseñado específicamente para él. A este efecto, no nos parece casualidad que el proceso de evidenciación material sobre la existencia de América (aún a partir de su valoración negativa, como veremos más adelante) implicó la creación del lenguaje del sujeto pensante; por y para él. Dicho en otras palabras, es la construcción del lugar de enunciación. La campaña por la moralización de la sociedad fue el primer móvil que aparejaría la alfabetización y por lo tanto la constitución de la lengua alemana escrita de manera formal; conlleva la creación de un código lingüístico y la formalización de la estructura mental que ordenaría la producción cultural en los siglos venideros⁴⁷.

La mezcla de expresión oral con la escrita plasmada en *La nave de los necios*, (que tenía que ser leída en voz alta para no perder el ritmo en las frases) era la lengua auténtica del autor, quien ya en su edición de 1499 protestaba por las falsificaciones de su texto que maltrataban al idioma.

2.3 EL PROYECTO PEDAGÓGICO DE BRANT

Sebastian Brant nació en 1457 en Estrasburgo, Alsacia; leal al Sacro Imperio Romano, apoyaba al rey alemán que en 1491 se volvió emperador de dicha asociación política, Maximiliano I, conocido como “el último gran caballero medieval”; él mismo se cultivaba en el humanismo e introdujo esta corriente en Alemania a través de instituciones como el Colegio de Matemáticos y Poetas, fundado en 1501 en la Universidad de Viena, un espacio tradicionalmente hostil a este pensamiento. Hacia su edad madura, Brant se mudó a Basilea para estudiar derecho y filosofía. Aunque esta ciudad no era un centro de impresión que pudiera competir con Italia o París, se le conocía un centro humanista de gran alcance que editaba publicaciones para satisfacer las necesidades de la enseñanza. Sus obras, en formatos de alta calidad, eran compradas tanto por instituciones religiosas como iglesias, monasterios y parroquias (el que

⁴⁷ La traducción, extendida en sus límites como reinención de los textos en *la transcreación*, es una propuesta de construcción cultural impulsada por el movimiento concretista de Haroldo de Campo. A través de la utilización del mecanismo de la traducción como posibilidad de fundamento epistemológico para la elaboración de una historia cultural propia, se intenta retomar el sentido social e histórico de ésta; no ya como un proceso evolutivo y lineal sino como el reflejo de las tensiones y disincronías del objeto de estudio. Horacio Crespo, “Poética”, *op.cit.*

contuvieran grabados podía facilitar el contacto con el público iletrado que normalmente se vinculaba a estas últimas), como por los círculos letrados de profesores y alumnos. Se publicaban libros de texto y otras obras mayores de teología, filosofía, derecho y moral.

Nuestro autor pertenece a la primera generación de humanistas del Alto Rin, que ligado a la burguesía en sus bastiones de Estrasburgo y Basilea, emprendió una marcada actividad educativa que sustituía la labor de la Iglesia en la tarea de difundir las nuevas ideas, los descubrimientos geográficos, el desarrollo en la ciencia y la tecnología. Sin apartar el dejo moralizante, en el capítulo 66 de su *Narrenschiff*, “Del estudio de todos los países”, puntualiza de manera clara y sintética el debate que había movilizado a la actividad cosmográfica desde la época clásica hasta sus discernimientos medievales:

No tengo tampoco por muy sabio al que dirige todos sus sentidos y su aplicación a explorar todos los países y ciudades, y toma en la mano el compás para informarse de cuán ancha, larga y grande es la tierra y a cuánta profundidad y distancia se extiende el mar, y qué es lo que sustenta la última esfera; cómo se sostiene el mar en el extremo del mundo, para no desplomarse; si se puede dar la vuelta a todo el mundo; qué pueblos viven en cada grado; si bajo nuestros pies hay también gente o allí nada existe, y cómo se sostienen para no caer en el aire; cómo se calcula con una varilla que el mundo entero se puede medir de punta a punta⁴⁸. [cursivas nuestras]

De un plumazo aborda la controversia entorno a la medición de la circunferencia de la Tierra por Eratóstenes, el pensamiento de quienes optaban por un mundo hecho principalmente de agua o de materia sólida, la pregunta por la existencia de las antípodas y sobre la naturaleza de sus habitantes. ¿Pero por qué el desprecio hacia tales actividades producto de la vanguardia científica que precipitaba la transición hacia la consciencia renacentista? Que la burguesía fuera la encargada de la gran tarea didáctica en Alemania, no quiere decir que se pusiera en tela de juicio la existencia de una “*trascendencia última*” para modelar el encausamiento de la sociedad. Al contrario, en este pensamiento predominó siempre el factor religioso sobre el retórico; el trasfondo católico subyace siempre en los textos educativos que impulsaban sus valores, tales como la perfección, la moralidad y la felicidad. A este género de literatura didáctica pertenece el poema *Das Narrenschiff*, utilizando la sátira como un elemento de estímulo negativo para el disciplinamiento social, en ambivalente rechazo al conocimiento cartográfico que desafiaba al relato bíblico:

Aunque esta ciencia es cierta y verdadera, es, sin embargo, un gran necio quien tiene tan poco sentido, que quiere saber cosas lejanas y conocerlas con pelos y señales, pero no sabe conocerse a sí mismo ni piensa cómo aprenderlo. Busca sólo gloria y fama terrenal, y no piensa en el Reino eterno, en su

⁴⁸ Sebastian Brant, *op.cit.*, p.214

blancura, belleza y excelsitud, y en sus muchas moradas. Por lo terreno se ciega todo necio y busca su placer y contento en tener más perjuicio que provecho⁴⁹.

Aunque el grupo de Sebastian Brant haya propugnado una tendencia conservadora, fueron ellos mismos quienes impulsaron los nuevos ideales educativos, el Humanismo y el estudio de las lenguas clásicas. Brant, por su parte, fue editor también de los decretos del Concilio de Basilea, donde entabló amistad con uno de sus propulsores mencionado más arriba, Nicolás de Cusa. Así que no lo podemos enfrascar rígidamente en un conservadurismo a ultranza, sino más bien comprenderlo en su búsqueda por la mejora de la institución eclesiástica como modelo a seguir por una sociedad en peligro de naufragar. Su ciudad había adquirido fama de progresista a partir de la división de la Universidad en dos bandos con sus propias cátedras y profesores; los *nominalistas*, partidarios de la tradición escolástica y posteriormente expulsados de París por sus críticas al absolutismo del papado (de hecho la fundación de la Universidad de Heidelberg se hizo con profesores alemanes expulsados de Francia), y los *realistas*, de tendencia más humanista y por una alineación con la Iglesia. La diferencia entre el saber mistificado representado por Brant, y el puntillismo más racional de El Cusano⁵⁰, se refleja en las siguientes líneas escritas por el primero, más ortodoxo en su posición:

No te dejes apartar de la fe si se quiere disputar sobre ella, sino cree sencilla y simplemente, como la Santa Iglesia te enseña. No aceptes la doctrina sutil que tu entendimiento no puede comprender. La ovejilla nada a menudo junto a la orilla, donde el elefante se ahoga y sufre daño. Nadie debe preguntar para saber sobre su fe o su esposa, para que no se arrepienta al final⁵¹.

Las repercusiones de esa conciencia medieval se retrasarían en Alemania hasta bien entrado el XVIII. El cambio de la Edad Media a la época moderna implicó la puesta en tela de juicio de los elementos que le daban armonía al devenir histórico. El desarrollo de las ciencias y las técnicas, que tuvieron incidencia directa en los descubrimientos geográficos, trasfiguraron directamente la conciencia que el hombre tenía de sí mismo. De no haber sido por el desarrollo de la ciencia de la cartografía, y de sus herramientas tecnológicas como el astrolabio, no se hubiera llegado a América y por lo tanto el hombre occidental habría pospuesto el debate sobre los verdaderos alcances del relato bíblico y la unicidad del hombre. No se habría puesto en entredicho todo el edificio

⁴⁹ Sebastian Brant, *ibid.*, p.215

⁵⁰ Nicolás de Cusa, cuyo nombre original era Nicholas Cryftz, preparó por primera vez un mapa de Alemania que superara lo propuesto por Ptolomeo, en base a la recolección de mapas que había hecho en sus numerosos viajes en varias ciudades de Alemania, Francia, Italia y Constantinopla. Miguel León Portilla en *Cosmographiae Introductio*. UNAM, 2007

⁵¹ Sebastian Brant citado en Antonio Regales Serna (ed) *ibid.*, p. 8

teológico que sostenía la formación del conocimiento hasta entonces, al que el alsaciano trata de defender apelando al sentido común:

Marino según el mar calculó el mundo y erró muy horriblemente; Plinio, el gran maestro, dice que es un sinsentido querer entender las dimensiones del mundo y, además, abandonar éste antes de tiempo y medir hasta detrás del mar. En eso la razón humana se equivoca mucho: mide todo el tiempo tales cosas y no puede medirse a sí misma y cree que entiende las cosas que el propio mundo en sí no tiene⁵².

Hasta ese momento las ciencias y las técnicas habían estado subordinadas al saber divino. Su camino era por lo tanto unidireccional y al final de él se encontraba la Sabiduría representada en última instancia por Dios;

¿Qué necesidad tiene el hombre de buscar cosas más grandes de lo que él es? No sabe qué beneficio le causa aprender cosas tan altas, y no conocer el momento-que cual sombra huye de aquí-de su muerte. [...] A quien hiciera ahora tales marchas y viajes para aumentar de continuo su sabiduría, se le podría pasar mejor por alto, aunque no sería suficiente, pues no puede servir cumplidamente a Dios quien es dado a viajar⁵³.

La novedad de América se construye a partir de su negación: existe fácticamente pero su construcción conceptual aparta a la humanidad de la verdadera virtud. Es un espacio “lejano” a cuyo estudio se han dedicado únicamente navegantes y locos o el navegante-loco: primer pensador de América constituido como un ser subversivo que dedica sus esfuerzos a espacios que están “fuera de la razón”. La razón teológica dibuja al mar y sus creaciones como una planicie fantástica, el revés del mundo; el mar como un depositario de los desechos producidos en la Tierra con las naves que exilian a los locos de la sociedad humana. Incluso el mar como factor de corrupción, puesto que alejado de toda patria y de Dios, el hombre se vuelve inestable, volátil y etéreo, se vuelve *loco*.

Con una clara idea sobre su “misión civilizadora”, Brant asumió que Alemania estaba destinada a conducir el mundo católico, por lo que su gente necesitaba sacudirse de las prácticas decadentes y apegarse a las normas morales que mejor concordaran con su sagrada misión. Por su pertenencia a una generación que veía con gran preocupación la corrupción del Estado y de la Iglesia, refleja a lo largo de las disertaciones en su obra toda la tragedia de su tiempo ante los cambios económicos que significaban riqueza y libertad para algunos, pero empobrecimiento y hambre para las masas. El *Narrenschiff* es un intento de llegar a amplias capas de población alemana, en su propio lenguaje y utilizando la herramienta de la sátira para desalentarlos a seguir con sus vidas de vicio y pecado; es una fórmula moral para que toda una sociedad retorne a los principios cristianos dentro de la ortodoxia católica, y se salve “de la locura”.

⁵² Sebastian Brant, *ibid.*, p 114

⁵³ Sebastian Brant, *ibid.*, p 116

En la obra de Brant, un grupo de gente en el que están representadas todas las clases sociales –eclesiásticos, universitarios, jueces, nobles, mercaderes, labradores, etc- se embarca hacia *Narragonien*, la *tierra de los necios*. A cada uno de los tripulantes es dedicado un capítulo donde se ponen de relieve los pecados, las maldades, y la estupidez humana representadas en distintos grados, aparecen personajes alegóricos que van desde el juez corrupto hasta el alcohólico o el médico ignorante. Se condena tanto la arrogancia hacia dios, los casamientos por dinero y otros vicios menos evidentes tales como el hacer ruido en la iglesia⁵⁴. Por lo tanto, en distintas medidas, todos somos parte de un gran navío que se precipita hacia el cataclismo moral; el propio autor firma como “el necio Sebastian Brant”, formando parte de la sátira humanista que mira las épocas de grandes transformaciones con cierto recelo. De hecho, en el capítulo 108, cuya ilustración es la famosa portada del libro, queda de cierto que toda la humanidad va a bordo del navío; todos los hombres somos necios.

Cada capítulo o emblema está dividido en tres partes: una *inscriptio* o título, una *subscriptio* o texto y una *pictura* o dibujo. Estos últimos forman parte del dispositivo de reforzamiento del mensaje moral; la mayoría de las 112 xilografías, que ocupan cada una tres cuartos de página, fueron diseñadas por Albrecht Dürer, originario de Nuremberg, durante su corta estadía en Basel en 1494. El tallado en madera fue encomendado, como era usual, a un hábil artesano entrenado para tal efecto, el *Formschneider*. Se cree que gran parte del éxito del libro haya sido por sus ilustraciones que individualmente representaban una interpretación ya sea alegórica o literal del particular pecado o vicio. Los personajes retratados corresponden al “loco” prototípico del siglo XV, cada uno aparece ridiculizado a través de una gorra con cascabeles y un distintivo cetro. Estos grabados de madera son probablemente el primer ejemplo de ilustraciones intencionalmente cómicas en un libro impreso.

Pero ¿cuál era la pertinencia de incluir al nuevo mundo en un tratado de moral? La formación literaria que se inspira en una nave que viaja por el mundo cargada de arquetipos de comportamiento moral y social, arrancaba del modelo planteado por *Los Argonautas* y renace en un mundo en transición que se siente preso de una gran sinrazón. También Caronte transporta a sus pasajeros en una barca, y a este mundo, al

⁵⁴ Existe alguna clasificación sobre los vicios enumerados en el texto: 1. ofensas viciosas o criminales, 2. insolencia, 3. desenfreno, 4. pereza, 5. presuntuosidad y 6. locuras y *pecadillos* menores, entre los que están la necesidad de coleccionar libros como mero exponente del *status* social. Geiler citado en Antonio Regales Serna, *ibid.*, p.32

principio de su vida, habían llegado en otra. A partir de esta historia mítica se crearon otros navíos que transportaban en su cubierta héroes y villanos que simbólicamente emprendían un viaje hacia su destino o hacia una reveladora verdad última; aquí están *la Nef des princes et des batailles de Noblesse* en 1502 de Symphorien Champier, la *Nef des Dames vertueuses* un año después, el texto que nos ocupa *Das Narrenschiff* de Brandt, así como el cuadro de Bosco derivado de éste y finalmente la *Stultiferae naviculae scaphae fatuarum mulierum* en 1498. La idea de un gran viaje en barco asociada a la codicia, la necedad o la locura tiene su larga trayectoria en la cultura occidental, y cobró forma durante el siglo XVI a través de la corriente humanista que mostrándose adversa al espíritu mercantilista y de expansión violenta, creó toda una corriente de literatura moral crítica con las navegaciones y sus propósitos expansionistas. Evidentemente las actividades de “descubrimiento” y conquista desarrolladas entorno a las Indias españolas, se volvieron el escenario sobre el que se revivía la tradición del ideario antimercantilista sobre una *aldea utópica* pura y natural, que se contraponía a la vida artificial, reproducida en el mar, y la corrupción de la corte y de la iglesia, simbolizada en las galeras.

Pero los barcos cargados de personajes indeseables tenían su propio anclaje histórico. Específicamente en Alemania se tomaban las medidas pertinentes para la exclusión y segregación de los locos en los famosos campos *Narrtürmer*. Desde el siglo XV, sobretodo en Nuremberg existían políticas oficiales para su erradicación antes que la opción de la cura fuera considerada, o bien eran simplemente expulsados (en ocasiones después de un escarnio público) o confiados a barqueros que los abandonaban en tierras lejanas. De ahí la idea de un viaje en barco que podría lavar con el agua del mar los males incurables, o entregar a los enfermos a su propio destino, “está prisionero en medio de la más libre y abierta de las rutas: está sólidamente encadenado a la encrucijada infinita”⁵⁵.

2.3 EL SIGNIFICADO DE LA TENTACIÓN AMERICANA

Durante la travesía relatada en el poema, existe un significativo momento- antes del gran naufragio- donde el barco llega a *Schlaraffenland*, la *tierra de la riqueza*, habitada por seres que muestran la desnudez de los pecadores. La aparición de este espacio sucedió como consecuencia de una constante y racionalizada búsqueda

⁵⁵ Michel Foucault, *op.cit.*, p. 26

científica, después de un esfuerzo programático hecho a lo largo de varias generaciones que fueron acumulando un saber, que indagante, llega al límite:

Tolomeo calcula hasta con grados la longitud y latitud que posee la tierra; traza la longitud desde oriente y la acaba en occidente, y la toma como de ciento ochenta grados: sesenta y tres hacia el septentrión la latitud de la línea equinoccial; hacia el mediodía es más estrecha: encuentra veinticinco grados de tierra que ha sido descubierta. Plinio lo calcula con pasos, y Estrabón obtiene de ello millas. Desde entonces se han encontrado muchas tierras detrás de Noruega y Tule: como Islandie y Laponia, que antes no eran conocidas. También con posterioridad se han encontrado en Portugal y en España, por todas partes, islas de oro y gentes desnudas, de las que antes nada se sabía decir⁵⁶.

Las tierras, aún sin nombre, aparecieron a costa de la tradición de unos cuantos hombres necios que fueron extendiendo los límites de la tierra. La aparición del “otro” refleja la culminación de la peor actividad del hombre occidental; su evidencia horrorosa debe implicar el recogimiento hacia sí mismo: “Muchos han descubierto países lejanos y extraños, pero en ellos nadie se conoció jamás a sí mismo”⁵⁷. Es una tierra negada en el mundo moral, cuya importancia además reside meramente en el hecho de ser un espejo de los vicios de occidente⁵⁸. Pero no existe sólo de este modo; de manera ambivalente se expresa la sorpresa por los resultados de la búsqueda humana, estas tierras “de las que antes nada se sabía decir” quedan asentadas como la prueba material del avance de la cartografía y la cosmografía. Es tal vez la puesta en tela de juicio sobre el ordenamiento teológico-espacial, y de ahí la reformulación sobre “lo humano” que esto tiene, la gran interrogante que nuestro moralista trata de dejar de lado.

Entendemos entonces la construcción académica compleja que se hace desde un círculo humanista que despliega su espíritu a través de la obra de Brant. Los locos son seres liminales que son tratados con culpable fascinación hacia lo negativo; se podría decir que son vistos con el morbo que nos muestra la frágil división hacia lo prohibido. En este sentido es más que curioso, significativo, que la primera aparición de las Indias Occidentales sea como un lugar lleno de riquezas y gente desnuda: “Ahora es la locura

⁵⁶ Sebastian Brant, *op.cit.*, p 214

⁵⁷ Sebastian Brant, *ibid.*, p. 215

⁵⁸ El reforzamiento de esta imagen sobre las Indias también se fue conformando en el imaginario popular a través de otras mediaciones de las tierras desconocidas, como por ejemplo en el mensaje cristiano de los autos de la muerte, que lograban llegar aún a las regiones más marginales. Eran creaciones para el escenario popular, en farsas que se inspiraban en las danzas de la muerte del medioevo. *En Las Cortes de la Muerte* de Micael de Carvajal y Luis Hurtado de Toledo, las Indias son vistas como el espacio terrenal donde el hombre se desquicia y es corrompido moralmente por el “ maldito oro” (tierra cocida): Di India ¿por qué mostraste/a Europa esos metales/ Falsos, con que la llevaste, / Y después nos la enviaste/ Cargada de tantos males?/ No le bastaban las minas/de pecados que tenía/ tan profundas y continas/ Sino cargarlas de espinas/ con que mata cada día?/ ¡Oh India, que diste puertas/ a los míseros mortales/ Para males y reyertas/ ¡Indias, que tienen abiertas/ Las gargantas infernales!/ India, abismo de pecados!/ India, rica de maldades!/ ¡India, de desventurados!/ ¡India, que con tus ducados/ Entraron las torpedades!. Juan Antonio Ortega y Medina, *Imagología*, *op.cit.* p. 26

convertida en Tentación; todo lo que hay de imposible, de fantástico, de inhumano, todo lo que indica la presencia insensata de algo que va contra la naturaleza, presencia inmensa que hormiguea sobre la faz de la Tierra, todo eso, precisamente, le da su extraño poder”⁵⁹. Por este discurso de Brant y por supuesto de Erasmo, que ponen a la locura al centro de la escena, la “tragedia” de la locura humana se convierte en una especie de saber contiguo, es la otra parte de la moneda de la razón que a la vez está a la mano y se siente cercana. Porque sólo desde la razón se puede juzgar a la locura, y la locura conserva el saber clandestino al que la razón no puede acceder.

Durante la transición de las mentalidades, acelerada por la aparición de América como un elemento contradictorio a la realidad planteada hasta entonces, arrancaría el polifacético proceso de la objetivación del conocimiento. Con el advenimiento del Renacimiento los contenidos a ser develados por el intelecto del hombre, pasarían de ser representaciones espirituales a convertirse en objetos; o mejor dicho, mediaciones objetivas para la obtención de resultados tangibles y el usufructo del mundo, por ejemplo a través de la imprenta, el comercio o los nuevos experimentos. Así, la razón y la locura constituyen dos momentos distintos que juegan en un círculo hacia la sabiduría; en adelante sus significados se transforman y confunden.

Como explica Foucault, esta postura sería llevada a sus consecuencias más radicales durante el siglo de las luces, para los descartianos, la creencia en la razón destierra para siempre de sí misma el riesgo de la locura. La actitud sobre la certeza racional de su inexistencia, se encuentra en el trasfondo de la negación de que ese estado produjese algún tipo de conocimiento útil puesto que se fundamenta en la imposibilidad de estar loco como esencia del sujeto pensante. La *verdad*, cuya posición puede estar señalada por la duda –nunca por la locura- aparece como la claridad última desde la que se puede reconstruir el camino hacia el saber (inclusive en el sueño se puede dudar, y por lo tanto llegar a la verdad, lo mismo pasa con las ilusiones). Pero la locura elimina la posibilidad de dudar, que es una condición del hombre pensante: “[...]se puede suponer, ni aun con el pensamiento, que se está loco, pues la locura justamente es condición de imposibilidad del pensamiento”⁶⁰.

La locura, que había nacido en el seno de la sociedad y que había sido rechazada de manera histórica, llega al final del camino para ser aniquilada culturalmente. El orden racional que se le imponía y la negaba, también estaba cargado de estereotipos y

⁵⁹ Michel Foucault, *op.cit.*, p. 37

⁶⁰ Michel Foucault, *ibid.*, p. 77

prejuicios que aunque no se expresaban explícitamente en aras de la prioridad del objeto sobre el sujeto, determinaban el ordenamiento de la realidad y el destierro del loco de ella.

El loco, que tenía su propia existencia en los dispositivos culturales desplegados en la mitología, la literatura, obras de teatro y otras representaciones, había surgido como una creación intrínseca a las sociedades europeas cuya actuación simbólica era desde el interior. Por eso el desconocimiento de su legitimidad como parte constitutiva de las producciones occidentales, sentó un precedente hacia el reconocimiento *del otro* y su negación, “para conjurar un peligro interior, pero encerrándolo para reducir la alteridad”⁶¹. A partir de este momento se haría mayor énfasis en la similitud; *lo símil* y no *lo diferente*, surgiría como el esfuerzo de ordenamiento de la mente racional, en su mayor expresión con la actividad taxonómica de las ciencias modernas del siglo XIX.

La clasificación del mundo natural conforme a esferas de la similitud, también disgregarían al sujeto pensante del objeto observado. La seguridad sobre la existencia de una verdad última, que pertenece exclusivamente al mundo de lo racional y a la que se puede llegar a través de la duda como condición del pensante, construye en Descartes la certidumbre de la imposibilidad de la locura y la efectividad de un método objetivo. A partir de ese momento, la conformación del saber humano perdería para el observador su postura ambivalente; pues éste mismo sería apartado de él. Las indagaciones serían hechas en el firme suelo provisto por el método científico, y no por el producto de la locura de algunos hombres errantes y necios.

⁶¹ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, op.cit., p. 9

CAPÍTULO II.
AMÉRICA CONOCIDA. LA VANGUARDIA COLONIAL Y EVANGELIZADORA

1. Los conquistadores como primeros ordenadores de la naturaleza y el hombre americanos: Ulrich Schmidel, Nicholas Federmann y Hans Staten.

1.1 EN LA EXPERIENCIA DE LA ESCRITURA *DESDE* AMÉRICA.

El paso hacia la secularización del conocimiento basado en el respeto y observación de la tradición medieval y clásica en aras del “suelo firme” provisto por el método científico, racional y objetivo, sería un proceso iniciado con el contraste de la realidad emergida a partir de la observación empírica y su consiguiente introducción de hechos, datos, y otros elementos que fueron vistos por primera vez como materiales aptos para la posibilidad de comprensión del mundo, en tanto a una actividad relacionada directamente con la observación y codificación de la *autoridad* provista por *la experiencia*.

Tenían como antecedentes las primeras descripciones de la fauna elaboradas por algunos autores clásicos (Posidonio de Rodas 130-50 d.c., San Basilio Magno, obispo de Cesarea 360 d.c. y el geógrafo árabe Idrisi 1153), quienes mucho antes de Buffon se afanaron por ordenar la diversidad natural a partir de la observación, haciendo un listado de curiosidades zoológicas distribuidas por países.⁶² La importancia de esta categorización tiene que ver con la introducción “geográfica” de un ordenamiento del mundo, es decir, la ubicación de la fauna como propia de un lugar que introduciría una noción de “lo distinto” y “lo semejante”, desde la clasificación de un “adentro” para observar lo que está “afuera”.

La valorización a partir de juicios negativos o positivos sobre lo que significa “lo ajeno” encontraría su mayor expresión con el mencionado discurso de los racionalistas del siglo XVIII, ellos mismos imbuidos aún del pensamiento clásico sobre la construcción geográfica del hombre (y sus categorías sobre lo próximo y lo alejado, lo frío y lo caliente, etc.). La negación de esta tradición y de los servicios que le prestaba al nuevo tipo de jerarquización, de “mayor” a “menor”, vendría con la introducción del evolucionismo como sustento del edificio conceptual de las ciencias naturales del siglo XIX.

Quienes escribieron desde su experiencia personal directa no se dedicaron a la labor explícita de recopilación de datos con afanes “científicos”, en cuanto al móvil de

⁶² Antonello Gerbi, *La naturaleza de las indias nuevas*, F.C.E. México, 1992, p. 16

objetividad que los caracteriza. En su mayoría, el cúmulo de narrativas conocidas como *crónicas de Indias* derivan de la subjetividad de individuos cuya mayor plataforma de sustento para la intelección del Nuevo Mundo estaba mediatizada por las creencias y cosmovisiones propias de su época y cultura. Lo que los exploradores iban hallando en estas tierras eran reelaboraciones de sus sensaciones *puras*: sus percepciones del mundo exterior estaban mediatizadas por imágenes e ideas; sensaciones que dicho en palabras de Gaos, *aperciben*; “están elaboradas e interpretadas por sus ideas, descritas a través de los cánones y tópicos de la literatura renacentista y medieval, de sus intereses, simpatías y antipatías, prejuicios y expectativas”⁶³. Los prejuicios existentes *a priori* de la observación y clasificación de los elementos en juego son característicos del intento por aprehender una realidad y tratarla de ordenar dentro de la congruencia del mundo conocido. Estas “interferencias” culturales preceden necesariamente cualquier tarea de catalogación, por lo que deben ser tomadas en cuenta a la hora de analizar los textos:

La experiencia del conocimiento desde el siglo XVI hasta nuestros días(...), los seres naturales tal como eran percibidos y reunidos, los cambios tal como eran practicados, *ha manifestado nuestra cultura que hay un orden y que a las modalidades de ese orden deben sus leyes los cambios*, su regularidad los seres vivos, su encadenamiento y su valor representativo las palabras; qué modalidades del orden han sido reconocidas, puestas, anudadas con el espacio y el tiempo, para formar el pedestal positivo de los conocimientos (...).⁶⁴

Vemos así que el trasfondo categórico de nuestros cronistas tiene que ver más bien con el reporte de datos y hechos sobre los eventos que más los desconcertaban o asombraban, y que esto sólo se posibilitó por la condición de su presencia física en el suelo americano, condicionada *a priori* por el objetivo de dominación cultural y material del proyecto de La Conquista. Sus reportes sobre la naturaleza del indio, malentendidos por la ciencia moderna como “descripciones etnológicas”, llevan en sí mismos este dejo de imposición cultural que impregna los textos desde las primeras identificaciones hechas por el ojo europeo: “Reconocer es ya un acto de conquista y de sujeción”.

El primer momento de ubicación espacial y epistemológica de *lo americano* por parte de cosmógrafos y cartógrafos había sido un trabajo arduo en el sentido de la reconciliación entre distintas y contrastantes ideas geográficas, dedicado a otorgarle al mundo la tan deseada completitud, pese a los peligros que amenazaban fracturar la idea

⁶³ José Gaos, *Historia de nuestra idea del mundo*, COLMEX, FCE, 1973, p. 173

⁶⁴ (cursivas mías) Michel Foucault, *Las palabras...*, *op.cit.* p.7

de “totalidad” derivados de las contradicciones en los viajes de los navegantes. A este proceso le siguió la confianza cultural depositada en hombres comunes -posteriormente encumbrados en los mitos de “grandes conquistadores”- que se aventuraron en la doble misión de reconocimiento fáctico de las nuevas tierras y su dominación material y cultural. El cúmulo de testimonios en el Nuevo Mundo provenientes de la más amplia variedad de relatos de viajes, conquistas y un sinfín de aventuras, fueron para el lector europeo las primeras evidencias de representación de una realidad totalmente nueva pero cuya existencia podía ser codificada con las herramientas del hombre europeo.

A eso nos referimos cuando hablamos de la confianza cultural, al lugar central que se le dio a las narrativas de una multiplicidad de individuos esforzados en evidenciar la naturaleza y el hombre americano, puesto que se colocaron como los dispositivos principales y de más amplia difusión para la elaboración colectiva de las imágenes sobre “lo americano”.

El deseo europeo de expansión imperial, que posteriormente se tradujo en un plan explícito de colonización y conquista de las potencias comerciales del siglo XVI, apareció desde un inicio como el motor principal del impulso por la ampliación del conocimiento del mundo. Aún la labor de cosmógrafos y cartógrafos había sido desempeñada en base a tensos juegos entre el avance del conocimiento científico y el desafío que éste representaba para el ordenamiento histórico conceptual, y como hemos visto, también moral de la realidad. Por lo que en primera instancia, cabe sentar que fue el apoyo imperial y la lucha entre dos proyectos predominantes, el español y el lusitano, el necesario halo de mediatización que proveyó la base material para el arranque de los viajeros de finales del Medioevo y las consiguientes nociones que de ahí resultaron.

De tal manera no sorprende que los primeros europeos que hayan tomado nota de la realidad americana desplegada por primera vez ante los ojos del hombre occidental hayan sido precisamente los individuos destinados a dominarla y ocultarla, imbuidos en una labor de binomio entre la intelección y la transformación. El transporte masivo de cientos de hombres a las Indias Occidentales en pos de la extracción colonial, significó, además del proceso de la Conquista en lo que de histórica tiene, el enfrentamiento con una realidad empírica que se registraba directamente desde la experiencia vivencial en dos sentidos.

A nivel individual, nos parece que el reto de sobrevivencia atraviesa de manera horizontal a todos los actores involucrados en el proceso de colonización y conquista; sobre esta preocupación encontramos largos capítulos dedicados a describir el hambre

de colonizadores y naturales, las duras condiciones climáticas, la vulnerabilidad hacia enfermedades desconocidas, la dificultad de las comunicaciones y el traslado de un lugar a otro en un marco de la confusión general ocasionada por las guerras, así como el *shock* provocado por el desdibujamiento de fronteras identitarias y culturales⁶⁵. A nivel colectivo, evidentemente la cuestión está atravesada por la dominación cultural de un grupo que, según Todorov, cuenta con mayores posibilidades de triunfar “en la interpretación de los signos”⁶⁶ sobre el otro y de ahí el éxito en su empresa; por lo tanto, al ser una relación de dominante/dominado se establece una observación desigual e inequitativa, de quien “observa desde arriba”. Como ejemplos de este segundo nivel de posicionamiento, están por ejemplo, la descripción de la mayoría de las costumbres indígenas o su “modo de ser” frente al conquistador y la situación de guerra. Por eso se habla de gente de quien “se debe desconfiar de manera natural”, de tribus con “tendencia natural a la mentira”, cuando prometían cooperar con los conquistadores pero en medio de la noche se daban a la fuga. No ya digamos de su condición de *salvajes* que permea todo el pensamiento occidental para categorizar *la diferencia*, hasta bien entrado el siglo XX y que será aquí objeto de una discusión más amplia.

El cúmulo de narrativas provenientes, en algunos casos, de la pluma de algunos hombres cultos, pero en su mayoría del hombre común- sobretodo en cuanto al contacto con el mundo germánico-, inaugura también el gran proceso de la construcción americana *desde América*, de los que la pensaron y por primera vez *sí estuvieron aquí*.

⁶⁵ Así lo refleja el horror de Ulrich Schmidel cuando narra la actividad antropófaga a la que habían sido obligados algunos de sus compañeros por el hambre, en lo que parecía ser la destrucción de un bastión de la superioridad del europeo frente al americano. Al comer carne humana los primeros, se vuelven comparables con los segundos, quienes a su vez ya no pueden ser tan duramente criticados puesto que sus costumbres también “las han probado” algunos occidentales. Otro ejemplo del desdibujamiento de las fronteras de lo interno/externo en esta situación que podríamos calificar como “situación límite”, es la petición de los indios tupí hacia Hans Staden por implorarle a su Dios que parara las destructivas lluvias en beneficio de la pesca (que alimentaría tanto a los indios como al propio Staden), o la imploración de éste último por su libertad, siguiendo los propios cánticos y ritos de sus captores. Ulrich Schmidel, *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay (1534-1554)*, (prólogo y notas de Klaus Wagner), Alianza Editorial, Madrid, 1986; Hans Staden, *Viajes y cautiverio entre caníbales*, (estudio preliminar de Luis Aznar, traducción de María E. Fernández), Nova, Buenos Aires, 1945.

⁶⁶ Todorov habla de la constitución tripartita en la actividad hermenéutica de Colón: Dios, la naturaleza y el hombre. La firme preeminencia de la esfera divina como otorgante del sentido último de la realidad, representa su pensamiento medieval y la intelección basada en la “autoridad de argumento” (tal y como actuaba ese mismo esquema en los cosmógrafos y cartógrafos de finales del siglo XVI). El convencimiento que su actividad estaba impulsada y avalada por un designio divino le proveyó confianza en el proyecto de navegación que había planeado, y también lo imposibilitó para establecer comunicación y entendimiento en la esfera humana, con “el otro”. Hernán Cortés, el conquistador representa la contraparte de este mecanismo de aprehensión del mundo; su habilidad para “leer los signos” en la esfera humana, en la comunicación con “el otro” le permitió entender la cosmovisión indígena de tal manera que podía minarla desde dentro, utilizando ese conocimiento a favor de su proyecto de dominación. Tzvetan Todorov, *La conquista dell’America. Il problema dell’altro*, Einaudi, Trento, 2007.

Reflexionar sobre el lugar de enunciación desde el que se piensa cuando se habla sobre “lo americano”, se ha sugerido en el capítulo anterior como un dispositivo para analizar las distintas etapas en la construcción del americanismo, siendo atravesado el sujeto discursivo por la circunstancia histórico-social y espacial que lo rodea y por los significantes que desde ahí se producen.

Por eso la pertinencia del análisis de relatos elaborados por conquistadores y exploradores alemanes en la empresa donde históricamente tuvieron mayor presencia: el Cono Sur. Estas narrativas seleccionadas para construir el segundo momento de la reflexión americanista en la cultura germana, que a diferencia de la experiencia de soldados y exploradores en lo que posteriormente sería la Nueva España -donde hallaron grandes imperios que batieron en épicas batallas-, constituyeron el *corpus* para elaborar a América como la tierra de la exuberancia animal y vegetal, de babelística variedad de lenguas, de cientos de tribus enemistadas por la práctica ancestral de la antropofagia y de paladines que se convierten en mendigos.

Pero no todo lo que se lee sobre el espacio americano a través de estas crónicas es negativo. En primer lugar, nos parece que el contacto vivencial con la realidad americana bajo tan duras condiciones, hace de estos relatos una reflexión profundamente humana. “Durante dos semanas, estos querandíes *compartieron todos los días con nosotros su pobreza de pescado y carne* que trajeron al campamento, salvando tan sólo un día que no vinieron”⁶⁷, recuerda Ulrich Schmidel en uno de los conmovedores pasajes sobre cuando fueron, una vez más, salvados de la muerte por hambre.

Aunque el enfrentamiento con la realidad es duro, al aparecer una América cruda y real cuyos yacimientos de metales preciosos no asoman por ningún lado, también aparece una América humana, conformada por cientos de actores sociales (caciques, aliados, traductores) con rostro definido. Todos ellos juegan en el entramado histórico del proyecto de la Conquista, que establece el lugar primordial de enunciación del conquistador, quien se podría decir, escribe “desde arriba”.

Este posicionamiento de dominación cultural y material dirige todas las descripciones de los indios y sus condiciones de vida, cuyo ordenamiento y categorización se complementa en la formación cultural occidental del conquistador. Éste se coloca, por ejemplo, en la teoría aristotélica sobre la interacción de los cuatro elementos en la

⁶⁷Ulrich Schmidel, *op.cit.* p.34, (cursivas más)

naturaleza humana cuando habla de gente “caliente”, o en la concepción medieval del catolicismo al referirse a los “herejes”. De la misma forma, cuando habla de lo “símil” y “lo distinto” hace referencia a las ideas de la semejanza existentes en el pensamiento clásico, y así hay una larga lista de etcéteras que actúan como mirillas a través de las que se observa la naturaleza y el hombre de América, prefigurando las ideas que se elaboran y difunden sobre “lo americano”.

1.2 TRES CRÓNICAS DE VIAJE EN SU CONTEXTO COLONIZADOR.

Las críticas al proyecto de dominación y conquista del suelo americano surgieron desde el inicio con consideraciones morales que condenaban la dominación de un pueblo que se percibía como “superior” sobre otro más débil. El deseo expansionista era vislumbrado en una tradición que tenía largo alcance, como el envilecimiento de una nación que tarde o temprano acababa por empobrecerse -espiritual y materialmente- a sí misma. Al respecto, Fray Antonio de Guevara publicaba un pasaje que hablaba sobre la corrupción en la corte romana en su *Reloj de príncipes o Marco Aurelio*. En el capítulo “El Villano del Danubio”, Juan Antonio Ortega y Medina propone intercambiar los vocablos “Roma” por España y Portugal, e, irónicamente, Germania por América:

Después de que en este camino he visto las bravas montañas, las diversas provincias, las muchas naciones, las tierras ásperas, las gentes tan bárbaras, las muchas y muchas millas que hay de Germania a Roma, yo no sé qué locura le tomó a Roma de enviar a conquistar Germania; porque, si lo hizo con codicia de sus tesoros, sin comparación fue más el dinero que se gastó en conquistarla, y ahora se gasta en sustentarla, que no le renta ni rentará por muchos años Germania, y podrá ser que primero la tenga perdida que no saquen la costa que hicieron por ello. Si me decís, romanos, que no por más fue Germania conquistada de Roma, sino porque Roma tuviese esta gloria de verse señora de Germania, también es esto vanidad y locura; porque muy poco aprovecha tener los muros de los pueblos ganados, y tener los corazones de los vecinos perdidos [...] Si decís que nos enviasteis a conquistar a fin que no fuésemos bárbaros ni viviésemos como tiranos, sino que nos queríades hacer vivir debajo de buenas leyes y fueros, tal sea mi vida si la cosa así sucediera; pero ¿cómo es posible que vosotros deis orden de vivir a los extranjeros, pues quebrantáis las leyes de vuestros antepasados?”⁶⁸

En América esta corrupción y codicia se ejemplificaría recurrentemente en la búsqueda de *El Dorado*, convertida en la representante por excelencia de la fábula americana que alimentaba la imaginación de una población europea sumida en constantes crisis de hambre y enfermedades⁶⁹. Así que el materialismo reflejado en estas proyecciones

⁶⁸ Juan Antonio Ortega y Medina. *Imagología del bueno y del mal salvaje*, IIH- UNAM, México, 1987

⁶⁹ Todavía en los primeros Congresos Internacionales de Americanistas se discutiría “sin ninguna inhibición” sobre la problemática existencia de la Atlántida y sobre otras cuestiones “que sin embargo ocasionaron fuertes reacciones favorables a la delimitación del objeto, a la rigurosidad metodológica y a la aplicación de juicios científicos que más o menos lentamente se fueron abriendo paso, especialmente hacia la arqueología, la lingüística y la etnografía, y finalmente hacia la mayoría de las ciencias sociales y

míticas, aún condenado por el sector que intentaba reformular las bases morales del mundo católico, fue polo de atracción no sólo para forajidos y aventureros, sino que se convirtió en el foco de ostentación para el diseño de políticas estatales y privadas en pos del usufructo material.

Dos casas banqueras alemanas en específico se vieron involucradas en la parafernalia para encontrar la tierra mítica, la de los Fugger y los Welser. Con intenciones de romper el monopolio de España y Portugal establecido a través del Tratado de Tordesillas en 1494, los banqueros reclamaron sus derechos sobre tierras americanas a partir del empréstito de 500,000 florines del total de los 852,000 que se habían requerido para apoyar la candidatura de Carlos V como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, quien pasaría a ser Rey de España, de Nápoles y de Sicilia, archiduque de Austria, gobernador de los países Bajos y emperador de Alemania; contra Enrique VIII de Inglaterra, por un lado, y Francisco I de Francia, por otro.

A diferencia de los tiempos del descubrimiento de las Indias Occidentales y su incorporación oficial a la corona de Castilla -cuando se prohibió su cesión, enajenamiento o división a súbditos que no fueran exclusivamente castellano-leoneses, y posteriormente con Fernando el Católico, la extensión del derecho se hizo a aragoneses y catalanes-, el ascenso al trono de Carlos I de los Habsburgo, Carlos V de España abrió las puertas del Nuevo Mundo a todos los súbditos de su imperio sin distinguir la región de la que provinieran. Ya desde la expedición de Magallanes comienza a notarse la presencia de alemanes en las armadas y en las expediciones de conquista.

A partir de la nueva reunión de Badajoz en 1524 donde se ponían en claro los contornos de América, la casa de los Fugger -proveniente de Augsburgo- reclamó la región situada entre Panamá y el Orinoco (hoy Venezuela) como pago por sus servicios. De manera irónica y por la expedición fallida a cargo de Simón de Alcazaba, nunca llegaron a explotar las tierras que recibieron para usufructuar durante veinticinco años en las

humanísticas”. Horacio Crespo, “El erudito coleccionista y los orígenes del americanismo”, en Carlos Altamirano (director), en Historia de los intelectuales en América Latina, Vol. I, Jorge Myers (editor del volumen), *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Katz Editores, Buenos Aires, 2008, p. 291. Estos temas serían muchas veces la prolongación de algunas de las primeras preocupaciones de los viajeros en suelos americanos, tales como los efectos del Diluvio Universal en este continente, la forma de cocinar y conservar la carne humana, la ordenación categórica de tribus americanas como *menos o más* salvajes dependiendo de su grado de nomadismo, la clasificación del indio dependiendo de su estatura o el tamaño de su cráneo, etc. En ese sentido vemos que los relatos constituidos como diarios personales de los conquistadores marcan desde un principio los términos en los que se darían la inclusión de la naturaleza americana en la categorización occidental, aún cuatro siglos antes de la conformación de la “profesionalización” de las ciencias, que en este caso cuajarían en la “americanística”.

capitulaciones de Burgos. Como los sobrevivientes del naufragio fueron aniquilados por los indios de la costa, este mismo terreno fue reasignado a Diego de Almagro, obligando a los Fugger a abandonar sus ambiciones en el nuevo mundo. Hasta aquí la desafortunada historia de la primera casa banquera.

La de los Welser, en cambio, firmó en 1528 un contrato con la Corona para establecerse en la isla de Santo Domingo. Ahí desarrollaron varios negocios que incluyeron el comercio, plantaciones de caña y fábricas de azúcar, tráfico de esclavos, la cría de ganado y una mina de cobre. Alentaron la inmigración de mano de obra calificada de Sajonia para explotar los yacimientos cupríferos, representando éste contingente el primer gran aporte del elemento humano para trasplantar una actividad económica que estaba siendo ampliamente desarrollada en Alemania. Fue después del avance hacia Venezuela que la casa banquera se inmiscuyó en la obsesiva búsqueda de El Dorado, invirtiendo recursos hasta ocasionar la subasta de todas sus pertenencias a mediados del siglo XVI. Uno de las primeras expediciones fue encomendada a Ambrosio Alfinger, quien recorrió una zona nada despreciable hasta la zona de los Llanos, el Orinoco y algunos de sus afluentes en la zona del Río Magdalena y la meseta de Bogotá.

A lo largo de varios años, la casa banquera estuvo enviando representantes a territorio venezolano conocido ahora como *Kleine Venedig* o “La pequeña Venecia” para emprender acciones de colonización que en realidad se concretaron únicamente en grandes exploraciones en la región, de las cuales por cierto se obtuvo un gran avance en el registro de la flora y la fauna nativa, así como las que han sido consideradas como las primeras descripciones “etnológicas” de los habitantes americanos, expuestas en el relato de viajeros y trotamundos en la región.

En este contexto aparece la obra que nos ocupará en el siguiente apartado, la *Historia Indiana* (1557) del desafortunado Nikolaus Federmann, originario de Ulm, quien a pesar de haber tenido un gran poder político y militar en los territorios sudamericanos que se refleja a lo largo de toda su narrativa, moriría en la cárcel en Valladolid en 1542 por desacuerdos legales con los Welser. Su posición de dirigente respecto de otros soldados, con responsabilidades en la toma de decisiones de conquista y, suponemos, con mayor derecho a usufructuar del material comestible que obtuvieran de sus botines de guerra, marcaría un cierto tono de diferencia en su relato respecto del de los simples soldados. Su experiencia es la de alguien que tiene nociones sobre la organicidad general del proyecto de Conquista, donde se denota menos el sentimiento de zozobra o desamparo que se percibe entre los simples aventureros. La noción del orden y respeto

que se le deben a las altas jerarquías (como el Rey, el Papa o incluso a Dios), está presente aún en lo más profundo de la selva venezolana e intenta proyectar la disciplina y rigurosidad en un marco de legitimidad del proyecto de colonización: “Me convertí pues nuevamente en lugarteniente del gobernador y capitán general: todo el ejército me reconoció como tal y me prestó juramento”.⁷⁰

En la descripción de su viaje realizado en 1530 y 1531, habla de la llegada a Santo Domingo y del trayecto cuesta abajo el río Orinoco, en descripciones que hacen profusión de la naturaleza y riquezas del sur de Venezuela hasta lo que hoy es Acarigua. Más tarde fundaría junto con los españoles la ciudad de Santa Fe de Bogotá en 1538, hecho que aparece narrado en algunas otras crónicas que hablan sobre las guerras de conquista en esta región pero que aún así no incidieron en el recibimiento general de la obra. *La Historia Indiana*, escrita originalmente por un notario en español y luego traducida a su lengua por el mismo Federmann en su vuelta a Alemania, fue publicada póstumamente, después de quince años de la muerte del autor y reeditada únicamente hasta el siglo XIX.

De forma decepcionante para la actividad lucrativa de los exploradores comisionados por la casa Welser, la mítica tierra de El Dorado nunca fue encontrada. A veces las expediciones duraban más de lo previsto, por lo que a su regreso, los integrantes de la misma se habían dado por muertos y nuevas autoridades los habían reemplazado. De funestas consecuencias fue por ejemplo la expedición del gobernador Georg Hohermut, quien estaba acompañado del heredero Bartolomé Welser y Felipe de Hutten (primo de Ulrich Schmidel). Durante su ausencia de Coro, ciudad fundada por la misma casa, el permiso para los Welser había sido revocado por el Consejo de Indias a causa de su fe luterana. La rebeldía de los sobrevivientes, que se negaron a aceptar su desplazo por españoles, fue duramente castigada con la pena de muerte hasta que finalmente las propiedades de la casa fueron subastadas en 1555, terminando también con esta etapa del sueño americano.

De una forma u otra la presencia de los Welser seguiría dejando huella en América, sobretodo en el Río de la Plata, Brasil y México, tierras en las que tendrían un representante permanente. Agente de los Welser fue el mencionado Ulrich Schmidel, quien se embarcó a los 24 años en un viaje que duraría los veinte años que van de 1534

⁷⁰ Nicholas Federmann, *Historia Indiana*, (traducción de Nélida Orfila), Ed. Nova, Buenos Aires, 1945, p.45

a 1554. Conocido como el primer historiador del Río de la Plata en la tradición criolla que revaloraba las incursiones militares europeas como el inicio de la fundación de la “patria argentina”, describe su participación con Pedro de Mendoza en la fundación de Santa María de Buenos Aires en 1535. Sus memorias, objeto de nuestro interés en este texto, *Wahrhaftige Historien einer wunderbaren Schiffahrt*, o “Las verdaderas historias sobre un maravilloso viaje en barco” (conocidas como “Viaje al Río de la Plata”) se editaron en 1567, alcanzando gran popularidad en la época con varias reediciones hasta nuestros días; de especial interés la realizada por Bartolomé Mitre en 1903 que incluye hermosas ilustraciones retomadas de la edición latina de Levino Hulsio, y la del americanista alemán Robert Lehmann Nitsche en 1912. Esta obra se escribió desde el tono de aventura de un mercenario de guerra o lansquenete; casi desde la expresión oral que relata la expresión torpe y viva utilizada por un hombre no formado profesionalmente en la escritura histórica. Aparecen protagonizadas guerras con numerosas tribus indias, las cuales están descritas burdamente dependiendo de la relación que el autor establece con ellas: son altos y “bien parecidos”, los mejores, o bajos y feos, los peores. Refiere además, sus costumbres, formas de hacer guerra y los alimentos que ingieren, un aspecto nunca omitido por nuestro autor eternamente acosado por el hambre, condición que crudamente expresaba en este pasaje: “Era tanta la pobreza y el hambre que no había bastantes ratas, ratones, serpientes ni otros bichejos inmundos para aplacar el hambre tan grande e infame. No quedaron ni zapatos ni cuero alguno, todo se comía.”⁷¹

La tercera publicación que se abordará aquí, de especial trascendencia para todo un mundo de representaciones simbólicas entorno a la actividad antropófaga de los habitantes del nuevo mundo, se la debemos a Hans Staden, náufrago y cautivo de los indios tupinambás durante más de dos años, quien escribió el sugestivo texto de *Warhaftige Historia und beschreibung eyner Landtschafft der Wilden Nacketen, Grimmigen Menschfresser-Leuthen in der Newenwelt America gelegen* o la “Verdadera historia y descripción de un paisaje de gente salvaje y desnuda, feroz y caníbal, situado en el Nuevo Mundo de América”. El título, editado en 1557, apareció como el primer relato acabado referente a las costumbres de las tribus indias de la costa brasileña; sus doce ilustraciones impregnadas de una especie de “amarillismo” temprano, referentes a

⁷¹ *ibid.*, p.33

los ritos dispuestos para la preparación de un prisionero para ser devorado, recorrieron el mundo como la imagen por excelencia del salvaje americano.

Otras actividades editoriales respecto de la presencia alemana en nuestro continente, que no serán abordadas aquí, se refieren por ejemplo al cartógrafo residente en Sevilla, Jacobo Cromber, quien recibió el importante encargo de editar la literatura religiosa en lenguas indígenas. Esto implicó la traída de la primera imprenta a tierras americanas en 1539, y que dicho impresor disfrutara de su monopolio durante diez años en la reproducción de toda literatura religiosa “y todas maneras de ciencia”.

Es de notar que la emigración alemana se intensificaría especialmente después de consolidado el proceso de conquista; a lo largo del siglo XVI llegaron a México carboneros, herreros, y panaderos, formando parte de un segundo grupo de colonos no aventureros, sino provenientes de las clases trabajadoras de Alemania. Su presencia en nuestro país fue interrumpida por la instauración de la Inquisición cuando la intolerancia religiosa condenó y desterró a todos los alemanes, incluso los católicos, a principios del siglo XVII.

1.3 LA HISTORIA INDIANA DE FEDERMANN.

Este libro no parece haber tenido un gran éxito de librería, puesto que después de su primera edición en 1557, pasó desapercibido hasta que la revalorización de las fuentes de la historia americana a la par del desarrollo de la etnografía en el siglo XIX la sacaron del olvido. El primero en reeditarla fue Ternaux-Compans en una versión francesa del relato en su colección de *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir a l'histoire de la découverte de l'Amérique, 1837-4*, y la versión en español no se conoció hasta 1916 cuando Pedro Manuel Arcaya en una imprenta de Caracas la tradujo y anotó.⁷² Arcaya rebautizó la obra, “modernizando” el título según el tema central del relato y lo llamó *Narración del primer viaje de Federmann a Venezuela*. En otras ediciones modernas, la obra sufrió una tercera modificación para ser llamada *Viaje a las Indias del Mar Océano*, como el propio Federmann llama al inicio del relato al Océano Atlántico.

El texto fue publicado póstumamente por su cuñado Juan Kieffhaber para lavar el honor de Nicholas Federmann, reestableciendo el horizonte mítico de las Indias como la tierra de la abundancia; en palabras del editor, el lugar “donde se encuentra una cantidad de oro de piedras finas, de especies y de maderas preciosas, lo que prueba la gran bondad de Dios hacia el género humano” (a pesar de que durante el relato sólo se habla de la profusión lingüística, y de otras variedades de tipo no material).⁷³

Parece que la obra en alemán original, dedicada a Juan Guillermo de Loubenberg de Loubenbergstain, señor de Bogeck, Consejero de S.M. el rey de los romanos -un curioso de las noticias del Nuevo Mundo-ha desaparecido; con título original *Ein schöne kurtzweilige Historia Niclaus Federmanns des Jüngern von Ulm erster Reise so er von Hispania un Andolosia auss in Indias des Oceanischen Mörs gethan hat, und was ihm allda ist begegnet biss auff sein Widerkunfft inn Hispaniam. Auffz kurtzest beschriben, gantz lustig zu lesen* (Una bella y agradable narración sobre el primer viaje de Nicolás Federmann, el joven de Ulm, que éste llevó a cabo desde España y Andalucía hasta las Indias del Mar Océano y lo que allí le sucedió hasta su vuelta a España. Escrita brevemente y de entretenida lectura), la también conocida como *Historia Indiana* relata el viaje de Federmann en setenta leguas y su “visita” a la nación de numerosos pueblos indios registrados cuidadosamente, los Xideharas, Ayamanes y Caguas; después por las llanuras se encontró con los Caquetíos, los Cuybas y llegó hasta la última aldea de los

⁷²(introducción), *ibid.* p.24

⁷³ Juan Kieffhaber en Federmann, *ibid.* p 27

Guaycaríes en cincuenta leguas de línea recta, “caminando siempre hacia el mediodía”. Después regresó por el mismo camino hasta Variquicemeto; atravesó el territorio de los Caquetíos y el valle de Vararida, después el de los Cyparicotes hasta la aldea de Xaraxaragua (Xaragua), situada sobre el Mar del Norte. De allí hizo otras sesenta y cinco leguas a Coro, más otras doce desde ahí a Xideharas, “atravesando un país nunca hasta entonces visitado por ningún cristiano”⁷⁴.

El Nuevo Mundo y su abundancia de espacios densamente poblados por hombres y fieras desconocidas, en los que cada río, cada montaña, cada planicie y llanura era inmenso e inabarcable para los ojos europeos, requería un inventario que hiciera posible no sólo la ubicación de todos y cada uno de los especímenes, sino, lo más pragmático, su explotación y aprovechamiento. Por eso el viaje descrito por Federmann cumple una doble función; la de informar administrativamente en tanto la asignación de recursos de soldados y barcos para la empresa de colonización, y la de conocer con precisión las potencialidades de explotación de estas tierras. La empresa de exploración se prioriza frente a los actos de violencia; de tal manera el forastero se ve obligado a aprovechar los conocimientos geográficos de los nativos; sus aliados y enemigos al mismo tiempo, considerados sujetos poseedores de raciocinio, dignos del intercambio de conocimientos. La búsqueda de un paso transoceánico que conectara directamente con el Océano Pacífico se vuelve una obsesión que al final del viaje lo orillaba a ver posibles conexiones donde no las había: “conversaba con él [cacique] del estado del país y del Mar del Sur, del que se nos había hablado. Me dio informes más exactos que los que poseía yo; me hizo saber que estaba mucho más cerca de lo que me había imaginado y me indicó dos rutas para llegar allá”⁷⁵.

Lo que Nicholas Federmann escribe es la historia de la Conquista a manera de un relato, con su persona colocada al centro como gran protagonista, cuyas preocupaciones y asombros se pueden ir rastreando paso a paso. Por lo tanto reconstruiremos este viaje (en la medida de lo posible) en el orden en que va apareciendo en el texto, para respetar la forma de crónica que el autor quiso darle.

El capitán alemán pretendió otorgar un tono de veracidad a su crónica en todo momento, apelando a la autoridad que le dio el haber sido un observador directo. Por ejemplo, en la espera del regreso de Ambrosio Dalfinger, el capitán que le precedió y de quien no se sabía nada después de su ausencia de 8 meses, recuerda haber tenido el

⁷⁴ *ibid.*

⁷⁵ *ibid.*, p 80

primero de muchos sobresaltos cuando lo vio aparecer. Durante su excursión habían muerto numerosos hombres por enfermedades y combates, en la visita a muchos “países extraños y desconocidos”; y aunque “se podrían escribir muchas cosas de esos países y de sus costumbres; (...) no quiero hacerlo por conocerlos sólo de oídas y no por haberlos visto yo, porque quiero contar solamente lo que he visto con mis ojos y aprendido por mi propia experiencia”.⁷⁶ Incluso cita la obra de otros cronistas para reforzar la suya propia como fuente fidedigna, evidenciando su grado de conciencia en el ejercicio de la escritura histórica y el respeto a la jerarquía que conserva en todo momento:

No diré que por mí y los míos, porque no escribo para glorificarme, sino por Hernán Cortés en el Yucatán, por Pedrarias Dávila en Nicaragua y por Fernando Colón que fue el primero que descubrió los indios de Santo Domingo y varios otros gobernadores y Capitanes de S.M. en las Indias (...) los que quieran saberlas no tienen más que leer lo que Jerónimo Seitz y otros han traducido de la lengua española; se encontrarán allí las relaciones enviadas por cada Capitán (...).⁷⁷

Aparecen también las primeras consideraciones hacia el hecho de que su relato tiene un receptor concreto, el público europeo; en este caso específico, los lectores de habla germana, para quienes hace anotaciones especiales y refiere las traducciones disponibles. En su empresa llevaba registro con un notario sobre todo lo que sucedía de aldea en aldea, haciendo posteriormente él mismo la traducción a la lengua alemana, agregando algunos detalles “porque habiendo sido escrito el diario español en el mismo país donde las costumbres de los indios son perfectamente conocidas habría sido difícil comprenderlo en muchas cosas a quienes no conocen el país”.⁷⁸

Con el lector conversa y lo hace partícipe de su crónica, desde el momento mismo que inicia el relato. Lo mismo cuando lo termina, en un simpático recurso literario de interacción con el público: “decidí pues, poner fin al asunto, y lo mismo he debido hacer con esta relación que se hallará quizás demasiado larga y al cabo fastidiará al lector”.⁷⁹

Justamente para llevar al lector de la mano y transportarlo junto con el protagonista en su historia de aventura, es que la historia comienza desde que Federmann parte de su tierra natal y concluye cuando regresa al puerto del que había salido. Así se configura un viaje redondo, casi como si se abriera una puerta desde donde se vislumbra el camino de ida y regreso, cuyas huellas se pueden rastrear en todos los puntos del mapa que el escritor refiere.

⁷⁶ *ibid.*, p. 46

⁷⁷ *ibid.*, p.79

⁷⁸ *ibid.*, p. 122

⁷⁹ *ibid.*, p. 111

El tiempo y el espacio se entrelazan en el relato, cuando parte “el joven de Ulm” el 2 de octubre de 1529 por órdenes de Ulrich Ehinger a nombre de la compañía Welser con destino final a Venezuela. La inclusión de algunas cantidades parece reclamar para el relato la credibilidad que otorga la precisión numérica: en el barco lo acompañan 123 soldados españoles y 24 mineros alemanes; éstos últimos contratados para importar la técnica de extracción de cobre.

En su camino encontraron mal tiempo y en vez de tardar los acostumbrados diez días, en un trayecto que por lo visto era lo suficientemente familiar como para generar expectativas en términos temporales, llegaron después de 28 días a una isla que se encontraba a 300 millas⁸⁰ de España, Lanzarote, y luego a Canarias. Ya a esta altura del itinerario se iniciaba el circuito comercial; debido a una sequía que había habido “se permitió a los árabes de Berbería que viven en la costa a diecisiete millas frente a esta isla, llevar sus cabras y sus camellos a pacer ahí. De ahí que [los navíos] hagan con la Berbería un comercio de leche, ganado, quesos, pagando por ese favor un tributo al gobernador”.⁸¹ Desde aquí inician las incomprensiones comunicativas: los “moros” los confundieron por franceses y los atacaron arrojándoles piedras. Así se abre en el relato la dimensión de las similitudes que equiparan el mundo humano con el animal: “Esos bárbaros son fuertes en la lucha, corren rápidamente y saltan como ciervos. Nos hicieron mucho daño, hirieron a varios de los nuestros y a mí mismo en la cabeza”⁸².

Después de que Federmann hace gala de su astucia ocultando a sus captores el hecho de que él mismo era el capitán del barco, logra negociar su rescate y por fin es liberado. Aún habiendo estado expuesto a la hostilidad de otra cultura que incluso lo hirió de gravedad, se percibe la sensación que de cierta manera inicia a partir de aquí el viaje hacia “lo desconocido”. El “mar océano” aparece como ese espacio que, a pesar de ser el territorio donde se disputan los grandes viajes de la época, podría ser infranqueable:

Después de dejar Gomera hay que hacer novecientas millas sin ver tierra. Es el gran golfo del Mar Océano y no se conoce ningún otro en el mundo en el que se pueda navegar tanto sin descubrir la costa. Los portugueses que van a la India y a las Molucas hacen viajes más largos todavía y más peligrosos pero ven tierra por lo menos cada ocho días.⁸³

El primer lugar del Nuevo Mundo que avista es la isla de La Española, que por haber sido históricamente la puerta de entrada de las expediciones europeas, aparece ya como

⁸⁰ Una vez más entra aquí el viejo debate sobre la relación millas/grado; en este caso Federmann refiere las cantidades en millas alemanas, que son 15 por grado. *Ibid.*, p.17

⁸¹ *ibid.*, p. 32

⁸² *ibid.*, p. 33

⁸³ *ibid.*, p. 36

ese lugar plenamente “domesticado” en donde el hombre occidental se siente reconfortado por saberse mayoría. Santo Domingo le deja una buena impresión, puesto que “hay muchas aldeas habitadas por cristianos”. Lo avanzado del proyecto de conquista y su correlato en el mestizaje de la población, hace perder la curiosidad inicial que existía en otras crónicas; “es inútil hablar de los indígenas porque hace cuarenta años que esta isla fue conquistada por los cristianos (...)”⁸⁴.

Como consecuencia de la situación, resume en un solo párrafo los argumentos sobre la situación de muerte y esclavitud de los nativos, que serían posteriormente utilizados como fundamento por los detractores del proyecto colonial español. Denuncia la desposesión y la explotación humana como primer indicio del contacto entre europeos y americanos, sin despegarse de argumentos esencialistas para explicar el genocidio:

Ahora no habitan [los indios] una sola aldea que les pertenezca sino que son esclavos de los cristianos, al menos los pocos que existen, porque ya casi no hay. De 500 mil habitantes de toda clase de naciones y lenguas desparramados en la isla hace cuarenta años, no quedan veinte mil con vida porque ha muerto una gran cantidad de una enfermedad llamada *viruela*, otros han perecido en las guerras, otros en las minas de oro donde los cristianos los han obligado a trabajar contra su costumbre porque *es un pueblo débil y poco laborioso* (...).⁸⁵

Más adelante establecería las diferencias culturales entre los pueblos hallados dependiendo del grado de contacto que habían tenido con el hombre occidental. A la naturalidad con la que dice sentirse en un lugar completamente familiar en Santo Domingo, se le contrapone su inmensa sorpresa al escuchar cacarear gallos y gallinas en medio de las montañas venezolanas. Estos animales significan el inicio de la domesticación de especies europeas, a diferencia de lo que sucedía con otras bestias, como los caballos “a los que aún les tienen pavor”.

El alemán relata su viaje desde la posteridad y lo construye de tal forma que parecería tener pretensiones de ser un informe lleno de puntualidades e imparcialidad en las formas. Así cuando llega al punto que confundieron la isla de Buynari por la de Curaçao, situación que casi les cuesta la vida, Federmann señala el error en base a amplios conocimientos geográficos de la zona, explicitando el ejercicio de retroalimentación que elaboró *a posteriori* para escribir su relato.

Empero, el segundo momento de corrección de datos proviene de los paratextos del editor original así como de las exactitudes que se fueron construyendo en impresiones

⁸⁴ *ibid.*, p. 37

⁸⁵ *ibid.*, p. 7 (cursivas mías)

posteriores; como si se tratara de una historia construida a lo largo del tiempo⁸⁶. A los editores del siglo XVI les interesaba hacer del relato una historia “erudita”; a los etnólogos del siglo pasado les preocupa ver en estas líneas un “informe etnográfico”. A nosotros, leer las interacciones entre estos niveles para aproximarnos a la manera en que se ha ido delimitando el objeto de estudio en base a distintos paradigmas (del conocimiento erudito al científico, por ejemplo), que cobran legitimidad dependiendo del momento histórico y los factores culturales que intervienen en él (en las diferencias que implica publicar una historia de aventuras o una fuente documental).

Entre las anotaciones que se hacen a su obra, también hallamos constantes discusiones entre geógrafos e historiadores que tratan de delimitar la ruta recorrida por el viajero y saber cuál fue el punto de regreso en la excursión. Esto no fue un detalle menor para el propio Federmann, quien, como hemos dicho, a su llegada relata cómo sin darse cuenta de su error pasaron de largo y llegaron hasta la Costa de Venezuela, la que vieron únicamente porque los indios tenían prendidas fogatas (como era su costumbre). Los indios dirigidos por Dios pudieron salvarles la vida:

(...)si los indios no hubieran encendido las fogatas como lo hicieron por la providencia de Dios y si, no habiéndolos visto hubiéramos continuado la misma ruta, ni uno solo de nosotros se hubiera salvado; puesto que no existe en esos parajes ni un puerto ni bahía y toda la costa está llena de rocas y de bajíos en los cuales el barco hubiera tocado, ahogándonos a todos.

El desconcierto se introduce por primera vez para hacer la diferenciación inicial de los pobladores del nuevo mundo: amigos y enemigos. De esta manera se dividen en dos tipos de salvaje, “ignorábamos enteramente si esos indios estaban sometidos o no al gobernador de Coro y si eran amigos o enemigos de los cristianos”, con quienes de todas formas no pudieron establecer comunicación porque “(...) habiendo visto el barco y creyendo que iban a robarlos con la intención de venderlos en Santo Domingo, como ocurre a veces, se fortificaron en su pueblo”.⁸⁷

La utilización de la fuerza se impone siempre como la tentación de un poder que se puede usar para obtener los fines propios, y que parece conjurado cuando a quien está dirigida es una persona que habla el mismo idioma. Sus soldados se vieron obligados a liberar a una mujer que les habló en lengua española y les dijo que eran amigos de los cristianos. Los aldeanos agradecieron el acto y les dieron de comer “de esos abundantes

⁸⁶ El editor aclara que seguramente confundió Curaçao por Aruba, puesto que la primera bastante alejada del continente, se encuentre más a Barlovento y no habría por lo tanto ninguna dificultad en llegar a Coro desde ese punto, mientras que la otra está más cerca de tierra que Buynari y Curaçao, además de que se encuentra a sotavento de Coro. Wernicke en Federmann, *ibid.*

⁸⁷ *ibid.*, p. 39

peces que ahí tienen”, haciéndoles un excelente recibimiento seguramente motivados por el temor de que los forasteros decidieran nuevamente apresarse a alguna otra de sus mujeres. La crónica acortó el paso verdadero del tiempo: los navegantes llegaron a Coro hasta después de 6 meses.

Partió en viaje al interior del país en septiembre de 1530, un año después de haber llegado. Aquí menciona por primera vez a los indios Caquetíos aunque eran de esta misma tribu los que había visto en la primera isla. Ellos eran los más desarrollados de la región, según los primeros cronistas, ocupando Aruba y Curaçao así como casi todo el litoral y algunos valles del interior de lo que ahora es Colombia. Eran en suma, pues, un pueblo bastante extendido y numeroso, en contra de quienes se desplegaron los primeros actos de crueldad, según acusaría después Juan Pérez de Tolosa en 1543 contra Federmann: “de dichos indios llevó cantidad más de quinientos por fuerza y en cadenas, y no pudiendo andar los dichos indios por enfermedad o cansancio, por no les abrir la cadena les cortaba las cabezas”⁸⁸. Estas acusaciones le valieron la sempiterna reputación de soldado cruel y sanguinario. Se le atribuye al paso de Federmann que la existencia de estos indios en la actualidad sólo persista a través de los nombres de los lugares, escritos en su dialecto “mezclando elementos marhuacos y caribes”.

Su nombre fue escrito en las crónicas ya fuese como Caquetíos, Zaquitíos, o Caiquetías. Según el análisis lingüístico del americanista Steinen, el vocablo proviene del adjetivo Zakatío o Hakaítio del caribe primitivo. Forzándolo, su significado quiere decir *crecer* o *alto*, de *estatura crecida*, lo que provee una posible explicación para que Curazao y Aruba fueran llamadas las Islas de los Gigantes⁸⁹.

La decepción por el poco oro encontrado en la nación de los Xideharas es el preludio de lo que a la postre marcaría casi todas las crónicas de los conquistadores: “nos dieron algunos pedacitos de oro, haciéndonos la mejor acogida. Sin embargo, esa nación posee poco oro y no se encuentran minas en el país”. Más adelante aprendería sobre el valor que cobran los objetos dependiendo de su relación simbólica, por ejemplo al ver cómo eran apreciadas las “baratijas” que él traía; artefactos de hierro y rosarios fueron los anzuelos lanzados para la pacificación de los indios, ya que eran estimados en estas tierras por ser cosas *raras*, ajenas a los ojos de los nativos. Es el mismo tono de incertidumbre que emplea cuando descubre la “riqueza” de los indios de Tierradentro.

⁸⁸ Tolosa en Federmann, *ibid.*, p 51

⁸⁹ Steinen en Federmann, *ibid.*, p. 53

De ellos descubriría que no tenían oro y que conservaban como tesoros algunas conchas y otras cosas, que para ellos eran apreciadas por estar tan alejados del mar.

Entre los Xideharas recibió un acogimiento hospitalario que no logra ocultar el apareamiento del otro gran fantasma americano: la antropofagia. Tal vez la previa afirmación de esta condición en otros relatos hace que se introduzca el tema con mayor naturalidad de la que podría esperarse, caso contrario de haber sido la primera vez que el fenómeno se mencionase “comen carne humana y devoran a todos los hombres de las otras tribus de los cuales pueden apoderarse”.

Desde aquí se prioriza el relato sobre las campañas de sometimiento de los pueblos de indios, quienes eran usados en todo momento como esclavos para cargar víveres y sobretodo el vital líquido. Nos habla de la forma en que era bien recibido entre las tribus (suponemos que más por temor que por voluntad), y la utilización del conocimiento de los indios para avanzar en la zona, sobretodo por la dificultad de avanzar entre las escarpadas montañas con los jinetes o a pie: “los indios hubieran podido hacernos mucho daño si hubieran sido más hábiles, o más bien, si la gracia de Dios no nos hubiera preservado”.⁹⁰

Es en esta vanguardia de colonización donde el capitán encuentra numerosas tribus distribuidas a lo largo del Orinoco; por lo tanto, las costumbres que sobresalen y que resultan de interés para los fines de Federmann tienen que ver con la técnica de guerra de los indios, la manera de no atemorizarlos para evitar su dispersión y el desarrollo de técnicas que les inspiraran confianza para que él se pudiera proveer de guías e intérpretes. Por eso a manera de prueba y error, los primeros contactos son un fracaso y a los indios los ve sólo de lejos, sin lograr establecer comunicación con ellos. Pero poco a poco, el conquistador aprende a moverse en el ambiente nuevo, se instruye los nuevos códigos⁹¹ y a actuar conforme a las expectativas que a la vez, los indios generan sobre él. Por ejemplo, entre los Ayamanes evitó su dispersión mediante el mensaje de un intérprete de la nación Xidehara, quien los predispuso a la paz y haciéndoles algunos regalos de cosas *raras*.

En su avance, Federmann, con la mente propia de un economista que trata de obtener el mayor beneficio invirtiendo los menores recursos, deja claro que siempre se debe priorizar una actitud pacífica y únicamente de no haber respuesta se debe pasar a

⁹⁰ *ibid.*, p. 54

⁹¹ En esto también es condescendiente con el lector, explicando los significados de tal o cual acción de los indios: “tomaron sus arcos con una mano y los levantaron en el aire, lo que es entre ellos una señal de paz”. *Ibid.*, p. 68

acciones violentas. Así se lo hacía saber a los pueblos que subyugaba, a quienes atemorizaba por medio de la palabra pintándoles el peor panorama posible: les decía que “(...) si rechazaban mis ofrecimientos los perseguiría, devastaría sus campos y sus países, los reduciría a la esclavitud a ellos y a sus hijos, y en fin, que los trataría en todo como enemigo encarnizado”.⁹²

Esto fue lo que sucedió con los indios Caquetíos de Carahos, quienes se le resistieron aliados con los indios Guaycarías en una conspiración para atacar a los cristianos. Se desencadenó uno de los capítulos más sangrientos de la historia; después de fusilar al cacique de los primeros, avanzó en contra de su pueblo, fusilando y matando a todos los que encontraba y haciendo uso de la gran ventaja que le daban los caballos: “nuestros jinetes los arrollaron fácilmente, los derribaban por tierra y nuestros infantes los degollaban como puercos”.

De estos pasajes aprendemos que a pesar de no existir una armonía orgánica en las relaciones de todas las naciones indígenas, sí hay constancia de una noción de “solidaridad” de los grupos de indios frente al enemigo extranjero. En muchas ocasiones los soldados no lograban evitar la huida de algunos miembros de la tribu contra la que luchaban, y eso –se sabía de antemano- significaba una batalla perdida en el siguiente lugar. Quienes se escapaban, se adelantaban cuesta arriba y lograban prevenir a las siguientes aldeas para que se previnieran del encuentro, que casi siempre tenía que ver con la rápida dispersión.

La imposición de su proyecto de colonización implicaba introducir, de manera paulatina pero determinante, la diferencia entre quienes cooperaban y los que se resistían. A los primeros de todas formas los utilizaba de “escudo humano”: “sus flechas nos sirvieron para armar nuestra banda de indios, que colocamos después varias veces delante de nosotros cuando se trataba de forzar un pasaje”.

La apropiación de la técnica de guerra de los americanos para reforzar el *know-how* de sus propios soldados, es tal vez una de las primeras adopciones culturales de los forasteros. Al propósito de observar detenidamente las costumbres de los indios en este ámbito, dedica pasajes enteros refiriendo las variaciones de la táctica más generalizada de “apoderarse de las alturas”, subiendo a los árboles y lanzando flechas desde ahí.

Las consecuencias de las acciones de guerra y de paz tuvieron que ser identificadas claramente en el entramado del entendimiento cultural, de esta forma recuerda

⁹² *ibid.*, p. 61

Federmann: “el cacique me dio una enana de cuatro palmos de altura, hermosa, bien proporcionada, que me dijo era su mujer, ésa es su costumbre para asegurar la paz”.⁹³

Se podría decir que el tono general de optimismo reflejado por el capitán, se hace presente en la medida en que su responsabilidad dentro de la empresa lo conminaba a justificar las acciones emprendidas y hacer de ellas siempre un triunfo en su relato de la Conquista. Por ejemplo, al llegar a una aldea que había sido incendiada por los propios indios, dejándolos sin posibilidades de aprovisionamiento, refiere: “me pareció de buen augurio porque probaban bien, quemando sus pueblos, que estaban dispuestos a hacer una resistencia desesperada, y que temiendo ser atacados por nosotros preferían destruir sus propiedades y sus víveres a abandonárnoslos y dejarnos gozar de ellos”.⁹⁴

La conquista espiritual que iba de la mano del proyecto político era la segunda gran tarea de Federmann y su tropa de soldados. Aparecía como la representación de un rito con sus propios códigos, cuya condición de absurdo en ese contexto asomaba entre las preocupaciones del capitán. Aún así, lo primero que hacía con los caciques sometidos, pacífica o violentamente, era bautizarlos a todos; luego los hacía jurar que eran vasallos de S.M. Imperial, “explicándoles la doctrina cristiana de cualquier manera, como puede imaginarse. Porque ¿para qué sirve predicarles largamente y perder su tiempo con ellos, puesto que se les obliga a abjurar?”.⁹⁵

Tal vez una de las primeras veces que el alemán se detiene a la descripción de los habitantes del Nuevo Mundo, alejado de los fines de la empresa bélica, tiene que ver con su llegada a la “nación de los enanos”. De ellos primero establece dos niveles, divididos por el “curiosismo” que representaban. Unos eran un poco más altos, según se informó, a causa de una peste que los había obligado a mezclarse con otros. Los enanos “puros” ubicados cuesta arriba repudiaban a quienes habían hecho mezclas con los Xideharas, “los odian y los desprecian, sobre todo desde los matrimonios mixtos de los cuales acabo de hablar”.⁹⁶ Son los únicos que, mitificados a través del relato de otras naciones indias, alientan la curiosidad de Federmann a tal punto de desviarlo de su prioritario plan de encontrar el famoso paso transoceánico: “por otra parte, sólo la curiosidad de ver si eran tan pequeños como lo publicaba la fama, me había incitado a

⁹³ *ibid.*, p. 68

⁹⁴ *ibid.*, p.84

⁹⁵ *ibid.*, p. 34

⁹⁶ *ibid.*, p. 65

tomar esa ruta, puesto que mi fin era dirigirme hacia el Mar del Sud y que era imposible continuar nuestro viaje entre montañas tan ásperas (...).⁹⁷

El capitán se toma el tiempo necesario para la delicia de las comparaciones de sus lectores, evoca a los pigmeos lo mismo que a enanos de las montañas para hablar de esta tribu: “los prisioneros que me llevaron eran todos de muy pequeña estatura, sin ninguna mezcla, como me lo habían dicho los indios; los más grandes tenían cinco palmos de altura y muchos no tenían más que cuatro; sin embargo estaban bien hechos y bien proporcionados”.⁹⁸ En cambio de los indios Guaycaríes sólo dice que son “gentes completamente negras”; de los Caquetíos que encontraría más adelante, le impresiona su grandeza, que eran guerreros fuertes y organizados políticamente. Esto incluso hacía a sus mujeres deseables, de las únicas que dice que sean en verdad muy bellas; adivina incluso que el nombre del lugar provenga de esta característica, “Vararida o Valle de las Damas” (lo cual no es un vocablo con origen cierto según análisis lingüísticos posteriores).

A lo largo del relato persiste la sensación que los indios tienen una mente misteriosa, que no revelan todo lo que piensan y que “maquinan cosas”. La capacidad de engaño que los indios podían ejercer se evidencia en el capítulo donde le hicieron creer que un cacique enfermo lo visitaba para pedirle la liberación de dos mujeres, pero durante la noche, el supuesto cacique se fugó llevándose las. De ellas dice que seguramente eran sus parientes o mujeres porque “si fuesen mujeres de la clase común nos las habría dejado”.

Pero también los conquistadores se mueven en una política de sigilo, manteniéndose en secreto, ocultando las bajas que han sufrido en la guerra, evitando el contacto entre sus indios y los que van encontrando. De cierto modo, tampoco los indios sabían muy bien quiénes habían llegado de ultramar y también debían aprender de sus experiencias.

¿Quiénes eran los conquistadores a ojos de los indios? Tal vez unos dioses inmortales; cuando los soldados morían en batalla eran enterrados rápidamente en secreto “para que no se dieran cuenta que éramos mortales, porque nos creían invulnerables”.⁹⁹

Nada menos humano que la inmortalidad y la malicia; los forasteros debían tener a su paso un poder destructivo inconmensurable para ser considerados inhumanos. Una india que el conquistador había recibido en regalo no pudo más que tratar de oponerse a

⁹⁷ *ibid.*, p. 78

⁹⁸ *ibid.*, p. 66

⁹⁹ *ibid.*, p. 74

su suerte; Federmann mostró un poco de compasión y la dejó libre en el camino por el temor de que no resistiese el clima tan frío, y porque la había llevado consigo “a pesar de sus lágrimas y su resistencia, porque creía que la daban no a hombres sino a diablos”. La precisión con la que describe los vericuetos geográficos se vuelven hacia el final de su viaje casi una obsesión, cuando el paso al Mar del Sur se siente cada vez más lejano. Tampoco la geografía escapa a los símiles, al inicio compara uno de los ríos que encuentra con los de su tierra natal, “un río bastante considerable llamado Cohaherí que es más o menos tan ancho como el Danubio cerca de Ulm”.¹⁰⁰

Parecería que la imagen de los indios también se va transformando a lo largo de su viaje. Al inicio les era muy fácil hacerse de aliados, y de tribus que considera “amigas”: “nos testificaron más alegría que pena por nuestro regreso”. Pero después de las bajas y mermas que había sufrido su ejército (de esta situación dice: “mas parecíamos una tropa de bohemios que una compañía de gente de guerra”) los indios aumentan su capacidad de resistencia, de tal manera que también Federmann aprende a modificar la ruta, a escoger el camino por los llanos o planos, sus preferidos, puesto que puede utilizar a sus caballos y el miedo psicológico que produce en los indios. Sin embargo, el deseo por llegar al mar, que fue siempre su objetivo principal se vio frustrado al disminuir su capacidad de negociación con los indios. Cuando no se declaraban sus abiertos enemigos, lo trataban con distante cortesía esperando que avanzasen cuanto antes - “prefiriendo sin duda ver caer la granizada donde sus vecinos y no donde ellos”-, a diferencia de los primeros contactos donde la relación era de tanta hospitalidad que lograba sorprenderlo. Estas situaciones de carencias materiales -en donde apareció incluso el fenómeno del hambre, saciada en una ocasión por el afortunado encuentro de un tigre “derribado” por uno de los curas- y de enfermedades -las fiebres tropicales que los atacaban periódicamente-, obligaron a la expedición a volver a la costa sin remedio y a desistir del objetivo de cruzar ese país.

En su vuelta retornan a una aldea donde habían dejado “todo su oro” en una barbacoa o granero de una aldea; aunque el narrador nunca refiere cómo lo habían conseguido. Únicamente en una ocasión comenta que de regalo por parte de un cacique recibió una estatua “demoniaca” de oro. Aún así, después de haber dejado Coro el 17 de marzo de 1531, se las ingenia para llevar de regreso a Sevilla “un cargamento de oro y perlas”. A

¹⁰⁰ *ibid.*, p. 92

este puerto llegó el 16 de junio de 1532, sin estar aún consciente de la suerte que lo esperaba.

Su desventura posterior no se incluye en esta obra, la única que llegó hasta nosotros y que únicamente habla del primero de los tres viajes de Nicholas Federmann, quien fue nombrado gobernador de Venezuela en julio de 1533, una vez recibida la noticia sobre la muerte de Alfinger. Aquí fue donde inició la campaña en su contra, refiriendo los habitantes de Coro al Consejo de Indias, informes desfavorables respecto de la sangrienta conducta del Conquistador. Por lo tanto su nombramiento fue cancelado y en su lugar fue puesto Jorge de Spira. Federmann, ahora nombrado lugarteniente, persistió en la búsqueda de perlas y tesoros y emprendió algunas acciones sin autorización oficial hacia el país de los Chibchas, por Maracaibo y el valle de Upar hasta el río Magdalena. Una vez que tuvo que volver sus pasos por haberse encontrado con otras expediciones como la de Fernández de Lugo, gobernador de Santa Marta, se internó hacia los Llanos. Ahí su tope fue el propio gobernador. Último intento, Federmann se internó hacia la cordillera del oeste, su más difícil prueba:

Los caballos hay que subirlos en peso, en cestas de cables, por rocas verticales. Muchos han muerto de extrañas enfermedades. Los hombres dejan sus ropas destrozadas en malezas y picachos. Pero ya se ven cercanas las alturas. Avanzan por repisas voladas sobre abismos. No hay ahora sino una paja seca y resinosa, en donde se esconde algún indio fugitivo.¹⁰¹

Cuando pensaba encontrarse en las puertas de El Dorado, se encontró con los soldados de Jiménez de Quesada, quienes traían un gran tesoro y fundarían la ciudad de Santa Fe. Junto con otro caudillo que estaba en la zona, Belalcázar, tuvieron algunas disputas por la repartición del motín y las jurisdicciones. Sin embargo, casi todos recibieron su parte, menos Federmann, respecto de quien seguían llegando muchas quejas al Consejo de Indias. Para defender su posición frente a los Welser, al final de su vida se involucró en una contra-acusación, donde la casa banquera aparecía como la gran defraudadora de la Corona. En 1540 Federmann fue trasladado a Madrid y mientras todo este vericuetto legal seguía su lentitud acostumbrada, murió dos años después.

1.4 EL VIAJE AL RÍO DE LA PLATA DE ULRICH SCHMIDEL

Junto con la relatoría escrita por Bernal Díaz del Castillo para referirse a la historia de la conquista de México, la obra de Ulrich Schmidel es destacada por Bartolomé Mitre por haber sido una de las principales crónicas fundadoras de la

¹⁰¹ *ibid.*, p. 19

historiografía sobre la Conquista del Cono Sur, escrita por un soldado común que iba narrando la obra de colonización como un acontecer lento, construido con las penurias de cada día. A pesar de estar llena de errores y omisiones que le valieron una larga tradición de descalificaciones y miradas réprobas, su valor documental fue rescatado por parte de los círculos letrados que intentaban establecer líneas de continuidad de largo alcance entre las naciones criollas y sus fundadores occidentales;

Mientras tanto, ningún legionario de César, ninguno de los expedicionarios de las falanges macedónicas de Alejandro, ni uno solo de los diez mil de Jenofonte, ni veterano alguno de Federico o Napoleón, han escrito memorias geniales que trasmitan a la posteridad los sentimientos y las impresiones de las multitudes que acaudillaron, reflejando los juicios de la colectividad que obedecía¹⁰².

Conocida como *Viaje al Río de la Plata*, la relación histórica fue escrita entre 1562 y 1565 y editada por primera vez en lengua alemana dos años después, en Frankfurt, a partir de su inclusión en una colección de viajes que la dividió en dos volúmenes; el primer tomo conteniendo:

Erst theil dieses Welt- / buchs von Newen / erfundnen Landtschafften: / Warhafftige / Beschreibunge aller theil der Welt etc. etc / Durck Sebastian Franck von Word etc. etc. / Anno M.D.LX.VII. (Primera parte de esta historia universal, de países nuevamente descubiertos. Verídica descripción de todas las partes del mundo... etc. Publicado por Sebastián Franck de Word, pero corregido y revisado nuevamente)¹⁰³.

Y el segundo, que trata de retener la atención del público por medio de su estimulante título:

Ander theil dieses Welt. / buchs von Schif- / fahrten. / Warhafftige Be- / schreibunge aller / und mancherley sorgfeltigen Schif- / farten, auch viler unbekanten erfundnen Landtschafften, Insu- / len, Konigreichen, und Stedten... Durch Ulrich Schmidel von Straubingen, etc. - Getruckt zu Franckfurt am Main, Anno 1567. (Otra parte de esta historia universal de navegaciones. Verídicas descripciones de varias navegaciones, como también de muchas partes desconocidas, islas, reinos y ciudades... también de muchos peligros, peleas y escaramuzas entre ellos y los nuestros, tanto por tierra como por mar, ocurridos de una manera extraordinaria, así como de la naturaleza y costumbres horriblemente singulares de los antropófagos, que nunca han sido descritas en otras historias o crónicas, bien registradas y anotadas para utilidad pública. Por Ulrich Schmidel de Straubing)¹⁰⁴.

De las muchas ediciones que se hicieron durante el siglo XVI, entre las que están dos de De Bry (1599) -quien incluye el texto en su serie de grandes viajes en latín-, la más completa y famosa es la edición en ese mismo año desde Nuremberg de Levinus Hulsius, con el título de *Wahrhaftigen Historien einer Vunderbahen Schiffart welche*

¹⁰² Bartolomé Mitre (introd.) en Ulrich Schmidel *Viaje al río de la plata*, Cabaut y Cía, Buenos Aires, 1903.

¹⁰³ Schmidel en *ibid.*

¹⁰⁴ *ibid.*

Vlrich Schmiedel von Straubingen von anno 1534 bis 1554 in American oder Neuen Welt bey Brasilia und Rio della Plata gethan. (Verídica historia de una navegación maravillosa, llevada a cabo por Ulrich Schmidel de Straubing, desde el año 1534 hasta el año 1554, en América o Nuevo Mundo, en el Brasil y Río de la Plata). Esta impresión contiene numerosos grabados, incluyendo un retrato de *Huldericus Schmiedel* en la portada, pintado con el traje propio de los lansquenetes (*Land*, tierra; *Knecht*, siervo). Lo más característico de esta gente del campo que era contratada de manera irregular para ser integrados a una infantería incipiente, y cuyo entrenamiento se centraba en el combate “mano a mano”, era su arma de lanza o pica, que debía ser de su propiedad y era el único requerimiento para ser contratados. En el dibujo, Schmidel aparece como figura de respeto de *Doppelsöldner* (doble mercenario); éstos recibían el doble de la paga común y se retrataban siempre con una espada de dos manos de dos metros (*Zweihänder*). A su lado está un tigre, una serpiente y un caballo, que lo terminan de configurar como el gran guerrero y conquistador.

Hulsius integró al texto apostillas y otros paratextos eruditos, que a su vez estaban basados en otros autores contemporáneos y posteriores, como López de Gómara, Cieza de León, el padre Acosta y Girolamo Benzoni.

Después de su traducción al latín, que fue sin duda uno de los móviles para su amplia difusión y la base para las otras traducciones al inglés, español y holandés, la obra en alemán fue reimpressa ya tan pronto como el año de 1602 en Nuremberg. Todas estas ediciones antiguas son casi inaccesibles; se conservan dos manuscritos en las bibliotecas de Stuttgart y otro en Munich, publicados a finales del XIX.¹⁰⁵ Aunque posteriormente se pudieron hacer traducciones directas del alemán a nuestra lengua, el equívoco y los malentendidos generados en las traducciones de los primeros años bastaron para llamar a Ulrich Schmidel “sordo, ignorante, hombre sin memoria, incapaz de aprender, en veinte años de América, un solo nombre español”.¹⁰⁶ La difícil dicción de las lenguas indígenas que suponía para un germano parlante en vías de aprender el castellano, hacen de su escritura- en un idioma doblemente extranjero- el lugar del equívoco: “*Barbote* es trastocado en *parabol*, *tipoy* en *diepol*, *dardos* en *tardes*”.¹⁰⁷

¹⁰⁵ Klaus Wagner en Schmidel, *op.cit.* (1986)

¹⁰⁶ Enrique de Gandia en Ulrich Schmidel, *Derrotero y viaje a España y las indias*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1944, p. 14

¹⁰⁷ Klaus Wagner en Schmidel, *op.cit.*, p. 20 (1986)

Las confusiones contenidas en la obra fueron degenerando en el paso de un intento de adaptación a otro y fueron cambiando generacionalmente hasta llegar a nuestros días, delimitando la mala reputación del texto,

(...)y así ninguno de los personajes referidos se escapa de la correspondiente transcripción disparatada y horrenda, ni siquiera por medio de las correcciones, muchas veces italianizantes, que introduce el editor Hulsius, cuando nos presenta a Petrus Manchossa del manuscrito de que dispone como Don Pietro di Mendoza o a Domingo Martínez de Irala como Martino Dominigo Eyollas.¹⁰⁸

Popularizado a través de la edición latina como “Hulrico Fabro”, Ulrich Schmidel nació en la Baja Baviera, a orillas del Danubio, en el seno de una familia acomodada. Embarcándose hacia la aventura americana a la edad de 24 años en el navío de los comerciantes alemanes Sebastián Neithart y Jacobo Welser, fue testigo de largo alcance sobre muchos de los acontecimientos de exploración y conquista que se desplegaron desde la pampa argentina hasta el Gran Chaco y Perú.

La armada adelantada de Pedro de Mendoza partió desde Sanlúcar de Barrameda en agosto de 1535, constituida por 16 naves, de las cuales una naufragaría en la costa de Brasil y otra desviaría su camino hacia Santo Domingo por órdenes de su capitán “enloquecido”, Alonso Cabrera. Las demás llegaron al Río de la Plata en 1536 y fundaron la ciudad en febrero, “Día de San Blas”, posteriormente nombrado patrono de la conquista.

En este equipo estaba Ulrich o Ulrico Schmidl, también llamado *Utz*, cuyos datos biográficos han estado plagadas de errores¹⁰⁹; entre ellos el desconcierto que produjo el haber intercambiado sus hispanismos por italianismos y haberlo considerado italiano. Esto porque en la lectura sobresale la dificultad que para el autor implicaba escribir los nombres españoles e indígenas en su alemán meridional; “así Hernando Rivera se convierte en Ernando Rieffere, Alvar Núñez Cabeza de Vaca en Alvaro Nuguez Cabeza

¹⁰⁸ Klaus Wagner en Schmidel, *ibid.*, p.20

¹⁰⁹ Aún así, existe un folleto de 46 páginas escrito por su bibliógrafo Johannes G. Mondschein, *Ulrich Schmidel von Straubing und seine Reisebeschreibung*. (Ulrich Schmidel y su relación de viaje) y publicado en 1881 que nos da una amplia idea sobre el espíritu aventurero del señor Schmidel. Su hermano, quien lo había llamado a regresar a su tierra natal, murió ocho meses después de su llegada, legándole una considerable fortuna que sería dedicada a él y a la inversión en estudiantes que demostrasen saber latín, lo que nos habla de la educación clásica que se respiraba en la familia. Gozaba de buena reputación en su pueblo natal e incluso era miembro del consejo, pero tras la conmoción política ocasionada por Lutero, fue desterrado de Straubing en 1562 por sus amplias actividades políticas y haberse declarado reformista. Parece que fue durante su exilio en Regensburg, donde fue acogido con amplia hospitalidad, que inició con la escritura de sus memorias. Tal vez murió en 1581, año de la reedificación de la ciudad de Buenos Aires y de la que había sido primitivo fundador. Schmidel, *op.cit.* (1903).

de Vacha. Nadie sospecharía que bajo el nombre de Johann Salleisen se esconde Juan Salazar”.¹¹⁰

Por su parte, la historia alemana también había olvidado a la figura del lansquenete, que comenzó a ser mencionado en la historiografía únicamente en las enciclopedias que se publicaron hasta 1915. En palabras del propio Mondschein, su primer bibliógrafo, “en la Argentina saben más de Schmidl que nosotros en Alemania”. La literatura también hizo lo suyo para mofarse de la figura del conquistador, en el pasaje de *La expedición de Mendoza*, Paul Groussac se burla de él: “la doble vista del desgraciado bávaro llega a la degeneración características de los alcoholistas”.¹¹¹

Lo que sí se sabe de cierto, es que una parte importante de su vida transcurrió entre los viajes, “el resto de su historia, en la dramática Buenos Aires y en el encantado Paraguay, es el argumento de su libro”. El relato fue durante mucho tiempo la única fuente primaria utilizada para conocer la historia de la conquista de esta región. Su rescate historiográfico comprendió la utilización que se hizo para conocer las “gestas heroicas” de don Pedro de Mendoza, Domingo de Irala y Álvar Núñez; había iniciado ya desde las repetidas citas de jesuitas en sus estudios sobre las variaciones etnográficas. También aparece particularmente valorado por Félix de Azara, en sus consideraciones sobre la exactitud de las distancias entre los lugares para los que el bávaro se vale de las millas (germanas), pasos, leguas. etc.

El proceso de “lavado” de su imagen histórica fue reconstruida a partir de la edición crítica y documental de la Junta de Historia y Numismática Americana (hoy Academia Nacional de la Historia, de Argentina) de Bartolomé Mitre y el etnólogo argentino Lafone Quevedo. Tradujeron un manuscrito que se encontraba en Munich que había sido publicado en 1889 por la Sociedad Literaria de Stuttgart, ignorando que precisamente en esa misma ciudad se encontraba el original que había sido transcrito cinco años antes por el doctor Mondschein de Straubing. Mitre y Quevedo construyeron una mitificación del “Viaje al río de la Plata”, atribuyéndole a Ulrich Schmidel amplias propiedades de historiador en una revalorización apologética de sus relatos, en tanto que conservaban la memoria histórica sobre la fundación de la “nación argentina”.

Inicia el viaje pasando desde Amberes hasta España como él mismo lo señala en su advertencia, saliendo el 2 de agosto de 1534 y “Dios quiso que volviese” hasta 1554.

¹¹⁰ Schmidel, *op.cit.* p. 19 (1986).

¹¹¹ Schmidel, *op. cit.*,(1983).

Es el inicio de un relato de fábula que será narrada para saciar la curiosidad de la gente de su tiempo, cuya veracidad también se otorga con una cierta mente muy predispuesta a relatar datos cuantitativos:

El año 1534 emprendí viaje desde Amberes a España. Al cabo de catorce días llegué a Cádiz, en España, hasta donde se cuentan cuatrocientas ochenta leguas. Delante de la ciudad, en la playa, vi una ballena que tenía treinta y cinco pasos de largo, y de la cual se sacaron treinta barriles (de los de arenques) de grasa. En Cádiz había catorce barcos grandes, bien abastecidos de toda clase de mantenimientos y aprestados con lo que es menester, que debían zarpar a las Indias, al Río de la Plata. Allí mismo estuvieron también dos mil quinientos españoles y ciento cincuenta alemanes del Sur, flamencos y sajones (...).¹¹²

Los intentos por reestructurar el edificio del saber americano construido por Schmidl, a mediados del siglo XX se concentran en la lectura “científica” de su texto, en la búsqueda cuidadosa de los términos utilizados por el viajero para darle su verdadera significación. Las revalorizaciones más modernas le atribuyen a la ignorancia de los primeros traductores y comentaristas, y no a la del conquistador alemán, los equívocos contenidos en nombres de lugares y personas.

En un intento de objetivación del lenguaje utilizado por Schmidl, las reimpressiones contienen numerosas modificaciones en base a distintos criterios históricos, geográficos, etnográficos, y otros, dependiendo del criterio del editor. La versión que tuvimos en nuestras manos, la de Wernicke, juzgada por Rómulo Carbia como el aporte “más serio y positivo sobre la crónica”, parece haber sido más respetuosa de las formas originales, juzgándolo filológicamente para esclarecer la relación entre la ortografía y la fonética, haciendo a su vez gala de erudición ostentado en el lenguaje barroco:

Se ha cuidado de conservar la sencillez de dicción a la par de la escasez de léxico, propias del original hasta donde las permite la morfología idiomática que erige entre los idiomas nórdicos y latinos un fuerte valladar cual palizada indígena [...] Mas para reivindicar la memoria del autor, la traducción no suaviza al desaliño por cuya existencia se destaca aún más el hecho real que a pesar de la carencia de técnica, el relato se impone por su interés que le permite sobrevivir en el aprecio general.¹¹³

La construcción de la narrativa hecha *a posteriori* en base a sus recuerdos, también operaron en desmedro del valor histórico y cultural por las imprecisiones que la obra contenía, llamándola “un conjunto de errores”. Que los hechos fueran relatados durante la vejez, los trastocaron por la acción de la selección subjetiva de la memoria. Manuel Domínguez en un artículo escrito en la Revista del Instituto Paraguayo en 1900 afirma:

Por la escasísima capacidad del autor, por el papel oscurísimo que jugó, por la edad en que compuso o hizo componer su libro, por la vehemente sospecha de haber sido un farsante, por tratarse de acontecimientos que hacía tantos años sucedieron, sin servirse de apuntes según las mayores

¹¹² Schmidl, *op.cit.*, p.25 (1944)

¹¹³ Wernicke en Schmidl, *ibid.* p.145

probabilidades, por el estado de ánimo del público europeo para quien se escribió el libro (...) la historia que voy a analizar merece escasa fe (...). [La obra] es un lío capaz de dejarnos locos.¹¹⁴

La lectura del relato expresa enteramente la psicología de una época; fueron los soldados de escasa instrucción cuya escritura era el afán de recordar vivencias personales una vez de regreso en sus tierras, quienes escribieron las primeras páginas de la historia en el paulatino proceso de la “desilusión de la conquista”. Frente a la literatura sobre las grandes epopeyas que narran el choque de dos civilizaciones y grandes batallas entre dos ejércitos, historias de palacios destruidos e intrigas en familias nobles, correspondiente a la conquista del Altiplano del Anáhuac y del Perú, los actos de colonización en esta región, entre cuerpos bélicos irregulares, famélicos, la conquista era casi un sinsentido:

El Río de la Plata fue la soledad, el silencio, el drama desgarrador de la ilusión engañada y siempre convencida de que más allá ha de encontrar las amazonas y el oro. El Paraguay cambió la escena. Río de ensueño, de colores como el arco iris. Paraíso terrenal. Selvas perfumadas. Mujeres desnudas. Frutas, pájaros, cantos. Schmidl habla de los horrores del hambre en Buenos Aires y de las delicias del Paraguay con el mismo tono.¹¹⁵

Los hechos son narrados y punto, su sensibilidad no se despliega en el intento de comprender al otro o a su propio grupo de conquistadores. El soldado alemán habla casi con el mismo tono frío o sarcástico sobre el hambre de los exploradores- “de los dos mil quinientos hombres que habían salido de España, sólo quedaban con vida quinientos sesenta habiéndose muerto los demás, la mayoría de ellos de hambre¹¹⁶- como de la gran batalla en el capítulo sobre la fundación de Buenos Aires: “Cuando vinieron sobre nuestra ciudad de Buenos Aires, unos la asaltaron, y otros arrojaron flechas incendiarias sobre las casas, las cuales, cubiertas de paja, ardieron, con excepción de la del capitán general que fue la única cubierta de tejas. Así quemaron nuestra ciudad con todas las casas”.¹¹⁷

La narrativa no está enfocada en grandes relatos heroicos ni en la creación de empatías emotivas: “es el cronista objetivo y frío. Su impasibilidad nos sobrecoge”.¹¹⁸

Únicamente es la propia escritura de los relatos su manera de ejercer la nostalgia.

Que no participe en las decisiones de los altos mandos marca el carácter pragmático de sus acciones, puesto que al no tener responsabilidad sobre ellas, no tiene que justificarlas. Es la exposición de la memoria del “hombre común” que participa en la

¹¹⁴ Manuel Domínguez citado en Schmidel, *op.cit.*, (1983).

¹¹⁵ Wernicke en Schmidel, *op.cit.*

¹¹⁶ Schmidel, *op.cit.*, p. 36 (1944)

¹¹⁷ Schmidel, *op.cit.*, p.35 (1944)

¹¹⁸ Enrique de Gandía en Schmidel, *ibid.*, p15

conquista, siempre atento a ganarse la simpatía de los altos mandos. De hecho, por la confianza que genera a éstos, gana la prestigiada posición de “informante” de lo que acontecía en el Río de la Plata, con el deber de entregar correspondencia a los miembros del Consejo Real y Supremo de las Indias.

Aunque participa en sangrientos episodios como el desarrollado contra el cacique Tabaré, se limita a registrar los hechos de muerte y destrucción, atreviéndose en ocasiones a expresar la sensación de injusticia que se había cometido en ciertos capítulos, como en la masacre contra los Surucuis, quienes según él, los habían recibido muy hospitalariamente.

Sin embargo, la crueldad en la guerra se dibuja como un rasgo que pueden compartir muy bien los occidentales con algunos indios: “matamos a todos, jóvenes y viejos, pues los Carios tienen la costumbre de no dejar a nadie con vida y no tienen compasión alguna cuando pelean y triunfan”.¹¹⁹ O incluso en ocasiones autopercebe la cultura europea como magnánima por estar sujeta siempre a códigos civiles y honoríficos superiores, que los hacen mucho más compasivos que algunos hombres americanos; “nuestro capitán general tuvo que perdonarlos, según el mandato de Su Cesárea Majestad de indultar al indio hasta tres veces; sólo si violaba la paz por tercera vez, quedaba esclavo o cautivo toda su vida”.¹²⁰ Por eso cuando ejerce su poder de conquistador y toma muchos prisioneros, sobretodo mujeres y jóvenes, considera que lo hace dentro de la legitimidad que le otorga la circunstancia especial de la “buena guerra”.

Su saber no es libresco por lo que el relato consta de observaciones directas; al ver lo que seguramente fue una Anaconda, transmite su estremecimiento sobre las dimensiones que los animales alcanzaban en este continente, “(...) descubrimos en tierra una serpiente grandísima y monstruosa que medía veinticinco pies de largo y tenía el grosor de un hombre, con manchas negras y amarillas”¹²¹, lo mismo al hablar de “ovejas indianas grandes como mulos”.

Y aquí se deja entrever su gran obsesión: el hambre perpetua. El deseo de alimento es el gran tema que lo acompaña durante duros años de supervivencia; por eso la fauna, al ser comparada con la que existe en Europa, sobresale más en tanto su posible sabor o las

¹¹⁹ Schmidel, *ibid.*, 48

¹²⁰ Schmidel, *ibid.*, p.48

¹²¹ *ibid.*, p.41

características de su carne, cualidad nada despreciable para una compañía de soldados eternamente asolados por el hambre.

Por eso las descripciones que hace de cualquier lugar al que llega, son sobre las potencialidades comestibles que lo rodean, ya sea en la naturaleza en su estado puro, o sobre los tipos de comida que existía en la región. También a través de este lente está descrita la flora: la batata dulce “que se parecen a las manzanas y tienen también el mismo sabor”, mandioca “que sabe a castañas”, el maíz “unas raíces blancas”, eran los principales alimentos en los pueblos de indios, y Schmidel se fija bien de incluir descripciones sobre las variedades en su textura, sabor, y las formas de prepararla. También muestra nostalgia hacia el tipo de alimento al que estaba acostumbrado: “en cuatro años seguidos no habíamos visto ni comido un solo bocadillo de pan”.¹²²

La sed también asolaba sus campos, y de la misma forma que pasaría con el hambre, ésta hace que el soldado desarrolle una cierta empatía con prácticas que de otra manera hubieran sido totalmente descalificadas. De los indios que se desplazan en el desierto, comenta que:

Si se desplazan en verano, recorren a veces más de treinta leguas de tierras secas, donde no encuentran ni una gota de agua, y si acaso dan con un ciervo u otra caza, beben la sangre de los mismos (...). El hecho de que beban sangre se debe únicamente a que no tienen agua ni otra cosa, y de otra manera tendrían que morir de sed.¹²³

Los Curemaguáes para saciar su sed son más refinados, pues “conocen la algarroba de la que hacen vino”.

Así como trata de establecer paragonos entre la cultura americana y la europea para su receptor occidental en los sabores que percibía, la utilización de comparaciones se extiende a todo tipo de ámbitos, incluso orográficos: “Llegamos a un cerro al que llamamos San Fernando (pan de azúcar) que se parece al *Bogenberg*”.¹²⁴

También establece desde un principio las diferencias tecnológicas en las que el indio era muy inferior, por ejemplo al describir sus medios de transporte por agua que eran eficientes y por lo visto podían transportar a una gran cantidad de personas, aún así carecían del elemento adicional que las hubiera hecho aprovechables en el mar: “las canoas que utilizan se fabrican del tronco de un árbol que tiene ochenta pies de largo y

¹²² *ibid.*, p.46

¹²³ *ibid.*, p.31

¹²⁴ *ibid.*, p.50

tres de ancho, y las mueven con remos, como mueven en Alemania los pescadores sus barcas; sólo que sus remos no están chapados con hierro”.¹²⁵

En la sombra de esta situación de famélico perenne, que por lo visto era una condición generalizada entre los soldados, inicia el desdoblamiento de los propios límites que acercan el europeo al indio más salvaje, el antropófago. En uno de los pasajes más estremecedores habla del incumplimiento de unos soldados sobre la prohibición de comer la carne que quedaba para el aprovisionamiento de toda la tropa (unos caballos que habían muerto por enfermedad), y de cómo fueron duramente castigados con la muerte; después,

Otros tres españoles se juntaron y fueron al cadalso donde estaban los ahorcados, cortaron los muslos y otros grandes pedazos de carne y los llevaron para matar el hambre incontenible. Así, hubo también un español que por el hambre grandísima comió a su hermano muerto en la ciudad de Buenos Aires.¹²⁶

Esta característica sobre el devoramiento de carne humana ya había sido observada ampliamente entre los indios *Tovpin* (tupís), aunque estos últimos no lo hicieran por hambre “sino por gran enemistad” como diría más adelante Hans Staden.

A partir de las afirmaciones reiteradas en distintas crónicas sobre la antropofagia en esta zona, las tribus de la familia tupí fueron las más conocidas. De hecho, para Schmidel existen dos grandes clasificaciones etnográficas; los que son tupís y los que no. Los primeros se dividen en tres familias principales, que son más o menos nómadas pero que en general no cuentan con ciudades empaladas (a diferencia de quien descuidadamente hizo las ilustraciones de la edición), y de quienes critica ampliamente su forma de vida:

Los indios de esta nación comen a sus enemigos, por lo cual no hacen otra cosa que la guerra, (...) Cuando quieren matar a un cautivo o sacrificarlo, disponen de una gran fiesta. Y mientras está preso, le dan todo lo que quiera y le apetezca, sean mujeres para que se divierta con ellas, sean viandas, hasta que llega la hora de morir. Esta gente no tiene otro solaz que guerrear continuamente, comer, beber y estar borracha día y noche, y bailar. En suma: llevan una vida grosera y desenfrenada, que no puede describirse. Es además, una ralea soberbia y altiva.¹²⁷

Pero sobre las numerosas naciones de indios que se encuentra a su paso, el soldado hace más bien observaciones burdas, intercambiando muchas veces los nombres de unos por otros: los *Bascherepos* (son en realidad los Guajarapos), *Gulgaisi* (Quiloazas), *Macuerendas* (Mocorotáes). Tampoco es como se pueda atribuir a la estupidez de Schmidel el intercambio de la grafía de tales nombres, que aún para nosotros podrían

¹²⁵ *ibid.*, p.38

¹²⁶ *ibid.*, p.34

¹²⁷ *ibid.*, p. 104

resultar bastante difíciles de adivinar. Aún así, dividió cuidadosamente los capítulos en regiones y ubica exactamente a los indios que iba encontrando a su paso; al final del relato había dado cuenta de un total de cuarenta y dos naciones indias.¹²⁸

Físicamente, los indios podían ser bellos o feos. Los primeros normalmente eran quienes los recibían hospitalariamente y los trataban con benevolencia, cosa que a los indios los hacía volverse altos y bien parecidos; los segundos eran, de lo contrario, gordos y feos. Eso pasa con la nación de los Zennais Salvaisco: “son gentes bajas y gordas (...) Los hombres, lo mismo que las mujeres, andan en cueros como sus madres los trajeron al mundo, no llevando nada, ni siquiera un hilo en el cuerpo para cubrirse”.¹²⁹

Destaca que casi todos los indios, de no ser caníbales, se alimentan de carne y pescado, pero la desnudez aparece recurrentemente como la gran característica de estas gentes, con cierta mirada réproba a ojos del lansquenete.

(...) andan desnudos, excepto las mujeres que cubren sus partes con un pequeño paño de algodón, que les cuelga desde el ombligo hasta las rodillas. Estas gentes huyeron con sus mujeres e hijos y abandonaron el lugar cuando llegamos nosotros.¹³⁰

De los indios Querandíes, con quienes se desarrolló un capítulo particularmente sangriento dice que “estos querandíes no tienen morada fija, sino que van vagando por el país, como entre nosotros los gitanos”.¹³¹ En ocasiones también detalla las costumbres que observa y trata de incluirlas en su contexto: “tienen la nariz perforada de un pequeño agujero, en que, por galanura, ponen una pluma de papagayo”¹³²; éstas tienen que ver más bien con la forma de adornarse de tal o cual manera, y así hacer una imagen mental de su apariencia física: “estos pueblos de los timbres llevan en ambos lados de la nariz una estrellita de piedras blancas y azules. Son altos y bien parecidos”.¹³³ Le llaman mucho la atención los tatuajes de las naciones del interior del Paraguay, así como su forma de vestirse con prendas de algodón. De los indios con los que más convive, además de hablar de sus costumbres cuenta sobre la forma en que

¹²⁸ Estas son, en orden alfabético: Achkeres, Agaces, Amazonas, Barconos, Bartenis, Batatheis, Carcaráes, Carconos, carios, Corcoquís, Curemaguáes, Curendas, Chanés, Charrúas, Guajarapos, Guebecusis, Jarayes, Jheperus, Layonos, Macasíes, Maipais, Maygenos, Mepenes, Moceratáes, Morronos, Naperus, Orthueses, Payaguáes, Peionas, Peisenos, Poronos, Querandíes, Quiloazas, Siberis, Simenos, Suboris, Surucusis, Timbúes, Tohonnas, Tupís, Viazas, Zennais Salvaisco. Wernecke en Schmidel, *ibid.*, p. 142-144

¹²⁹ *ibid.*, p. 42

¹³⁰ *ibid.*, p. 30

¹³¹ *ibid.*, p. 31

¹³² *ibid.*, p. 43

¹³³ *ibid.*, p. 37

hacen sus danzas, y la profusión de su música. Son tal vez las enumeraciones de estas características las que convierten al indio en un ser más sensible y humano, capaz de producir formas que afecten a la sensibilidad.

En esta medida también aprovechaba el conocimiento que ellos poseyeran. La guerra en primera instancia, pero también la curiosidad, eran los móviles que lo impulsaban a saber más sobre las costumbres de estas personas, lo que en ocasiones hacía interpelando directamente a los indios cuando les pregunta “si estos payaguáes tenían bastimentos y de qué se sustentaba, qué gente era y cuáles eran sus costumbres y qué hacían”.¹³⁴

Dada la relación de violencia basada en su superioridad material, primera característica que interviene en el conocimiento “del otro”, se podría pensar que su mirada es la de alguien que los ve con desprecio. Sin embargo, en ningún momento repudia la capacidad bélica de los indios, de quienes explica la técnica utilizada de prender sus flechas de caña antes de arrojarlas. Además,

[tienen como] armas unos arcos y dardos que son una especie de media lanza como un pedernal aguzado en la punta. Usan también bolas de piedra atadas a una larga cuerda. Lanzando estas bolas a las patas de los caballos o ciervos, los hacen caer. Y de esta manera mataron a nuestro capitán y a los hidalgos, como yo mismo lo vi.¹³⁵

Trato aparte merece el tema de las mujeres; algunas le parecen “feísimas” y en ocasiones, no duda en pintar de ellas el retrato más desaliñado y salvaje: “las mujeres, jóvenes y viejas, son feas y tienen la cara arañada y siempre ensangrentada”.¹³⁶ La representación más radical del poco valor que tienen las féminas aquí, tiene que ver con el comercio que se hace de ellas, pues pueden ser intercambiadas por objetos e incluso por baratijas. Entre los carios, “el padre vende a su hija, el marido a su mujer, y a veces el hermano vende o trueca a su hermana. Una mujer puede costar una camisa, un cuchillo, una pequeña hacha o cosas parecidas”.¹³⁷ También ellos mismos tomaban a las mujeres que mejor le parecían como botín de guerra, “a nuestro capitán Ayolas le trajeron seis mujeres, la mayor de dieciocho años”.¹³⁸

¹³⁴ *ibid.*, p. 49

¹³⁵ *ibid.*, p. 32

¹³⁶ *ibid.*, p. 37

¹³⁷ *ibid.*, p. 45. También Hans Staden haría especial hincapié sobre el poco valor que tenían las féminas entre los pueblos tupíes: “tienen la costumbre de regalar sus mujeres cuando están aburridos de ellas. También regalan una hija o hermana” Staden, *op.cit.*, p. 216

¹³⁸ *ibid.*, p. 47

A lo largo de toda la crónica se refleja la tensión política existente en la apropiación de las riquezas de las ciudades por los distintos caudillos. Sin embargo él siempre siguió a su caudillo Pedro de Mendoza.

Cuando estaba cerca de Perú recibió una carta desde España, Sevilla remitida por un agente de los Fugger donde su hermano pedía que se le ayudara para regresar a su tierra. La recibió en 1552 y partió dos años después del Río de la Plata, haciendo su última apología a la obra de Conquista: “hasta allí la tierra que antes era de los Carios, pertenece a Su Cesárea Majestad”¹³⁹. Abordó el barco de un mercader de Lisboa, junto con otros dos decepcionados de las promesas de fortuna y grandeza, que se iban sin licencia de su capitán.

Únicamente fuera del territorio del rey de Castilla se aventura a hacer un juicio político. Como le sorprende el progreso material en Brasil, donde tienen además de palo brasil mucho algodón, observa que los poderes locales son tan fuertes que deberían gobernarse ellos mismos, si es que se les hiciera justicia.

De regreso perdió su primer barco por haberse emborrachado (recordemos el dedo señalizador de Groussac); el capitán lo dejó en tierra junto con sus pertenencias y papagayos. Pero después esa nave tocó fondo, así que Ulrico Schmidel se salvó una vez más de la segura muerte. Llegó desde un puerto de Inglaterra a Amberes el 26 de enero de 1554 después de haber estado veinte años de viaje.

1.5 VIAJES Y CAUTIVERIO ENTRE CANÍBALES DE HANS STADEN

Completando el cuadro sobre los inicios de la literatura americanista que constituye en el siglo XVI una mezcla entre las narraciones de viajes y la actividad de observación y curiosidad inherentes a la obra de conquista y colonización, se encuentra la obra de Hans Staden. Su crónica, que completa la trilogía de las dos anteriores narraciones en la descripción de la naturaleza geográfica, así como de los cuadros “etnográficos” conformados por la vastedad de sus habitantes, tiene la característica especial de haber sido por excelencia el móvil de difusión sobre la antropofagia de algunos pueblos americanos, cuestión que se analiza exhaustivamente a través de sus ojos de viajero no ilustrado e inexperto en cuestiones librescas, adelantándose a la producción etnológica científica posterior y a un sinnúmero de simbolismos derivados de la

¹³⁹ *ibid.*, p. 103

actividad canibalesca. El epígrafe de la obra nos da algunas pistas sobre la promoción que de esta imagen se hacía en la Europa del siglo XVI:

Verdadera historia y descripción de una país de salvajes desnudos, feroces y caníbales situado en el nuevo mundo América desconocido en la comarca de Hesse antes y después del nacimiento de Cristo, hasta que hace dos años, Hans Staden de Homberg en Hesse, lo conoció por experiencia propia y cuyas características revela ahora por medio de la imprenta dedicada a su alteza serenísima príncipe H. Philipsen Landgrave de Hesse, conde de Catzenelnbogen, Dietz, Ziegenhain y Nidda, su gracioso señor con un prefacio del dr. Johannes Dryander, catedrático de medicina en la universidad de Marburgo.

La enorme circulación que tuvo el escrito hizo que se consagrara la imagen del indio antropófago como el prototipo del poblador de América para después caer en un “desdeñoso olvido” hasta el rescate editorial de nuestro siglo.

La *Warhaftige Historia und beschreibung eyner Landtschafft der Wilden Nacketen, Grimmigen Menschfresser-Leuthen in der Newenwelt America gelegen* (Verdadera historia y descripción de un paisaje de gente salvaje y desnuda, feroz y caníbal, situado en el Nuevo Mundo de América) está dedicada principalmente a Dios. Las ideas cristianas estarían presentes en todo momento del relato, no sólo en tanto la existencia de un ser que lo mira y protege, que es su acompañamiento a lo largo del sufrimiento, sino también como ordenación del mundo dentro del relato bíblico. En uno de los capítulos dedicados a describir sus costumbres, Hans Staden anota bajo el rubro “*En qué creen!*” Dicen que hubo una vez una gran agua en que se ahogaron todos sus antepasados y que algunos se salvaron en una canoa, algunos en árboles altos, lo que yo creo que debe haber sido el diluvio”.

Su escritura tiene un cargadísimo sentido religioso, toda la lírica del texto parecería estar escrita como una gran oración. ¿Habría sido utilizada como propaganda, o simplemente para contraponer la moral del buen cristiano contra la de los salvajes caníbales? Al respecto también se sugieren ideas sobre las posibilidades de conversión de los indios, lo cual actúa en dos sentidos: tanto para probar la omnipotencia de Dios en todo momento y en todas las circunstancias, como para hablar de los indios- aún siendo antropófagos, la expresión más radical del salvajismo- como seres susceptibles, no sólo capaces, sino propensos, de recibir la evangelización. En una parte de la historia donde habían ido de pesca y eran amenazados por una tormenta que se avecinaba, Staden cuenta sobre el poder de su fe, al pedirle a Dios que les proporcionara buena pesca a pesar de la lluvia:

Como había acabado mi oración, vino el viento soplando con violencia y trayendo la lluvia, ésta cayó hasta más o menos seis pasos de nosotros, y sin alcanzarnos. Entonces dijo el salvaje Parwaa: “Veo ahora que hablaste con tu Dios”. Y recogimos algunos peces.¹⁴⁰

Forzando las equiparaciones entre la historia americana y europea, Staden da pruebas en todo momento sobre la presencia de Dios y algunos otros milagros cristianos. A esto le atribuye el haberse salvado en su estancia en la tierra de *Prasilien* (Brasil) del cautiverio de los indios “Tuppin Imba”, una de las muchas formas de escribir el nombre tupí de los cronistas y viajeros del XVI. La grafía de los nombres “bárbaros”, en sus defectos, nos trae una representación de cómo ellos sonaron al oído del hombre occidental: *Tupinambás* escribían los portugueses, pero también se encuentran mencionados como *Topinamboux*, *Tapinambós*, *Toupinambas*. Los defectos en la comprensión de la grafía se extienden a otros idiomas (escribe por ejemplo, *Río de Jenner*), siendo el problema lingüístico la base de muchas incomprensiones en la historia que más adelante describiremos:

El título estaba diseñado para atraer al público de la época, muy estimulado por las noticias de viaje que llegaban de América. Fue en la edición brasileña de 1900 que se rebautizó el texto queriéndole dar mayor congruencia del título con el contenido, *Hans Staden, suas viagens e captiveiro entre os selvagens do Brazil*.

La obra se imprimió por primera vez en Marburgo en 1557 y fue reimpressa en el mismo año en Frankfurt a. M., traducida rápidamente en 29 ediciones, principalmente al holandés y al latín, francés, inglés y portugués. De las versiones en castellano la primera fue únicamente hasta inicios del siglo XX, a partir de una pequeña traducción del americanista Robert Lehmann Nitsche de los capítulos 5 al 12, y que fue publicada por el Boletín del Instituto de investigaciones Históricas de Buenos Aires, seguida de otra traducción en 1944 por Edmundo Wernicke y editado por el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Al año siguiente también salió al mercado “edición popular” de la Editorial Nova basada en la traducción del alemán al portugués de Alberto Löfgre.

Este libro, escrito desde el lugar cautiverio, también contiene la particularidad de transcribir la experiencia de un hombre que se encuentra él mismo dominado. Su condición de sometimiento transforma el lugar desde el que escribe en un lugar límite, desde donde él se permite la narración sobre la forma de vida (que conoció muy bien) de la nación tupí, por haber vivido con ellos durante dos años. Incluso adiciona un

¹⁴⁰ *ibid.*, p. 158

anexo sobre los principales animales de la zona y algunos dibujos, que ocupan un lugar propio en la producción del universo simbólico; en estos cuadros se puede ver a las mujeres y niños alrededor de un plato de vísceras, gente borracha bailoteando alrededor de un prisionero, el tronco de una persona siendo asado por el fuego.

El viaje y cautiverio se divide en dos; de los 53 capítulos totales, una parte del relato corresponde a los viajes de Hans Staden donde el grueso de 35 capítulos hablan de su cautiverio. Debido a la condición de expectativa de supervivencia en cautividad, aquí anotó detenidamente las costumbres sobre el sacrificio y decoración de los prisioneros, así como otros aspectos de la vida aborígen que inscribe dentro de la narrativa de su historia particular, tales como las estrategias utilizadas en la guerra o el comercio que se realizaba con los navíos que se acercaban de la costa. Una segunda parte del libro lo constituye otro pequeño tratado sobre la vida y costumbres de los *tupinambás* en 38 capítulos cortos que constituyen la primera descripción etnográfica y natural dada a la imprenta. En el capítulo 29 se lee: “*De las ceremonias con que matan a sus enemigos y los comen*”. En este provee información del ciclo completo de la antropofagia, desde que el prisionero es capturado, hasta que lo preparan para el sacrificio y lo “descuartizan” en el banquete final. Posteriormente describe la técnica de ahumado para la conservación de la carne. Esta sección se completa con los once grabados que gráficamente sitúan al canibalismo en la mente de su público lector, con detalles sobre la topografía de la región, las características de sus protagonistas, y otros detalles. Él mismo aparece en las ilustraciones, y se puede reconocer porque está retratado con su barba, demostrando las actitudes propias de un cristiano.

También se incluyeron una serie de mapas al final de la obra que representaron una de las primeras interpretaciones cartográficas sobre el litoral brasileño, desde el Amazonas hasta el río de la Plata.

El retraso en la configuración cartográfica del subcontinente tenía que ver con la indiferencia inicial de las dos naciones ibéricas para con la “isla” Brasileña, que fue aprovechada por particulares para adentrarse en el litoral de esta tierra. A partir de pequeñas poblaciones hechas por exploradores y algunos grupos, la costa se había ido poblando de una población heterogénea “y adventicia” hasta 1530. Cuatro años después se repartieron las doce capitanías de las que solamente sobreviviría San Vicente, de Alonso de Souza y Duarte Coelho Pereira, donatarios que se dedicaron al cultivo y explotación del azúcar. Por esas fechas el Brasil estaba conformado únicamente por

estas dos factorías azucareras llenas de indios y por la tensa relación entre las poblaciones dispersas y los indios de la selva, organizados entorno a la explotación maderera, que aparece en el relato de Staden.

Inscritos en el intercambio de bienes y productos se desarrollaban los contactos entre los pueblos tupés y los extranjeros, con ellos podían obtener beneficios comerciales y rituales: tijeras y navajas para lo primero y carne humana para lo segundo. Dentro de esta dinámica, los occidentales eran vislumbrados como amigos (franceses) o enemigos (portugueses).

Las tijeras eran muy apreciadas por servir para preparar a la gente para ser devorada; por cierto que la vellosidad es un tema recurrente en esta literatura, puesto que resulta sorprendente a ojos del viajero la forma en la que ellos no dejan un solo pelo en su cuerpo: “rapan una parte de la cabeza y dejan alrededor una corona de cabellos, como los frailes (...)”.¹⁴¹ En el capítulo IX, “*Con qué cortan ellos, cuando no pueden adquirir herramientas de cristianos, como hachas, cuchillos y tijeras*”, Staden se toma el tiempo y la serenidad de describir exactamente cuáles son los objetos punzocortantes que tienen los tupés y para qué usan cada uno de estos: “ellos tenían antiguamente, antes de llegar los navíos, y tienen aún en muchos lugares del país, donde ningún navío llegó, una especie de piedra negra azulada que ellos preparan como una cuña, cuya parte más ancha es mal cortante”¹⁴². También usaban “el diente de un animal llamado Pacca” que además usaban para fines medicinales, junto con los “dientes de cerdo del monte” para hacer *sangrías*. La aceleración de los cambios culturales que trajo consigo la llegada de los europeos se trasluce a través de estos pasajes en donde está presente la distinción entre el momento inicial, o la “antigüedad”, y el momento presente: “Pero les pregunté con qué cortaban los cabellos antes de traerles los navíos tijeras”.¹⁴³

Durante una reyerta de los indios contra uno de las naves de comercio fue que Staden quedó en cautiverio de los indios. A lo largo del relato nos cuenta los debates que tenían los tupés sobre qué hacer con su persona (si comerlo o no) dependiendo del que fuera el origen “de su nación”. Cuando es rescatado surge nuevamente la importancia de los lazos de sangre dentro de la representación simbólica de una tribu, lo que resuelve Hans pidiéndole a quienes más se le parecían que dijeran eran sus hermanos y que lo requerían en las labores de la familia.

¹⁴¹ *ibid.*, p. 209

¹⁴² *ibid.*, p. 198

¹⁴³ *ibid.*, p. 210

Aunque a ojos de los tupís sí existe la permanente división sobre quiénes son “los forasteros”, para el cautivo es un reto inabarcable explicarles su verdadero origen nacional: Alemania. Su sobrevivencia dependió en más de una ocasión en dar pruebas que no entendía la lengua de portugueses, y hacer pasar su propio idioma por francés.

A ojos de Staden, existe una equiparación entre el continente americano y el país del Brasil, conformado por numerosas tribus cuya diversidad en términos babélicos es sorprendente. Al inicio de sus descripciones enumera los elementos que posteriormente serían parte de la imagen americana: la desnudez de sus habitantes, el clima cálido y la prolijidad de la flora y la fauna:

La América es una tierra grande y tiene muchas razas de salvajes, que tienen muchas diferencias en las lenguas. Hay en ella muchos animales singulares y es bonita de verse. Los árboles están siempre verdes y ninguna madera de esta tierra es semejante a la de otras. La gente anda desnuda, y en ninguna parte de la tierra que está entre los Tropicis en tiempo alguno del año hace tanto frío como aquí en Michaelis (...)¹⁴⁴

Así como la mayoría de los viajeros editan sus memorias una vez fuera del ambiente americano, también Hans Staden escribe desde la posterioridad, en el regreso a su tierra natal. Esta podría ser una de las razones por las que la apariencia de los indios, aún después de saber sobre los horrores de los sacrificios humanos y lo que hacen con ellos, es descrita con benevolencia. Ellos son incluso equiparables a los europeos; la diferencia entre unos y otros tiene que ver con circunstancias climáticas que modifican al hombre una vez que sus características físicas han sido plenamente conformadas (después del nacimiento), al contrario de las tesis que suponen modificaciones (cuando no deformidades) derivadas de la propia génesis del indio. Esto es lo que más sobresale:

Es una gente hermosa de cuerpo y de apariencia, tanto los hombres como las mujeres, iguales a la gente de aquí; solamente son quemados por el sol porque andan todos desnudos, mozos y viejos y nada tienen que cubra las partes vergonzosas. Ellos se desfiguran a sí mismos con pinturas y no tienen barbas, porque las arrancan por la raíz, luego que ellas nacen. Hacen agujeros en la boca y en las orejas y cuelgan en ellos piedras, que son sus adornos y se atavían con plumas.

Superando la simple observación directa en la descripción de los adornos de los indios - característica que fascinó tanto a Staden como a otros viajeros-, los enmarca dentro de la importancia material que su posesión significaba, aprovechando de paso para hacer

¹⁴⁴ *ibid.*, p. 183

un pequeño análisis sobre la peculiar concepción económica que existía entre los tupís, que se deja ver entre sus palabras como un poco ingenua:

No hay división de bienes entre ellos. Nada saben de dinero. Sus riquezas son plumas de pájaros y quien tiene muchas es rico. Quien tiene piedras en los labios entre ellos es uno de los más ricos. Cada hombre y cada mujer tienen su plantación de raíces, de las cuales se alimentan.¹⁴⁵

Esto no tendría que entenderse tampoco de manera literal. Las largas explicaciones sobre el circuito comercial que los indios sostenían con los navegantes portugueses y franceses, nos indica una lógica de atesoramiento que se aleja un poco sobre la mera posesión de plumas como señal de riqueza. Tal vez ésta no se daba de manera monetaria y siempre se mantenía dentro de los códigos otorgados al “valor de uso”, sin embargo no es de despreciar la circunstancia que fue precisamente la tendencia al intercambio de mercancías con los extranjeros, la que permitió la penetración comercial europea.

Otro punto importante sobre el particular nivel de categorización de los indios que demuestra Hans, tiene que ver con la distinción que hace dentro de los propios pueblos antropófagos. No presenta una idea homogénea sobre la antropofagia y las formas culturales que ésta produce; al contrario, dentro de esta actividad existen por igual que dentro de las formas ajenas a ella, indios más y menos salvajes, más y menos crueles. Muy importante además, el grado de salvajismo no tiene que ver únicamente con su *modo de ser*, sino con las estructuras societales que presenten. Así leemos sobre los Wayganna, que son “una nación especialmente crueles; también son los más salvajes y con las estructuras de civilización menos desarrollados”, y de la relación entre su organización social y su comportamiento con otros pueblos:

Los Wayganna (...) no tienen habitaciones fijas como los otros (...) cuando agarran algún enemigo lo devoran, los otros también hacen lo mismo con ellos. (...) Son también más crueles con sus enemigos de lo que sus enemigos son con ellos. Por ejemplo, córtanles los brazos y piernas, cuando aún están vivos, por la grande gula que los distingue. Los otros, en cambio, los matan primero antes de despedazarlos para devorarlos.¹⁴⁶

De tal manera Staden comprende distintos niveles a la hora de analizar a los indios, y considera sus expresiones culturales como uno de los puntos medulares para el conocimiento y entendimiento de su realidad, intentando separar el relato sobre sus vivencias personales dentro de esta tribu y dedicando un “libro” entero al análisis de las

¹⁴⁵ *ibid.*, p. 218

¹⁴⁶ *ibid.*, p. 187

“costumbres de los tuppín inbas, cuyo prisionero fui. Habitan en América. Su país está situado en los 24 grados, en el lado sur de la línea equinoccial. Su tierra confina con un distrito, llamado Río de Jennero”. Al intento de objetividad de las descripciones le acompaña la clara demarcación del lugar geográfico donde se ubican, primero el continente, y después para mayores referencias, la ciudad (con nombre en portugués, también mal entendido y escrito).

El soldado cautivo le otorga tal valor y respeto a los usos y costumbres, que los adoptó para sí mismo, sobretodo porque para él implicaba el aseguramiento de su propia sobrevivencia física. Aún cuando estaba en un barco occidental, en el momento en el que estaba a punto de ser rescatado, sigue cuidadosamente el rito que estaba marcado para su liberación: “Y una de las mujeres del rey, que había venido a bordo fue por él obligada a clamar *sobre mí*, como es costumbre de ellos, y yo grité también, según la misma costumbre”.¹⁴⁷

La antropofagia, que como hemos dicho anteriormente, aparece como la gran temática en el libro por haber sido por primera vez detallada en su dimensión y significado por una persona que se encontraba al interior del mundo de referencias simbólicas producidas por los tupís, coloca sobre el escenario a Hans Staden como una víctima que progresivamente se transforma en interlocutor y de cierta manera, aún portavoz del proceso del entendimiento del hombre europeo dentro de la comunidad de tupís.

En un primer momento, los perjuros y maltratos que recibió cuando acababa de ser atrapado, son puntualizados con el tono de humillación de quien se sabe perdido, escribiendo uno de los pasajes más famosos de esta historia:

En las otras cabañas continuaros sus zumbas connmigo y el hijo del Rey me ató las piernas por tres lugares, obligándome a saltar con los pies juntos. Refanse de eso y dijeron: *Allí viene nuestra comida saltando*.¹⁴⁸

La condición de su cautividad como preludeo de ser el alimento de la tribu, lo condena a ser un receptor pasivo de las normas culturales que se desarrollaban en el seno de este ambiente extraño y ajeno. Acude a su Dios quien le ha salvado en todo momento y quien tiene el poder aún de rescatar a los prisioneros de guerra destinados a ser

¹⁴⁷ *ibid.*, p. 166

¹⁴⁸ *ibid.*, p. 96

devorados: “Eso hará él con vosotros también, confíen en él, dije yo. Yo siento eso más que vosotros, porque soy de una tierra extraña y no estoy acostumbrado a los horrores de esta gente, pero vosotros nacisteis aquí y aquí fuisteis criados”¹⁴⁹

A medida que la vida le es perdonada, inicia la interacción cada vez más acentuada con los miembros de la tribu, cuestionándolos incluso en su cosmovisión a partir de los valores y esquemas propios de los cristianos. Konian Bebe, uno de los jefes de la tribu, le ofrece carne humana; es una invitación tanto a participar de su círculo de complicidades como de vanagloriarse frente al forastero de su forma de vida, envolviéndolo en la práctica canibalesca:

Yo respondí que ningún animal irracional devora a otro, ¿cómo podía entonces un hombre devorar a otro hombre? Clavó entonces los dientes en la carne y dijo: “*Jau ware sche*”¹⁵⁰, que quiere decir: soy un tigre, ¡está sabroso!”.¹⁵¹

En el capítulo XXV de su “reseña etnográfica”, “*Porqué un enemigo devora a otro*” le parece a Hans Staden muy necesario llegar al fondo de la cuestión, que en un primer momento le atribuye únicamente a la maldad de estos seres. En realidad es un esquema simple en donde únicamente actúa el sentimiento de rechazo hacia tal práctica para su definición:

No lo hacen por hambre, sino por grande odio y envidia, y cuando ellos combaten, gritan uno a otro con grande odio: “*Dete Immeraya Schermiuramme heiwoe*”, a ti sucedan todas las desgracias, comida mía. “*De kange Juca cypota kurine*”, yo quiero, aún hoy, cortar tu cabeza. “*Sche Junan me pepicke keseagu*” para vengar la muerte de mis amigos, estoy aquí. “*Rande soo sche mocken Sera Quora Osorime Rire, etc*”, tu carne será hoy, antes que el sol entre, mi asado. Todo esto hacen por gran enemistad¹⁵².

La indagación por el móvil que sustenta la antropofagia sería una pregunta que recurrentemente aparece en su crónica; en el *leit motiv* se encuentra una búsqueda (no por la justificación, que implicaría una aceptación moral del hecho de comer carne humana a partir de una necesidad cultural, sino por la legitimidad de tal actividad). Por ejemplo en el capítulo XVI de la narración, descubre a una mujer sacando los piojos de la cabeza de otra y comiéndoselos; a tal efecto trata de averiguar: “Yo les pregunté muchas veces porqué hacen eso; me respondieron: ‘son nuestros enemigos que comen nuestras cabezas y por eso nosotros queremos vengarnos de ellos’”.¹⁵³ Es decir, inicia la

¹⁴⁹ *ibid.*, p. 144

¹⁵⁰ Frase tupi que se debe leer, *Jauará iché*, y se traduce, *yo soy onza*, o más enfáticamente *yo el tigre*. N del t. en Staden, *ibid.*, p. 270

¹⁵¹ *ibid.*, p. 149

¹⁵² *ibid.*, p. 226

¹⁵³ *ibid.*, p. 216

sugerencia del entendimiento de la acción de devorar al enemigo como una producción simbólica que necesariamente retroalimenta la cohesión del grupo y autoafirma sus normas culturales. Es por esto que después del primer horror, de ponerle nombre e identidad a la víctima (como en el capítulo XLV “*Cómo fue que ellos comieron asado al primero de los dos cristianos. A saber, Jorge Ferreira, el hijo del capitán portugués*”: en esta ocasión el título busca más el efecto de condena moral por el estremecimiento de que la acción de “ser devorado” recaer sobre un sujeto concreto, que realmente describir la forma de preparar el asado), incluye la representación del rito. Por lo tanto, la antropofagia aparece como una actividad desarrollada dentro de normas bien concretas y a partir de juegos de poder delimitados previamente. Es el inicio de la comprensión de lo que significa devorar al enemigo dentro de un juego ritual, aún dentro del horror por esta práctica: “Sí, aquí estoy, quiero matarte, porque los tuyos también mataron a muchos de mis amigos y los devoraron”. Responde el otro: “cuando esté muerto, tengo aún muchos amigos que de seguro me han de vengar”.¹⁵⁴

El hombre antropófago tiene otra psicología. Únicamente desde su alejamiento de la esfera de “lo humano”, de los sentimientos y emociones que el hombre tiene, se podría explicar el mantenimiento y reproducción de esta actividad. Esto resalta sobretodo cuando se trata de las naciones más salvajes, como la de indios Marckaya, de quien había ya dicho que eran especialmente crueles. Al irle a dar un poco de consuelo cristiano al esclavo que sería la próxima víctima, se encuentra con que éste se desarrolla dentro de otra esfera. Ni siquiera tiene miedo, y aún más, demuestra soberbia y orgullo de los de su propia tribu, que pueden hacer mejores cuerdas (la *musurana*, utilizada para sujetar al prisionero dentro del rito de preparación): “Sí, dijo él, *estoy pronto para todo. Solamente la musurana no era bien cumplida (le faltaban cerca de seis brazas). Sí, nosotros tenemos mejores cuerdas*, dijo él, así como quien va a una feria.”¹⁵⁵

Finalmente, el autor afirma su aventura como el inicio de una actividad de intelección de la realidad americana que desembocará más adelante en algo más. Así como el de Hans Staden fue el momento de la transcripción y del relato a partir de la práctica de viaje, muchos otros seguirían con esta actividad. El momento de la organización de dichos datos en un ordenamiento que buscara las similitudes para establecer categorías y clasificaciones, vendría mucho después, aunado con las jerarquizaciones que en las crónicas aparecían sugeridas a través de los juicios de valor.

¹⁵⁴ *ibid.*, p. 237

¹⁵⁵ *ibid.*, p. 118

Su actividad terminaría con el establecimiento de este horizonte como uno posible, es decir, con la función de dejar sentada la existencia viable de esta realidad alterna que podía ser constatada a través de la proliferación de este y otros relatos casi inverosímiles:

Bondadoso lector: A propósito describí este mi viaje y navegación con la mayor brevedad, solamente para contar cómo la primera vez caí en el poder de los pueblos tiranos. Aún más: puedo también comprender bien que el contenido de este librito parezca extraño a algunos. ¿Quién tiene culpa de eso? No soy el primero y no seré el último en tener conocimiento de tales navegaciones, tierras y pueblos. (...) Y si todos los que navegan para América tuviesen que caer en poder de los enemigos bárbaros, ¿quién desearía ir allá? Pero esto sé verdaderamente, que mucha gente honesta en Castilla, Portugal, Francia y algunos de Amberes en el Brabante, que estuvo en América, habrá de dar testimonio que todo es como yo describo.¹⁵⁶

1.6 AMÉRICA A TRAVÉS DE SU RELATO

La expulsión que de la configuración medieval de la tierra habían hecho los cosmógrafos, como hemos visto, no fue un proceso que desembocaría en el conocimiento “positivo” del mundo, ya que en ocasiones, los nuevos cambios en la constitución geográfica de la tierra no fueron siquiera aceptados por las autoridades políticas y/o morales (caso del proyecto humanista propuesto por Sebastian Brant).

El destierro geográfico de la faz de la tierra de los lugares asociados al relato bíblico como el Infierno, el Purgatorio o el Limbo, no acarrió de manera inmediata la desaparición de otros seres y lugares imaginarios, tales como *El Dorado* o *La Atlántida*, cuya existencia alentó las excursiones del siglo XVI y aún se planteaba como posibilidad en el marco de las ciencias con pretensiones plenamente científicas de finales del siglo XIX, tales como la *americanística* de los primeros Congresos Internacionales de Americanistas. Las razones totales del mundo de tipo medieval coexistieron con las opuestas, puramente científico-naturales, sobreviviendo como ideas parciales de una idea total del mundo. Persistieron como visiones parciales dentro de una nueva totalidad, la moderna.¹⁵⁷

Tampoco el encuentro con los indios de las tierras americanas sería un acto de comprensión plena, lo que estaba desvirtuado ya desde un inicio por las relaciones posibilitadas dentro del marco del proyecto colonial, y en segunda instancia, por la consideración que predominaba sobre la relación entre el espacio y el hombre. En tanto a que se creía que el entorno tenía la propiedad de influir y cambiar la naturaleza de sus habitantes, la condición hostil de las montañas venezolanas, agreste de las llanuras

¹⁵⁶ *ibid.*, p. 256

¹⁵⁷ Gaos, *Historia...*, *op.cit.*

argentinas, impenetrable de las selvas brasileñas, hacían del hombre americano un ser “en transición”, que iba desde lo humano a *lo silvestre*; o *lo salvaje* (expresado fuera del paradigma del evolucionismo, que tenía como horizonte posible la sociedad plenamente industrializada y los ideales de progreso asociados a ésta). El *salvaje*, representado por antonomasia en la figura del antropófago, se constituye más bien como un ser con prácticas culturales totalmente ajenas a las del hombre occidental, pero cuyos códigos bien definidos se pueden conocer y entender en su coherencia interna.

Pioneras en la tradición del dar cuenta de la realidad americana y que empezaron a introducir estas nociones, fueron las cartas de Colón y Vespucio, con distintas valoraciones a través de descripciones más o menos detalladas que plasmaban en sus relatos. La culminación de sus narrativas, trazó una línea con las de Cristóbal de Molina, el padre Motolinía y Betanzos; se desplegaron profundamente en la *Historia de las cosas de la Nueva España* de Sahagún y por supuesto en la literatura lascasiana. En realidad, casi todos los cronistas, exploradores y viajeros describieron las costumbres de los indios basados en las aptitudes que más importaban para su empresa de conquista; Schmidel hablaba de la comida, Federmann sobre la pacificidad o belicosidad de los indios, Staden de su gran apetito antropófago. Por lo tanto la realidad existió como la expresión de un discurso. Estas descripciones no se pueden utilizar como fundamentos para reconstruir la etnohistoria como alguna vez se hizo (Leopold von Ranke los retomó como fuente: “Staden describe *lo que verdaderamente sucedió*”), si no que deben ser analizados en las modalidades discursivas del viajero, del cautivo, del colonizador.

En la construcción de la “leyenda negra” algunos de los pasajes serían traducidos como la imagen del indio exótico y aguerrido que se defiende casi sin armas del poderío español. Theodore de Bry, uno de sus representantes, construyó la imagen de la Europa protestante, a través de la ilustración en cobre de pequeños extractos de viajeros y cronistas. Descalificando el centro del fundamento misional de la empresa española y portuguesa, elaboró su propio discurso visual en donde le dio significado a una imagen física, desdoblada en un mapa simbólico. Significó la reactivación de la historia mediante los impulsos imaginarios.¹⁵⁸

Otra de las formas en las que funcionaría este mecanismo de intelección sería en las referencias hechas a la naturaleza de los habitantes del nuevo mundo como impregnada de “lo demoniaco” proveniente de la propia geografía del lugar (selvas, cuevas, grutas,

¹⁵⁸Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario: Sociedades indígenas y occidentalización en el México español siglos XVI-XVIII*, FCE, México, 1991.

desiertos, etc). La correspondencia entre lo primero y lo segundo, hacía que se dibujara un espacio liminal, de transición, de lo humano a lo silvestre en un entorno con la propiedad de influir y cambiar la naturaleza de sus habitantes, de hacerlos semejantes a sí mismo. La cuestión de “la semejanza” se incluía en todo el entramado conceptual elaborado a finales del XVI, cuya semántica también estaba comprendida en los términos *Amicitia, Aequalitas (contractus, consensus, matrimonium, societas, pax et similia), Consonantia, Concertus, Continuum, Paritas, Proportio, Similitudo, Coniunctio, Copula*.¹⁵⁹ Sirvió también como categoría principal para elaborar las primeras distinciones del Nuevo respecto del Viejo Mundo, prefigurando al público lector al que las crónicas estaban destinadas, estableciendo equiparaciones de las novedades americanas respecto de su cotidianeidad. De esta manera los hallazgos de los exploradores y conquistadores se sienten más cercanos, al entrar en un contacto íntimo con las condiciones de la realidad europea, en la medida en que son comparables con ésta y por ende, comprensibles. Resulta sorprendente el esfuerzo del soldado Ulrich Schmidel por establecer las relaciones de similitud que ayudaran a la sensibilidad europea a imaginar por sí misma los olores y sabores que iba encontrando a su paso: “(...) encontramos maíz, unas raíces blancas, que son las batatas y se parecen a las manzanas y tienen también el mismo sabor, y mandioca que sabe a castañas, de la cual sacan los indios su vino.”¹⁶⁰

De tal manera que al primer mecanismo de “nombramiento” de las cosas americanas, a manera de lista, de cuyo resultado se obtuvieron datos sueltos y empíricos que no resultaron en algún tipo de criterio distributivo, apareció la lógica de la similitud y la diferencia.

La primera, como hemos visto, tenía un camino bastante recorrido en el discernimiento europeo, de donde se derivaban cuatro categorías de la semejanza para interpretar el cosmos: *convenientia, aemulatio, analogía y las simpatías*¹⁶¹. De estas relaciones se derivaron las clasificaciones del hombre del nuevo mundo a partir de los “humores” (melancólico, colérico, sanguíneo y flemático), en reflejo de los cuatro elementos existentes en el cosmos (agua, tierra, aire y fuego)¹⁶². La relación entre el espacio y los hombres se replanteó en el problema de la naturaleza americana, que se convirtió en una

¹⁵⁹ P. Grégoire citado en Foucault Michel, *Las palabras...*, *op. cit.* p. 26

¹⁶⁰ Schmidel *op.cit.*, p.44 (1944).

¹⁶¹ Michel Foucault, *Las palabras...*, *op.cit.*

¹⁶² Marcelo Ruiz Ramirez, “Microcosmos: el hombre del Nuevo Mundo y la tradición grecolatina”, en *Estudios de Historia Novohispana*, vol. 21, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2000.

cuestión ontológica. El “ser” americano, como consecuencia de la tierra, fue el hombre melancólico, del calor exterior y la humedad en demasía que le extraía la vitalidad y su propio calor interno.

La figura de la semejanza también actuó en la condición humana y la hizo equiparable a la de las bestias: fue la tradición de construir asociaciones invisibles por asociaciones visibles que recayó en todo el panorama americano cuya intelección se iniciaba en estos términos, de los hombres que “buscaban comida en los montes como bestias”.

En el salvaje la naturaleza humana se invirtió, de tal manera que su alma era “el contenido” y el cuerpo “el continente”, contiene lo silvestre contra lo humano. Una de las pruebas aducidas a esto, era la inexistencia de la ciudad americana como comunidad organizada políticamente; la omisión de ésta como expresión de la civilización cristiana hacía de los americanos seres incapaces de vivir en sociedad: aparece el salvaje como nómada sin leyes, ni casa, ni Estado. Y de ahí, que el ser no sociable fuera una bestia, o peor aún, dentro de los retratos imaginarios, un demonio.

El relato de América se cimentó partir de quienes la miraron y reelaboran, primero los cartógrafos desde la distancia, y los editores en su recepción cultural desde el mismo lugar, después desde los exploradores a través de sus narraciones de viaje mediatizadas por el bagaje cultural.

La conquista de América existe como un relato imaginario: igual que éste tiene un punto de partida, una trama, un personaje principal y el punto final. Las crónicas, que contienen estos tres momentos, terminan con el tiempo real del cronista, incluyéndolo desde el lugar en el que escribía a la posteridad.

El *tropos* literario permitió al autor convertir una asociación simbólica, un imaginario en algo real. La imagen del americano antropófago y sus dibujos, las mujeres con cara ensangrentada, las naciones llenas de enanos, la belicosidad de los indios, etc. son personajes que nos dicen más del sujeto que narra, del pintor del dibujo, que de lo relatado, lo pintado. En su calidad de “objeto de estudio”, fueron una expresión *real* del imaginario colectivo, de la construcción cultural que se hizo sobre la historia americana. En este sentido, América “en construcción” es mucho más que su mundo natural y su mundo humano: tiene la tarea de hacerse a sí misma.

3. *El americanismo de los jesuitas de frontera*

3.1 LOS FUNDAMENTOS DE LA MISIÓN

De los jesuitas proviene la idea sobre la existencia en cada ser de una *segunda* naturaleza, derivada de la educación y de la adquisición de las costumbres. Esto queda asentado en muchas obras provenientes de frailes de distintas órdenes, como en el tratado de Bartolomé de las Casas, “Del único modo de atraer a los indios a la fe cristiana”, donde hace una defensa del indio a partir de la caracterización de la naturaleza de los indios y el rechazo de la teoría aristotélica que propugnaba la justificación de la dominación del hombre (americano) por el hombre (europeo).

Este escrito marcó la línea para que otras obras de jesuitas elaboraran una etnología basada en las diferencias de costumbres entre los indios, su diversidad y las diferencias culturales entre los distintos grupos de aborígenes, así como las explicaciones del lugar en el que vivían. Sin embargo se percibe un piso común entre todas estas obras, que tienen que ver con la delimitación del indio en términos de binomios indisolubles: en general son indiferentes a casi todo estímulo, caracterizados por la glotonería o la sobriedad, por cierta apatía (cuando no estupidez) y sobretodo, con una especie de infancia sempiterna que lo vuelve susceptible para el encausamiento cristiano dentro de la tutela de los frailes.

Por lo tanto, estos últimos, estaban impregnados de una triple misión, que tenía que ver con la evangelización y tutela espiritual de los indios pero también de su personificación como soldado y terrateniente. Este trinomio era la construcción de una imagen central americana sobre lo que debían hacer los misioneros en nuestras tierras para poder dar coherencia al discurso de la conquista religiosa. Su existencia como “caballeros de frontera” trató de imbuirlos del espíritu de la reconquista, a tal efecto Fernández de Oviedo decía que se necesitaban en las indias soldados cristianos así como buenos clérigos para reducir a estas ovejas indianas y no dejarlas en cautiverio del diablo. De esta forma la muerte de los indios quedaba justificada como la disminución del poder de Satanás en las Indias.

En un marco de aislacionismo que se pensaba ideal para la realización del proyecto impuesto por estas tendencias utopistas o primitivistas se creó un “anexionismo” supranacional para realizar el proyecto evangelizador.

La misión fue el mecanismo principal de la evangelización en América. Originalmente desde principios del siglo XVI significaba el envío de un grupo de jesuitas al servicio de Dios, tenía que ver con la propia actividad evangelizadora: la conversión de los infieles, la predicación de los pueblos, o la propagación de la fe. A los tres votos comunes entre todas las órdenes –pobreza, castidad y obediencia- se le añadió el de las “misiones”.¹⁶³ Durante el siglo XVIII a partir del rediseño ignaciano del espacio religioso, se entendió como praxis misionera y correspondió a tres esferas: la misión como empresa, como acto de aceptar un encargo espiritual; la misión como espacio de construcción física donde se desempeñó la actividad de evangelización; y por último, también se entiende en sentido territorial: la misión como el enclave, asignado para cumplir la tarea religiosa. A saber, los territorios de paganos o infieles, primero en Asia, luego en África, y por último en América.

Este proceso de rigurosidad y disciplina se concibió como un mecanismo que actúa desde adentro hacia fuera. Sus ejercitantes realizaban en primera instancia una “peregrinación interior”, donde aprendían el autocontrol y la medida, para después permear el modelo hacia la sociedad con su “ejemplo de vida”. Es así que en los *Ejercicios espirituales* publicados en Roma en 1548, se sistematizó un proceso de autodisciplinamiento donde la lección era el dejarse guiar por la razón (en un proceso de discernimiento espiritual, estrictamente regulado y estructurado en cuatro semanas).

Los jesuitas de todas las nacionalidades, quienes tanto en la posteridad, desde el exilio después de ser expulsados de los territorios novohispanos, pero también dentro de su propia labor como *misioneros*, utilizaron una lógica de criterio “universal-racional” para enunciar a los indios como sujetos de conversión. Su intelección sobre la realidad del indio intentó buscar la lógica racional que existía detrás de cada acción ritual y cultural; de tal medida se inició con las exploraciones lingüísticas de las lenguas americanas, el intento de delimitación de sus capacidades musicales y artísticas, la regularización de la vida nómada como vida sociable y política dentro de la ciudad de frontera.

Así se concebía la evangelización como participante de una obra divina de redención. El misionero aprendía a ser guiado por la razón desde su entrenamiento; “la introspección y el control de la voluntad inspirados por los ejercicios espirituales fueron

¹⁶³ Sievernich en Karl Kohut, Torrales Pacheco María Cristina (comp). *Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*. Iberoamericana, Madrid, 2007, p.3

uno de los ejes centrales del saber y del ser jesuítico”¹⁶⁴, que corría como un binomio al proyecto de modernidad contenido en la expansión europea, de la cual se distinguiría teóricamente, en el tinte pacifista y no violento de sus formas.

2.2 LA ORDEN EN HISPANOAMÉRICA

El móvil de “salir hacia fuera” fue dirigido bajo las premisas de la escuela de la razón y la experiencia de la espiritualidad; los nuevos territorios planteaban retos educativos por ser culturas desconocidas cuando no incomprendidas en Europa. A la muerte de Ignacio de Loyola en 1556, la compañía tenía doce provincias, dos de ellas eran no europeas (en India y Brasil).

Desde el inicio hubo una preferencia hacia las zonas urbanas, aunque las primeras misiones jesuíticas comenzaron en las Indias Orientales bajo el auspicio de la Corona portuguesa, aún cuando todavía no eran reconocidos por el papa como orden religiosa. Las historias contadas por San Francisco Javier sobre sus experiencias en Goa recorrieron el mundo entero debido a las Cartas de Indias, que fueron traducidas al latín por San Pedro Canisio y se difundieron con efectos propagandísticos a lo largo de toda Alemania. Sin embargo, todavía hasta la mitad del siglo XVII las órdenes concentraban sus esfuerzos en combatir el luteranismo, por lo que pocos misioneros alemanes viajaban a América.

El primer contingente de misioneros jesuitas llegó a Brasil en 1549 bajo el mando de Mantel de Lóbrega. Los jesuitas establecieron durante el siglo XVI once colegios en Hispanoamérica, empezando con los de la Ciudad de México y Cuzco, ambos en 1572. Instituyeron otros principalmente en Pátzcuaro, Juli, Puebla, Quito y Santa Fe de Bogotá, el último fue en 1767 en Piura, Perú. En tiempos de la expulsión había seis provincias de la orden en Hispanoamérica, que a su vez se constituían de varias misiones.

Las misiones se encontraban establecidas dentro de la jurisdicción establecida por las autoridades coloniales. En la Provincia Mexicana, es decir dentro del Virreinato de la Nueva España había catorce misiones, la Provincia Nuevo Reina y Quito estaba dentro de las Audiencias de Bogotá y Quito, la Provincia Jesuítica del Perú administraba las reducciones de mojos. La Provincia del Paraguay, conocida como el “estado Jesuítico”

¹⁶⁴ Schmidt en Karl Kohut, *ibid.*, p. 5

abarcaba aproximadamente treinta misiones establecidas en los rápidos del río Paraná. También había en la Provincia de Chile misiones entre los mapuches y en el archipiélago de Chiloé¹⁶⁵.

Parece que a pesar del inicial recelo por parte de la corona española para permitir la entrada de misioneros extranjeros en sus colonias, la realidad de las necesidades numéricas y la disponibilidad de cuadros en Europa Central, se impusieron como factor para dinamizar la migración. La población de las provincias alemanas superaban a las de Francia, Portugal e Italia juntas, así como la asistencia de España¹⁶⁶.

A principios del siglo XVI el padre Diego Torres Bollo fue elegido procurador en España y Roma por la provincia del Perú, solicitando la mediación del Consejo de Indias para importar cuadros calificados que llevaran a cabo la gran tarea de evangelización planeada. Con la fundación de las primeras misiones de Guyará trae el primer contingente de tres jesuitas provenientes de Austria, para las misiones de Asia, y cuatro jesuitas de Alemania para las americanas. En este contingente de jóvenes de apenas 30 años, se hallaban los nombres de Andrés Feldmann para Paraguay, Gaspar Rues, Ferdinand Reimann y Michael Durst para Perú.

La presencia de jesuitas de habla alemana había sido en un inicio escasa, consistente de aproximadamente veinte misioneros hacia finales del XVII. Casi a cuentagotas se emitió la Real Cédula del 10 de diciembre de 1664 donde se permitía a las colonias de ultramar el acceso de “vasallos del rey y de los estados hereditarios de la Casa de Austria”¹⁶⁷ y apenas una década después, con la Real Cédula del 12 de marzo se levanta la prohibición de trasladar jesuitas alemanes a las misiones de América, permitiendo que un tercio de los jesuitas fueran alemanes, “sin la necesidad de detenerse un año en España”. El poco tiempo transcurrido entre una cédula y otra nos habla de la aceleración *de facto* que vivió la migración.

Por la inexactitud del conocimiento sobre los límites fronterizos sobre lo que realmente eran “territorios austriacos” y formalizados con la permisividad de la segunda cédula, llegaron hasta cuatrocientos ochenta jesuitas directamente desde Alemania, volviéndolos el segundo grupo de fuerte presencia en las Indias Occidentales después de

¹⁶⁵ Sievernich en Karl Kohut, *ibid.*, p.13

¹⁶⁶ Alicia Mayer en Karl Kohut, *ibid.*, p. 182

¹⁶⁷ Karl Kohut, *ibid.*, p. XXI

los hispanos¹⁶⁸, con una afluencia que paradójicamente fue aumentando durante la dinastía borbónica hasta el momento de su expulsión en 1767.

Posteriormente en las expediciones de 1717, 1728, 1743 y 1748 los misioneros alemanes llegaron principalmente al Cono Sur, puesto que las misiones de los Andes estaban mucho más desarrolladas. Otros contingentes de jesuitas alemanes con diversas profesiones como matemáticos, dibujantes, músicos, etc. fueron repartidos en los Colegios dependiendo de las necesidades regionales: 120 fueron asignados al Paraguay, 100 a Chile, 90 a México, 60 a Quito, 50 a Perú, 35 a Nueva Granada y otros 25 se repartieron a lo largo del subcontinente.

El contingente de eclesiásticos contribuyó a diversas actividades relacionadas con la construcción, por ser excelentes arquitectos, constructores, ebanistas, etc. Uno de los sorprendentes ejemplares de su actividad fue la proyección hecha por el hermano Juan Kraus de Pilsen para el templo de San Ignacio de Buenos Aires, ayudado por sus colegas Juan Wolf y Pedro Weber. En Córdoba edificó H. Antoni Harschl la iglesia de Santa Catalina. En territorio chileno estuvo trabajando el arquitecto y escultor tirolés Hohann Bitterich de Landeck, cuyos esfuerzos en obras de ingeniería para la construcción de canales de riego fueron completados por el arquitecto Michael Herre, al lado de otro constructor austriaco y hasta un ebanista alemán¹⁶⁹.

La labor de recopilación de cuadros de artesanos como política programática de la dirección jesuitica estuvo a cargo del padre Carlos Haimbhausen de Baviera, quien llegó a Chile en 1742. Empezó un viaje a importantes talleres de Augsburgo, Munich y Nuremberg para contactarse con gente que practicaba distintos oficios y artesanos, convenciendo a cuarenta y cinco de ellos a emigrar hacia la misión chilena. De la misma forma obtuvo una autorización de su primo, el emperador de Austria, para regresar con 368 cajones y fardos que contenían materiales preciosos comprados durante su visita para emular el *modus vivendi* europeo, enriqueciendo la finca Calera de Tango, convertida a partir de ese momento en un importante centro y escuela artesanal

¹⁶⁸ La cifra más elevada es la utilizada por Ingrid Schulze quien separa a los misioneros provenientes de Alemania de los demás reinos del Imperio Sacro Germánico; menciona 480 individuos pertenecientes únicamente al primer grupo. Johannes Meier, por otro lado, habla que de un total de 3,189 jesuitas europeos, había 414 de habla alemana. A pesar de que los criterios de selección utilizados son distintos, y que de cualquier forma orillarían a la disminución de la cifra de Meier para saber cuántos misioneros provenían exclusivamente de Alemania, las cifras nos hablan de una importante presencia de germanos en las misiones, de hecho son “más o menos la mitad de los padres de nacionalidad no-ibérica”. Ingrid Schulze, *Alemania y América. La llamada del Nuevo Mundo, 500 años de presencia alemana en América*, Mapfre, Madrid, 1995; Meier en Karl Kohut, *ibid.*,

¹⁶⁹ Ingrid Schulze, *op.cit.*

para indígenas. Su equipaje, además de las joyas donadas por la reina de Portugal Juana de Austria para “embellecer” la misión chilena, comprendía:

9 cajones de seda blanca; 32 fardos de papel de a 17 resmas cada uno; 16 cajones de láminas, cruces, rosarios, medallas, libros de Roma y Barcelona; 6 cajones de estatuas y listonerías; 43 cajones con clavos de hierro, hechuras de hierro, etc.; 13 cajones con libros; misales y breviarios de Venecia; 1 cajón con seda de flores; 6 cajones de Múnich con libros y munúsculos; 26 cajones de lienzos frontales de batán, telas de Lyon con galones de oro y plata; 5 cajones de Augsburgo con instrumentos musicales; 33 cajones con herramientas para los hermanos coadjutores; 44 cajones con libros de España; 4 cajones con tártaro para plateros; 6 cajones co artículos de farmacia; cinco cajones con elementos para instalar una imprenta y 16 cajones con víveres¹⁷⁰.

Los sueños de abundancia y suntuosidad edilicia se vieron frustrados a partir de los incendios, saqueos y demás daños intencionados después de la expulsión de la orden; durante las guerras americanas del siglo XIX, también se dio pie a grandes destrucciones en casi la mayoría de las 30 iglesias que habían sido construidas.

En las reducciones jesuíticas del Paraguay quedaron vestigios materiales sobre la presencia de los jesuitas alemanes. Como representante de este grupo está la labor de vanguardia del padre Anton Sepp, quien desde su llegada en 1690 introdujo nuevos métodos agrícolas de producción, así como la fundación escuelas para artesanos y de música, como parte de la labor de propaganda de las misiones. Además de que desde 1732 los jesuitas alemanes participaron políticamente en la construcción de las reducciones.

2.3 EL LUGAR DE LOS JESUITAS ALEMANES

¿Qué significaba para los jesuitas ser enviados a la tarea evangelizadora que se desarrollaba en las misiones americanas? Parece que en este aspecto encontramos una diferencia cultural entre quienes venían de la península Ibérica y los misioneros provenientes de Europa Central. Los frailes del sur, muy familiarizados con las penurias que sucedían en territorio americano, vivían su designación más bien como un castigo; mientras que los jesuitas alemanes y de otras regiones nórdicas tenían una imagen un tanto idealizada sobre lo que significaba la emigración al Nuevo Continente. La ignorancia sobre las verdaderas condiciones de la colonización en ultramar se veía reforzada en estas regiones en una cierta atracción hacia “lo desconocido” que se

¹⁷⁰ Vicente D. Sierra, *Los jesuitas germanos en Hispano-América*, citado en Ingrid Schulze, *op.cit.*, p. 240

manifestaba también en las artes plásticas barrocas, la pintura y la literatura; también a una:

Constante huida a las lejanías, en que se basa la atracción por lo desconocido que provoca en el hombre barroco el indeclinable deseo de conocer tierras lejanas y el intenso afán de romper el cautiverio del ambiente familiar para penetrar en un medio distinto que está integrado y dotado de condiciones de vida diferentes¹⁷¹.

A su vez, los jesuitas no españoles tendrían que pasar por una especie de “rehabilitación” a los ojos de otras personalidades influyentes en el mundo católico, puesto que eran constantemente objeto de burlas y desprecio de quienes se colocaban como los herederos legítimos de la tradición católica, esto es, los jesuitas provenientes del mundo latino. El abate Cornelius de Paw critica amargamente la condición de sometimiento de los guaraníes de las reducciones por parte de los jesuitas alemanes, en un pasaje que transcribimos aquí:

Los especuladores han creído que los jesuitas se habían agrupado como mayoría en esta parte del nuevo mundo, a la que habían tratado como un país conquistado; en cambio se encontraron en minoría, como se sabe, sin duda alguna, de lo extraído a partir de la lista de los religiosos que la corona de España ha mostrado hasta ahora. Se ignora la verdadera razón de una conducta tan extraña en apariencia: es necesario que los generales que han seguido *Aquavive*, no han juzgado a propósito de confiar el secreto del Paraguay a demasiados compañeros: (...) se ha desconfiado sobretodo de los jesuitas españoles y portugueses; ya que sacaron la mayoría de reclutas para América Latina entre aquellos de las provincias alemanas y principalmente de las del Alto y Bajo Rhin, donde estos frailes eran en su mayor parte ignorantes, y muy inferiores a los de *Cordeliers*. Tales hombres tenían intrínseca la predisposición a armar una trifulca entre los Chiquitos, a catequizar a los Guaraníes, y a opacar a los *Caomini*.

Varias personas han admirado y siguen admirando todavía el establecimiento del Paraguay como una obra superior de la política y de la industria, pero no es que pensemos sea difícil de someter salvajes totalmente incultos (abrutis), cuando se llega armado de la fuerza y de la religión. No es tan glorioso hacer de ellos esclavos [...]. En verdad nunca tuve el coraje de abordar los detalles sobre la desgraciada condición de los habitantes del Paraguay, tiranizados por los amos que nadie quisiera tener como capataz.¹⁷²

Si bien los jesuitas alemanes no estaban en la mejor de las opiniones de los hispanos, se les atribuía una serie de cualidades físicas y morales que los hacían buenos cuadros para las misiones de frontera. Por ejemplo, se creía que eran más resistentes a los cambios de clima, a los fríos extremos y a la inhospitalidad de la zona norte del virreinato novohispano. Además de la resistencia física, se les atribuían otras propiedades de espíritu y eran preferidos “por su vitalidad, su inteligencia, su espíritu de servicio, su curiosidad por el entorno y, sobre todo, por su celo evangelizador”.¹⁷³ El grupo de jesuitas alemanes fueron construidos a la posteridad como individuos de personalidades

¹⁷¹ Kalista citado en Karl Kohut, *ibid.*, p 54

¹⁷² De Paw citado en Kohut Karl, *ibid.*, p. 67. Agradecemos la traducción de Anthony Groussard.

¹⁷³ Binkova en Kohut Karl, *ibid.*, p. 443

bien definidas, por eso se habla de la felicidad de Schmid, del ánimo explorador de Kino, de la melancolía de Planck. Pero a pesar de las propiedades físicas que se les habían adjudicado, muchos de ellos cayeron enfermos en la dura vida de la frontera, especialmente en el Norte de la Nueva España, donde la vigorosidad imaginada hacia esta comunidad no salvó a muchos de la muerte.

Era en realidad su construcción identitaria a partir de la oposición, la que cohesionaba el grupo de los misioneros alemanes; por lo que se ha sugerido no pensar en las misiones como un “paraíso multicultural”, si no como entidades en donde claramente aparecía el problema de las nacionalidades. Los jesuitas alemanes aparecían muy ligados al sentimiento de la nacionalidad a partir de la mala imagen que existía en el mundo peninsular sobre la Europa Central. Sin embargo, más que el problema de las nacionalidades sea el trasfondo histórico cultural mencionado previamente, la oposición hacia este grupo tenía también una matriz política.

A partir de ciertos conflictos históricos, también otros grupos nacionales dentro de la Compañía se habían ganado cierta mala fama; por ejemplo desde las guerras husitas del siglo XV, se les atribuía a los jesuitas checos la condena de ser herejes y apóstatas, desordenados y amenazadores para la verdadera comunidad cristiana. Los jesuitas provenientes de la región alemana de Bohemia, por otro lado, habían sido ya objetos de crítica desde 1458 por el futuro papa Pío II; condición que se agravaría con la lucha contra el protestantismo y la Guerra de los treinta años:

Los peores hombres de nuestro tiempo que rechazaron la obediencia a la Iglesia romana, hollaron la fe de sus padres, mataron a los sacerdotes de Cristo, desbarataron las iglesias sagradas y viven sin fe, sin buenas costumbres, en robos, adulterio y toda impudicia.¹⁷⁴

En una carta que hablaba sobre el reclutamiento de nuevos jesuitas alemanes para las misiones americanas, decía que debían ser cuidadosos a quién elegir para evitar “la burla e infamia por lo menos entre los españoles, quienes sin esto están acostumbrados a mirar a todos los extranjeros con prevención y juzgarlos severamente, llegando con facilidad a despreciarlos¹⁷⁵,”

2.4 ANOTACIONES DE LOS JESUITAS.

*“Me encuentro en el último rincón de esta tierra americana, donde vivo solo entre innumerables bárbaros- mejor diría entre fieras indómitas”
José Domingo Mayr desde la tierra de los mojos*

¹⁷⁴ Pío II citado en Kohut Karl, *ibid.* p. 55.

¹⁷⁵ Andrés Suppet en Kohut Karl, *ibid.* p. 207

La educación clásica y humanista de la orden había construido el gran mito americano que se engarzaba con los horizontes utópicos de su tradición, desplegados bajo diferentes formas pero formando un suelo común a todos los reformadores: la reconstrucción de una ciudad ideal, el encuentro de un paraíso perdido. La realización de estas utopías no fue posible por haber sido creadas a partir de las necesidades intrínsecas a un continente ajeno a la realidad cultural indígena que en ese momento desfilaba ante sus ojos. Los malentendidos entre el proyecto de los jesuitas y el comportamiento cultural de los pueblos americanos acarrearón intrínsecamente lo que posteriormente se llamó “la caída del sueño americano”.

Después del inicial entusiasmo de muchos padres por su llegada a las misiones americanas, la gran mayoría de ellos se vieron sumidos en la desesperación al sentirse literalmente relegados, a los “confines de los imperios ibéricos”. El grupo de jesuitas de habla alemana particularmente ejerció el apostolado desde tierras de frontera exterior: en el norte de la Nueva España, al sur de Chile y Río de la Plata; e interior: en el Chaco, el Altiplano andino y la Amazonía.

Este espacio límite, de profunda tensión cultural por el desdibujamiento de la relación del dominio occidental sobre las formas autóctonas debe ser entendido como el complejo lugar desde donde los jesuitas hicieron su *locus* de enunciación. Por otro lado, las posibilidades de supervivencia material que se desarrollaban en territorios de frontera, eran sumamente difíciles a causa de distintas circunstancias; además del inacabado proceso de pacificación contra los pueblos aún en rebeldía, se sumaban otros obstáculos como los climas extremos o la inaccesibilidad geográfica de esos lugares. El aislamiento literal en el que vivían los jesuitas, que ejercían la difícil tarea de mantenimiento y defensa de la frontera del imperio, es para algunos el vínculo cohesionador que desarrolló entre el grupo muestras de solidaridad, y sobretodo, de identificación interna en las difíciles relaciones con las autoridades civiles, militares e incluso eclesiásticas.

La actividad científica o *pre-científica* que los jesuitas desarrollaron desde la dificultad de la vivencia en misiones de frontera, fue desarrollada en relaciones de dificultades con las autoridades que a veces se cambiaban en conveniencias. A pesar de que han sido vislumbradas como una mera consecuencia de su actividad principal, la evangelización, para nosotros constituye uno de sus legados más valiosos.

Debido a que los jesuitas exploradores construyeron una “frontera móvil”, en el aspecto geográfico pero también de conocimiento, muchas veces su actividad fue mal vista durante la época, y en nuestros tiempos tampoco ha sido valorada adecuadamente.

Por ejemplo ciertos aportes han sido calificados de “curiosos” o más severamente “deficientes”, como por ejemplo en la discusión sobre las observaciones del padre Eder, quien publicó en 1794 la *Beschreibung der Landschaft Sonora* (Descripción de Sonora) donde hablaba también sobre la vida cotidiana en las misiones, que para nosotros se inscribe en la ciencia de su tiempo por su modo de observar la geografía detalladamente e inscribirla dentro de las clasificaciones dentro de un pensamiento “científico”, en la intención de expandir las fronteras del saber.

La conquista espiritual conllevó la elaboración de una dinámica que implicaba el conocimiento de la vida americana y en teoría “el respeto de sus formas”. Las instrucciones de Francisco de Borja, por ejemplo, hablan sobre los objetivos de las misiones en Hispanoamérica, y previniendo los comunes acontecimientos de violencia para con los pueblos indígenas, recomienda que la tarea evangelizadora se realice “con suavidad de palabras y ejemplo de vida; así como que se incluya el estudio de las culturas nativas y el estudio de los indios.

José de Acosta publicó en 1590 en Sevilla una *Historia natural y moral de las Indias*, con 30 ediciones; tres de ellas en alemán, donde elabora una clasificación de tres estadios culturales que representan un matiz a la tajante división entre salvajes y civilizados que se conocía por entonces, introduciendo la noción de pueblos “bárbaros”. Su clasificación socio cultural ubica en una primera etapa a los pueblos con escritura e instituciones políticas “estables”, ciudades y comercio, incluye a los indios, chinos y a los japoneses. La evangelización puede ser llevada a cabo aquí sin necesidad de métodos militares. El segundo grupo comprende a aquellos con niveles de desarrollo parecidos al primer grupo pero que no cuentan con una cultura escrita, como los incas. Aquí tampoco se justifica el uso de la fuerza para el sometimiento religioso. El tercer grupo se refiere a “los indios de tierras bajas”, quienes viven en el estado de naturaleza a quienes vislumbra como niños.

En sus recomendaciones para el método misional hace hincapié en la proscripción de la violencia como método de propagación de la fe, entendida la misión como concordancia entre fe y vida, y el conocimiento de lenguas y culturas indígenas para poder evangelizar en el idioma vernáculo.

La opinión de José da Acosta fue la base para que se estableciera una actitud de “optimismo antropológico”, evidenciada por ejemplo a través de las opiniones del padre Pfefferkorn sobre la cultura como elemento adquirible a través de la educación.¹⁷⁶

El padre Meyr también hacía sus esfuerzos educativos en este sentido, ostentando la felicidad de haber sido el móvil de introducir ampliamente la música entre los pobladores americanos:

En las iglesias se escuchan piezas musicales cada día, y así estos indios, que hace poco tiempo vivían con las bestias en las selvas y que no sabían hacer nada más que rugir y bramar con los leones y tigres, ahora están educados de mejor manera y en alabanza de Dios cantan en coros, tocan el timbal e instrumentos de cuerda y tocan el órgano.¹⁷⁷

La gran decepción americana, que tuvo que ver como hemos dicho ya, con las dificultades de la vida en frontera y los malos ojos con los que eran visto los evangelizadores provenientes de Europa Central, tenían que ver con la propia relación que se había establecido con los indios y las autoridades. Pero dificultando la obra evangelizadora a tal punto de llevar a la desesperación a varios misioneros, se encontraba el despliegue del multilingüístico panorama de las colonias americanas.

El padre Domingo Mayr, asentado en la misión de los Moxos en el Alto Perú habla de la confusión babélica como obra del diablo para entorpecer la salvación de gentiles y poner obstáculos en la labor de los misioneros, puesto que cambiar de una misión a otra significaba aprender otro idioma; supone que en su territorio había alrededor de doscientas lenguas distintas.

El problema lingüístico como herramienta de comprensión de la cosmovisión indígena fue profundamente abordado por Matthäus Steffel, quien elaboró un diccionario tarahumara-alemán, muy interesante desde el punto de vista lingüístico, histórico y etnográfico. Originario de Moravia llegó en 1755 a México y su obra *Nachrichten von seinen Reisen nach dem spanischen Nordamerika, dessen dortigen Aufenthalte, von Jahr 1757 bis 1767, und Rückkehr nach Europa. Aus dessen eigenhändigen Aufsätzen* (Noticias de diferentes países de la América española), fue publicada póstumamente en 1809, dos años después de su muerte en tierra natal.

El diccionario tenía el objetivo científico de dar a conocer lo desconocido, “el otro”, justificando el dominio español. A tal efecto es muy significativo que todas las primeras descripciones y registros de lenguas indígenas hayan sido hechas por frailes,

¹⁷⁶ Pfefferkorn en Karl Kohut, *ibid.* p XXIV

¹⁷⁷ Meyr en Karl Kohut, *ibid.* p. 234.

quienes aprendieron las lenguas y comenzaron a escribirlas para utilizarlas dentro de su tarea evangelizadora. A pesar de que ellos tenían algunas nociones de filología, no habían sido formados en la profesión lingüística, de ahí que transcribieran las lenguas como mejor les pareciera, lo que refiere el padre Steffel a continuación:

Ahora algo acerca del uso de las letras. Hay tantas confusiones de letras que nos llevaría demasiado lejos indicar cada una. Sólo quiero anotar las más comunes. Usan la C, G, Q, en lugar de L, T, R; usan la i en lugar de y, s en vez de z. Además no tienen ninguna palabra con d o con f ni a principios ni en medio de una palabra. La F les es tan extraña y tan difícil de pronunciar que no he encontrado a nadie que no me dijera p en lugar de f (...) Los tarahumaras no disponen de libros, documentos u otros escritos de sus antepasados, creo que da lo mismo escribir con una u otra letra, si por ello no pierde significado. Tampoco en las cuevas, donde los paganos están enterrados, se encuentran restos de inscripciones.¹⁷⁸

El registro de los vocablos de las lenguas indígenas venían a cumplir una función práctica para la evangelización visto que los indígenas no tenían diccionarios o gramáticas; pero la labor de su diccionario tiene por objetivo no sólo el registro si no también la explicación de tallada de cada cosa enumerada, fueran objetos, costumbres o tradiciones. Por lo tanto, el suyo, no fue sólo un diccionario, sino también una descripción completa de las costumbres y tradiciones de los tarahumaras.

Reflejaba también la concepción del salvaje como un ser muy primitivo, visto que tenía una pobreza de palabras. Steffel habla de un pueblo “rudo y tosco”, muy dócil, que se vuelve de “salvajes incontrolables” cuando han bebido demasiado. Especifica la manera en la que se obtienen estas bebidas alcohólicas, a partir de la entrada de una planta de donde se obtiene lo que hoy llamamos *mezcal*:

Méke: Es una planta similar a la sábila (aloe), pero no tan grande, que crece en las rocas más altas y es recolectada cada año por los tarahumara con gran esfuerzo y hasta peligro de muerte. Podríamos llamar esta recolecta su vendimia. Estas plantas se preparan para su consumo de la siguiente manera. Se excava una fuente con pasto. Allí se coloca las plantas y se cubren a su vez con pasto seco, encima piedras y encima de las piedras algo de tierra. Luego se enciende una gran fogata encima, para que las plantas enterradas suden y en vapores suelten el jarabe contenido en ellas. Hecho esto, se sacan las plantas y se atan en grandes bolas y de allí tienen por largo tiempo sus golosinas. También se extrae de ahí un buen aguardiente que se llama *Mescále*.¹⁷⁹

Las descripciones no escapan a las equiparaciones a la cultura europea que se hicieron en las imágenes de los cronistas; por ejemplo, para hablar de las tortillas y el proceso de su elaboración utiliza el vocablo *Brot* (pan), ya que no contaba con un equivalente en alemán. También incluyó descripciones de frutas, plantas y animales que eran desconocidos para los europeos. Sobre las costumbres habla especialmente de “las brujerías”:

¹⁷⁸ *ibid.*, p. 400

¹⁷⁹ *ibid.* p. 405

Ópiruc. Daño, hacer un daño secretamente a la salud, ser embrujado. Esta expresión no es de risa. Es un hecho que *ópiruc* tiene este significado entre los tarahumara, pueblo supersticioso, que piensa sobre esto muy diferente que los europeos. Son muy devotos a la llamada magia negra por medio de la que dañan a otros, por motivos de enemistad o venganza, ya sea por medios naturales y secretos con o sin ritos supersticiosos. Con la palabra *ópiruc* relacionan el concepto que nosotros relacionamos con embrujo. ¿No hay en Europa todavía mucha gente que cree firmemente en esto y no se dejan convencer de su error? Entonces ¿no sorprende que esto ocurra con un pueblo tan rudo? Quien no sabe qué tan difícil es erradicar conceptos y opiniones supersticiosos que han sido enraizados en un pueblo entero desde la infancia. Yo sé lo que he vivido allá.¹⁸⁰

De esta manera la diferencia que experimenta la naturaleza de los indios al momento de ser evangelizados, es vista como la apertura hacia el mundo de la educación y la civilización. Para Steffel, en oposición a los Tarahumaras evangelizados, están los Apalaches, quienes siguen aún en su estado primitivo y tosco, estableciendo comparaciones y jerarquías también entre los propios indios.

Sin embargo, el interés por las lenguas indígenas disminuyó una vez “superado” el proceso de evangelización, volviendo a desarrollarse únicamente a partir de las descripciones del sánscrito y lenguas africanas, a la par del desarrollo de la lingüística como ciencia plenamente constituida que usaba un esquema comparativo en Francia, Alemania, Italia, España, Inglaterra y Rusia.

No debemos dejar de señalar el contraste entre la idealización de los indígenas y la visión negativa, casi despreciativa cuando los conocían. Entre estas se encuentra la opinión del padre Treyer quien tuvo una visión sumamente desilusionada del indio, al que considera incapaz de toda religión y cultura. Sin embargo, la percepción del indio convertido cambiaba haciéndolo un ser civilizado que legitimaba la obra evangelizadora. Era una especie de contraposición de la barbarie a la civilización, actuaba justificando la empresa pastoral: el padre Mayr habla ampliamente de sus encomendados a lo largo de la tierra de los Moxos como si fueran niños. Son curiosos como ellos, y aprenden rápido. También son ingenuos y simples de tal manera “que no pueden contar hasta el número cinco”. Llega al punto de comparar a indios con europeos; los primeros aventajan a los segundos en el sentido musical, en destreza y docilidad. Podían cantar y bailar con una facilidad desconocida hasta antes en Europa. También el padre Betschon hablaba de la admirable facilidad artesanal y musical de los indios, que los alejaba de la barbarie y simplicidad.

La importancia de incluir las visiones anteriores tienen que ver con la humanización del sujeto histórico de los misioneros y los indígenas y sobre las relaciones que se

¹⁸⁰ *ibid.*, p. 404

desarrollaban entre ellos. Para algunos, las sublevaciones indígenas y las dificultades legales dentro de este universo altamente conflictivo fueron las responsables de haber echado atrás el proyecto jesuítico. Después de las rebeliones al Norte de la Nueva España, el padre Pfefferkorn decía como evidencia de este tono pesimista, que los indios habían vuelto a sus “costumbres bestiales”.¹⁸¹

Las reducciones jesuíticas serían el método de doblamiento y urbanización en territorio nómada que implicaría la expansión territorial de la corona española. La idea de la “conquista espiritual” se colocaría como una línea de interpretación elaborada a la postre de la experiencia jesuítica que destaca la pacificidad del elemento de irrupción religiosa en diferencia a la conquista ocurrida durante el siglo XVI. Ya que el espacio de las Indias Occidentales ofrecía una forma de reformulación social, donde se habría un mundo de posibilidades a partir del encuentro con “lo nuevo”, todos los esfuerzos de regeneración se encontraban en el proyecto americano. Pero a pesar de que las misiones estaban planeadas para ser células de renovación religiosa y social, los indios americanos eran las representaciones pasivas de los deseos misionales de las altas cúpulas eclesiásticas. Que la mayoría de las veces fueran percibidos como niños, nos habla del castigo y el control constante como medio de interacción con el mundo indígena.

Solamente a partir de los escritos de los misioneros desterrados se podría ver una creciente idealización de los indios, que corresponde de cierta manera con la idealización inicial que habían tenido los jesuitas provenientes de Alemania y de otros lugares de la Europa Central. Con la diferencia de que el primer momento había sido más representativo de estos últimos, y las escrituras desde el exilio correspondían especialmente a los jesuitas españoles en el exilio italiano.

Dentro del grupo de expulsados alemanes prevalecería un cierto tono de decepción: “en general es un gran error, y quizá una malicia cuando los indios se presentan entre los europeos como una raza más feliz que nosotros; no lo son en absoluto”.¹⁸²

Sin embargo, la labor de jesuitas alemanes estaba en una condición de doble marginación, por el desplazamiento del interés del público que se interesaba más en la literatura de viaje dentro de la Alemania del último tercio del siglo XVIII. La excepción

¹⁸¹ Pfefferkorn, *ibid.* p 508.

¹⁸² Schaeffer citado en Kohut Karl, *ibid.*, p.50

a este tipo de eventos fueron obras como el Viaje a Perú, (*Reise nach Peru*) de Wolfgang Bayer.

Donde más libros sobre el tema americano había era en las bibliotecas protestantes, rebasando la producción de los jesuitas las fronteras confesionales. Aún así, para la segunda mitad del siglo XVIII el público perdía interés en el tema de América, pero para el grupo de lectores cada vez más restringido que siguió interesándose por el continente, los libros jesuíticos constituyeron una de las lecturas más importantes”. El hecho de que la mayoría de los jesuitas alemanes escribieran después de su expulsión, actuó en el desmedro del desdibujamiento de la frontera lingüística, pues absorbida la literatura dentro de su propio país de origen, se impidió que fuera tan difundida como la de españoles o italianos.

La obra “científica” de jesuitas había sido olvidada; únicamente con Humboldt y el inicio de los viajes científicos retornaría el interés por América.¹⁸³ Las categorías de los

¹⁸³ La obra de Humboldt no será analizada en este trabajo por exceder los límites planteados. Como datos biográficos podemos decir que nació en Berlín en 1769-1859) y realizó estudios de minería en Freiburg, Sajonia, y trabajó al servicio del Estado prusiano como asesor minero *Oberbergmeister*, hasta que recibió una parte de su herencia que le permitió abandonar el puesto dentro de la burocracia estatal y echar a andar sus planes de viajero científico.

Sus primeros intentos en este sentido habían sido hacia 1790 con las indagaciones sobre basaltos en la zona del Rin, así como otro estudio en ese mismo año sobre las minas de carbón en Inglaterra. Pero sus sueños como naturalista para explorar los volcanes italianos habían sido retrasados por el despliegue belicoso de la política napoleónica, lo mismo sucedió con sus esfuerzos para visitar las Indias Occidentales. Pasó un largo tiempo de espera en Salzburgo, Viena y París, donde estableció contactos con otros científicos que seguían sobre la línea de realizar las expediciones; tras un peligro de naufragio en un viaje hacia los Atlas de Marruecos, recorrió a pie el camino desde Barcelona a Valencia y luego Madrid hasta que finalmente después de sus incansables esfuerzos el permiso de viajar a América fue concedido, de manera amplia y absoluta, por Carlos IV en la entrevista de Aranjuez. A raíz de su coloquio el rey ordenó: “A los Capitanes Generales, Comandantes, Gobernadores, Intendentes, Jueces Superiores y todas las autoridades judiciales y personas correspondientes, de no poner impedimento alguno al dicho Sr. Alejandro Federico Barón de Hmboldt en su viaje, ni de obstaculizar en los lugares señalados el transporte de sus instrumentos y aparatos para la física, química, astronomía y matemática, ni de entorpecer sus observaciones y experimentos que estime oportunos, así como la colección de plantas, animales, semillas y piedras, mediciones de las montañas o análisis de su composición”. Participó en el gran movimiento que a la postre fue llamado como el “redescubrimiento de América” a partir de su trabajo desarrollado en el viaje científico entre 1799 y 1804, del que quedan muchas pruebas en los 30 volúmenes editados de su obra *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente hecho entre 1799 y 1804 por Alejandro de Humboldt y Amado Bonpland*, y en su diario de viaje.

- Inicio en la Coruña, después Islas Canarias y Cumará.
- Región del Orinoco
- Cuba
- Cartagena, Santa Fe de Bogotá, Popayán, Quito; lugares donde hace estudio de los campos magnéticos de Ecuador.
- Loxa, Amaz, Trujillo, Lima; donde hace la medición de la corriente del Polo Sur (de Humboldt)
- Acapulco, donde es recibido por Iturrigaray y estudia los archivos y bibliotecas.
- Lado oriental de cordillera de México
- Veracruz-Habana Filadelfia, donde tiene una entrevista con Jefferson.
- Delaware-Burdeos.

salvajes establecidas detalladamente por la obra de jesuitas permanecieron hasta comienzos del siglo XX como una clasificación legítima elaborada a partir de criterios objetivos. Nadie habría dudado en enfrentar la “civilización” de los misioneros con la “barbarie” de los indios, a excepción de los racionalistas del siglo XVIII para quienes los misioneros alemanes eran igualmente bárbaros.

A partir de 1807 publica los 30 volúmenes del *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* hecho entre 1799 y 1804 por Alejandro de Humboldt y Amado Bonpland. Su biblioteca de 17 mil tomos fue legada a un criado de nombre Seifert, después fue malvendida a Londres y destruida en un incendio. David Brading, *Orbe Indiano*, FCE, México, 1991.

CAPÍTULO III.

AMÉRICA OBJETIVADA: EL CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS

1.1 EL SURGIMIENTO DE LOS CONGRESOS INTERNACIONALES DE AMERICANISTAS.

“La misión de los americanistas dignos de este nombre, consiste, antes que nada, en aplanar el terreno, que está cubierto de escorias molestas y de conglomerados de formas monstruosas. Primero, apartar todo lo que es absolutamente error; es empezar a dar espacio para asentarse en verdades..”.

Es a través del largo proceso de conformación de horizontes de conocimiento, donde se perfilan policromas y contradictorias imágenes sobre el objeto estudiado; invariablemente atravesado por el discurrir de distintas corrientes ideológicas, jerarquizaciones morales y filosóficas, paradigmas de construcción, y en fin, por toda una gama de circunstancias y condiciones que moldean y contraponen su objeto de estudio, el cual se espejea y –en el mejor de los casos- se reconoce, como un reflejo de las creencias y tradiciones del momento.

Desde el *mapa* como vértice de los abanicos conformados por el conocimiento intuitivo de distintas tradiciones cosmográficas, a la *crónica* como testimonio sobre lo conocido por soldados y exploradores, y de ésta, a los *apuntes* un tanto desorganizados a través de cartas, registros, o aún en su forma más acabada, diccionarios y compendios históricos; numerosos fueron los objetos y recursos sobre los que se desplegó el intento de comprensión del ente americano.

Asimismo, el espacio desde que se pensó América perfiló diversos lugares desde los que se posicionaron los sujetos de enunciación (el *cartógrafo*, el *soldado*, el *fraile jesuita*). Abarcaron el camino de la perspicacia cartográfica frente a las pesadas normas de la religiosidad, posteriormente de la vivencia americana del conquistador/ conquistado como duro enfrentamiento con la realidad, y después, del desencanto sobre los poderes atribuidos al arte de la educación en la población indígena, así como otras desilusiones cuyo origen había estado en los afanes ordenadores propios de la época en los albores del pensamiento racionalista.

La secularización del espacio desde el que se pensaba América, vendría únicamente en a finales del siglo XIX con la creación ficticia de un lugar ecuaníme desde donde se podía ordenar la intelección americana que se había venido dando a lo largo de la historia de tan variados y múltiples contactos: el *congreso científico*. Paradójicamente, la relación que el producto de estos congresos -la ciencia *americanística*- forjaría hacia su objeto de estudio tendría que ver nuevamente con el “alejamiento” de éste. En primer lugar, nos referimos a un alejamiento geográfico, ya que una de las primeras reglas de dichos

encuentros fue el mantenimiento de una sede europea; en segundo lugar, en su manera *historiológica*¹⁸⁴ de concebir a América. Esto quiere decir que a través del deseo de positivizar la reflexión americanista, se le colocó un pesado velo de “objetividad” que deconstruyó, en más de un sentido, las formas culturales y de originalidad histórica que tenía nuestro continente.

Pero no nos adelantemos a lo que se expone en este capítulo, cuyo objetivo principal es reflejar dicho proceso de conformación de la imagen de “lo americano” a través del nuevo paradigma científico expresado en las ponencias de los conferencistas de habla alemana en los inicios de la institucionalización de las ciencias marcada por el Congreso Internacional de Americanistas; el primer espacio consagrado a abordar el estudio americano desde una perspectiva *científica*.

El paradigma científico sobre la percepción de “lo americano” que transformó los discursos filosóficos del siglo XVI, XVII y XVIII en racionalizaciones “objetivas” de sistemas comprobables “empíricamente”, se vio encumbrado con la fundación de los Congresos Internacionales de Americanistas, que, por primera vez en 1875 se propusieron:

*Pour donner aux connaissances américaines tout leur développement scientifique, ce qu' il faut aujourd'hou c'est l'adoption d'une méthode rigoureuse, une étude sincère des textes et des monuments, le renoncement à toutes les hypothèses fantaisistes qui pourraient compromettre le succès de nos études et nuire à leur considération*¹⁸⁵.

Se expresa aquí la inquietud de conocer la realidad americana a través de la *cientificidad* que provee un *método riguroso*, y los objetos a los cuales se prestará atención para tal fin: los monumentos y los textos (o códices). La preocupación por los temas “históricos” -entendidos en este momento como *pasados* y anti-políticos- será el otro eje conductor que guíe el *deber ser* de la objetivación del americanismo. En este sentido aparece el estudio de “lo indígena” vinculado a la misión colonialista y evangelizadora; se explora la cuestión de la “unidad del género humano” a la luz de

¹⁸⁴ “Una manera de escribir la historia en la que quien lo hiciera se comprometiera a reflexionar sobre ella como disciplina y sobre los objetos de su investigación (...) Historiología podría denotar cierto tipo de trabajos que no son propiamente de teoría o filosofía de la historia, en un sentido más técnico, pero que por su elevado contenido reflexivo, se apartan de la historiografía entendida ésta en un sentido más descriptivo”. Álvaro Matute (estudio preliminar) en O’ Gorman, Edmundo. *Historiología: teoría y práctica*, Biblioteca del Estudiante Universitario 130, UNAM, México, 1999, p. V

¹⁸⁵ Juan Comas *Cien años de Congresos Internacionales de Americanistas: ensayo histórico-crítico y bibliográfico*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1975, p. 38

teorías evolucionistas y posteriormente difusionistas, se analizan las formas de administración colonial y se continúa con los primeros estudios de lenguas indígenas. Es así que el indígena emerge como “objeto” y no como “sujeto”: la ciencia los posiciona como *medio* y no como *fin*.

El corte temporal sería el primer paso para la división del objeto de estudio entre temas abarcables y aquellos que carecían de interés. En este sentido se dio un avance estableciendo categorías de análisis para la historia americana, como el corte de la historia de los orígenes (muy desacreditada en términos científicos pero muy buscada en las preocupaciones de los congresistas); y además la historia precolombina, y la moderna. La historia precolombina fue el sujeto principal de estudio, en cambio los acontecimientos que se desarrollaban en el presente no eran dignos de ser estudiados; de tal forma, los indígenas que por esas épocas sufrían despojos masivos de tierra, no eran considerados dentro de las pesquisas. Sólo se acudía a la mitificación del indígena como un ser que se desenvolvía en un pasado mítico y glorioso, o, cuyas tribus pudieran servir para rastrear las etapas de la humanidad. Cuando el joven Ernesto Quesada habló sobre el genocidio que estaban sufriendo los indios de la región del Plata, fue acallado rápidamente con motivo de que el Congreso trataba de ciencia y no de política.

Sobre la preferencia por la época precolombina, en desmedro tanto de las consideraciones del período anterior como el posterior, encontramos que:

El problema de los orígenes, enmarcado en espesas tinieblas, supera la meta que el Congreso se ha propuesto alcanzar. Inscribiendo en su programa el estudio de la historia de la civilización americana. La historia de la América precolombina –para utilizar una expresión que, en la sesión de ayer propuse utilizar- está compuesto de dos épocas distintas: primero la época que precede directamente al Descubrimiento, y cuya historia se basa en los documentos serios, más o menos auténticos, es verdad, pero por fin sobre documentos que se pueden utilizar, a la condición de someterlos a una crítica severa. La otra época, anterior a aquella se remonta hacia el origen; ella precede al estado de las cosas de las cuales tenemos conocimiento parcial que yo llamaría histórico.¹⁸⁶

Después del desarrollo del conocimiento híbrido en donde se mezclaban las disciplinas, se entrecruzaban conocimientos históricos, antropológicos, arqueológicos y filológicos, metodologías heterodoxas y temáticas eran anacrónicas o improcedentes vistas desde las recientes perspectivas positivistas que intentaban sistematizar las nuevas ciencias de la sociedad. La mayoría de los trabajos no podía ocultar la falta de anclaje disciplinario de la *americanística*, como se le denominaba en el momento, y era un problema en la medida en que las ciencias sociales particulares lograban profesionalizarse e integrarse a la institución.

¹⁸⁶ Comas, op.cit., p. 20

El estudio que se ha hecho de este período ha tendido a separar las ciencias que en ese momento constituían la americanística, que por tratar del hombre americano en cuanto a una cultura perdida y los vestigios que éste había dejado, fueron principalmente la antropología, etnología, arqueología, paleografía, etc; nunca alcanzando su legitimidad “interdisciplinaria” y olvidando a la postre el objetivo americanista que las destacaba.

1.2 LA AMERICANÍSTICA EN ALEMANIA.

A partir de 1860 se dio una eclosión de sociedades y revistas antropológicas enmarcadas en el proceso de la institucionalización de la antropología, la etnología, la arqueología y otras disciplinas que enmarcadas en la *americanística* de los primeros años, se consagrarían a la postre como ciencias. Sobretudo en Europa surgieron variadas instituciones cuyo interés era nuevamente poner “al hombre” en el centro de interés, en un contexto que expandía la creación de espacios públicos que fueron poco a formalizando, o mejor dicho, especializando el conocimiento de los eruditos decimonónicos transformados bajo esta visión en una “comunidad científica internacional”¹⁸⁷.

Esta esfera de discusión se dio, no ya entre las masas lectoras ávidas por enterarse de los pormenores de ultramar y los seres de naturaleza misteriosa, sino más bien entre un público que tenía intereses específicos en ciertas áreas del conocimiento. Esta comunidad estaba conformada tanto por científicos reconocidos, como -en su gran mayoría- por profesionales que tenían una cierta posición social y moral de reconocimiento; los “*gentleman*”. La comunidad en construcción los convertía tanto en lectores como autores; su proveniencia de familias acomodadas hacía que la dedicación a la búsqueda de temas científicos novedosos durante el tiempo libre fuera una práctica aceptada y muy difundida entre los detentores del *status quo*.

Ellos constituían el público receptor y consumidor de estas producciones, y eran también los principales subsidiarios que posibilitaron la sobrevivencia de esta actividad durante sus años de gestación, antes que la administración pública tomara a su cargo el patrocinio del conocimiento en su etapa institucionalizada. Vemos así que,

De los 500 miembros de la *Deutsche Gesellschaft* residentes en Berlín hacia finales del siglo [XIX], 190 eran médicos, privados o académicos, 55 eran académicos no médicos, bibliotecarios o empleados de

¹⁸⁷ Leoncio López Ocón; Jean Pierre Chaumeil; Ana Verde Casanova (eds). *Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional*, Madrid/ Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2005.

museo. Los restantes 255 incluían comerciantes, contadores, pintores, fotógrafos, funcionarios de la administración local o colonial, científicos y profesionales de distintos tipos, publicistas o librerías, sacerdotes o rabinos, viajeros y dos señoras, una de ellas novelista. Es decir la mitad de los miembros practicaba la antropología como hobby.¹⁸⁸

El espacio apto para el desarrollo de sus incumbencias se creaba en publicaciones periódicas de medios de prensa especializados, cuyo objetivo principal era darle difusión a “la novedad” asociada a las más recientes investigaciones y hallazgos, las discusiones y debates que surgían en su seno, así como las nuevas tendencias en las disciplinas que se encontraban en aras de su formalización.

Las revistas más importantes referentes al ámbito americano fueron el *Journal of the Anthropological Institute* de Londres (fundado en 1869), la *Revue d' Anthropologie de París* (fundada en 1872) y finalmente, el inicio en 1872 del *Zeitschrift für Ethnologie* editado en Berlín. Estos tres medios impresos precedieron en conjunto a la conformación del Congreso Internacional de Americanistas, que más bien fue la culminación de asociaciones que ya estaban funcionando en cada uno de estos países, situación que era uno de los principales orgullos a la hora de la inauguración. Estaban la *Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland* (1871); *Société d'Anthropologie de Paris* (1869), y la *Deutsche Gesellschaft für Ethnologie, Anthropologie und Urgeschichte* (1869), respectivamente:

Enfocándonos sobre la América actual ustedes agruparían inmediatamente a vuestra obra un gran número de Americanos (...) por lo tanto es necesario dar a conocer nuestro estado social, nuestras instituciones, nuestras leyes y nuestra moralidad.¹⁸⁹

Igualmente, la publicación de revistas sirvió para familiarizar y difundir la creación de conceptos y métodos que separaría el objeto de estudio en distintas corrientes discursivas. América fue delimitada entre estos artículos en un ente cuya realidad se debía aprehender a partir de disciplinas especializadas. Ya no era posible hablar de la naturaleza geográfica y la de sus habitantes como los dos móviles que impulsaban el conocimiento americano; “la naturaleza de sus habitantes” sería investigada en términos cuantitativos enmarcados principalmente por la Antropología Física, particularmente interesada en dos temas.

¹⁸⁸ Benoit Massin citado en Mónica Quijada, “América Latina en revistas europeas de antropología desde los inicios hasta 1880. De la presencia temática a la participación académica”. En *Revista de Indias*, 2005, vol. LXV, núm 234, p. 321

¹⁸⁹ Juan Comas, *op. cit.*, p. 16

El primero, tenía que ver con el estudio del género humano y su división biologicista en *razas*, dejando atrás las categorizaciones de “amigos” o “enemigos”; “bárbaros”, “salvajes” y “caníbales” (aunque muchos de los juicios de valor atribuidos a estos términos seguirían perviviendo bajo el halo exculpado del evolucionismo); el segundo tema trataba de averiguar por los orígenes de la humanidad y la cuestión sobre la unicidad o no del género humano. La preocupación sobre los orígenes de la humanidad vendría muchas veces de la mano con el problema de la constitución física de las poblaciones y su distribución en el espacio que era motivada por los descubrimientos aún nuevos que se estaban haciendo en la esfera terrestre y aún en Europa,¹⁹⁰ tomando como principal justificación por este giro hacia el análisis “físico” la confiabilidad que proveían los datos cuantitativos emanados de un “método científico” que no dejase lugar a dudas:

Para dar a los conocimientos americanos todo su desarrollo científico, lo que es necesario hoy en día es la adopción de un método riguroso, un estudio sincero de textos y de monumentos, el renunciamiento a todas las hipótesis fantasiosas que podrían comprometer el éxito de nuestro estudio y dañar su consideración.¹⁹¹

Sobre este propósito sorprende entonces la cantidad de ponencias dedicadas a ligar a los pueblos americanos con orígenes en las civilizaciones del Viejo Mundo, ya fuesen reales o imaginarios, tales como los atlántidos, chinos, japoneses, vascos, etc. aún cuando el reclamo por dejar de lado tal tema se ponía nuevamente sobre la mesa en el congreso celebrado en Berlín:

Este es el tercer Congreso de Americanistas en el cual tuve el honor de asistir y en las tres sesiones que han tenido lugar siempre he visto poner la misma cuestión sobre el tapete(...) La cuestión del diluvio no entra en la Competencia del Congreso actual(...) y por consiguiente no deberíamos ocuparnos de ese.

Estoy en el órgano de todos los americanistas que desean que nuestro Congreso no se pierda y se quede a la altura de su misión, diciendo que es necesario descartar todas las hipótesis etruscas y fenicias que son fantasías del siglo XVIII(...) Estudiamos a la América en sí misma. Esta es una tarea difícil, pero dejamos todas estas leyendas, todos estos relatos de los cuales se alimentaban los siglos anteriores, mientras que la cuestión no era propuesta como en nuestro Congreso. Mientras que no teníamos el método y el espíritu científico que poseemos hoy en día.¹⁹²

Sin embargo, el tema de las teorías poligenistas y monogenistas se estuvo transformando y resignificando a lo largo de los primeros Congresos de Americanistas;

¹⁹⁰ Mónica Quijada, *op.cit.*, p.327

¹⁹¹ Comas, *op.cit.*, p.16

¹⁹² *ibid.*

la discusión que más se encuentra es sobre la aceptación o rechazo de las teorías evolucionistas en su concepción darwinista.

Las leyes y potencialidades de la naturaleza humana son las que más atrajeron la atención. William Robertson dejó muy claro el objetivo, diciendo que “para completar la historia de la mente humana, y comprender perfectamente su naturaleza y operaciones, debemos contemplar al hombre en todas aquellas variadas situaciones en las que él haya sido ubicado, y seguirlo en su progreso a través de las distintas etapas de la sociedad.”¹⁹³

La recepción de dichas teorías tuvo sin lugar a dudas un carácter nacional que distinguió los tonos entre los países de Europa. En Alemania el debate entre los defensores de las ideas antropológicas -que hacían más énfasis en los aspectos físicos y raciales de la disciplina- y las etnológicas -cuyo acento se ponía en la historia “cultural” del hombre-, separaba a la comunidad entre los primeros, de tinte más conservador, y quienes en general estaban más permeados por las ideas liberales del siglo XIX.

La historia cultural en Alemania tenía ya una larga tradición anclada en el cultivo a la personalidad. Normalmente para hablar del desarrollo y acumulación de las capacidades humanas no se hablaba de “civilización” si no de “cultura”. Esta palabra se relacionaba directamente con el sentido más metafórico sobre el culto a la personalidad: creían en la individualidad, en el progreso; priorizando las jerarquías culturales sobre las raciales. Tal fue la teoría de Rudolf Virchow con los Masai¹⁹⁴. La idea de civilización heredada por Herder, se incorporó al lenguaje alemán como una reacción en contra del imperialismo cultural de la ilustración francesa, y expresaba la tensa relación histórica entre los proyectos históricos de estos dos países; en palabras de Lord Acton, la reacción en contra del racionalismo volvió “*the ages of faith and imagination a defense from the age of reason*”.¹⁹⁵

Sin embargo, todavía antes de que llegara el siglo XX ambas corrientes convivían igualmente junto con aquellas que se centraban más en los objetos producidos por las

¹⁹³ George Stocking, *Victorian Anthropology*, The Free Press, New York, 1987, p. 16

¹⁹⁴ Massin en Monica Quijada, *op.cit.* p. 322

¹⁹⁵ Las ideas de Herder eran mucho más plurales, relativistas e historicistas que las de los franceses o escoceses. Enfatizaba la variedad de los caracteres nacionales, viendo a cada uno como el resultado único de una experiencia y circunstancia histórica, comprendidas en su propia mitología, que a su vez era la expresión religiosa, estética y ética que caracterizaba al *Volkgeist*. Otro de los rubros en los que se percibe el espíritu historicista combinado con estrictas demarcaciones de método que diferenciaban distintas tradiciones en disciplinas especializadas, tienen que ver con el desarrollo de la filología comparativa que la combinaba con el método histórico. El objetivo era quitar el pensamiento “habitual” o “común” a través de estudios críticos y filológicos, en donde las cosas que aparentemente tenían ideas familiares tenían significados distintos. Por lo tanto en la esfera de la actividad espiritual humana, el conocimiento se trataba de la formulación de leyes generales que no perdieran de vista el proceso del entendimiento. En este proceso se percibe la clara diferenciación entre las ciencias naturales *Natur-* y las del espíritu, *Geisteswissenschaften*. Stocking, George Stocking, *op.cit.*

culturas de los países exóticos, tales como la arqueología, y más adelante la epigrafía o paleontología, o ciencias que caerían en total descrédito como la craneología¹⁹⁶.

Los estudios craneométricos fueron uno de los temas principales de interés, a través del análisis de los “ejemplares” llevados de América a Europa por viajeros o por los envíos desde nuestra tierras por gente interesada en el tema (como la remesa de cráneos hechas por el cónsul alemán en Panamá)¹⁹⁷ Rudolf Virchow, el fundador de la *Berliner Gesellschaft für Ethnologie, Anthropologie und Urgeschichte* (Sociedad de Berlín de Etnología, Antropología e Historia Antigua) sería el principal estudioso de estos cráneos.

Resulta que a partir de un informe que Virchow redactó hablando sobre dichos cráneos, le empezaron a “llover” cráneos provenientes de todos lados. Unos de sus principales corresponsales fue Moreno, quien tuvo la iniciativa de reunir cráneos antiguos y mandárselos para su estudio, opinando que éste debía ser un ejemplo seguido por científicos de América y otras partes del mundo. Tal acción lo llevó a su nombramiento en 1878 como socio correspondiente de la Sociedad Berlinese de Etnografía, Antropología e Historia Antigua. Después de unos años, las contribuciones de Moreno serían incluso publicadas en el *Zeitschrift*.

En la imitación le siguió la acción de otros sujetos interesados en el tema, tales como Andrés Lama de Argentina, José Melgar y Serrano de México, Philippi desde Santiago de Chile y también por Don Pedro de Alcántara, Emperador del Brasil; además de gente menos famosa que ostentaba cargos público tanto de la administración alemana pero también de la francesa.

La combinación de materias también se daba en el sentido inverso: El auge del orientalismo había precedido al del americanismo y desde 1784 se había conformado la *Asiatick Society of Bengal* que periódicamente publicaba algunos textos basados en los avances filológicos del persa antiguo y sánscrito, a la vez que los enmarcaba en un discurso bíblico donde se hablaba de razas dispersas por todo el mundo, provenientes de

¹⁹⁶ La craneología era vislumbrada como la forma objetiva, científica y desmitificada de poder leer la historia. Las medidas de la capacidad craneana podían arrojar datos sobre migraciones, capacidades culturales, y otros pormenores que se alejaban de las infértiles discusiones de las humanidades. Adjuntamos una reseña sobre una conferencia donde se expone este tipo de pensamiento, por el alemán John Becker; dada en el Segundo Congreso Internacional de Americanistas, en Louxemburgo en el año de 1877. Ver apéndice 1. *Compte Rendu du IIe Congres International des Americanistes, Luxemburg, 1877*, pp. 325-351

¹⁹⁷ Mónica Quijada, *op.cit.*, p. 325

la familia de Noé, cuyas culturas habían presenciado la revelación monoteísta primitiva pero que gradualmente habían degenerado hacia el politeísmo.¹⁹⁸

A pesar de que los alemanes tenían menos interés que los franceses en el debate de los orígenes de la humanidad, en 1877, Rudolf Virchow hablaba en los Congresos sobre la existencia del hombre durante el período diluvial en el norte de Alemania; pervirtiendo el supuesto espíritu en contra de tendencias nacionales y religiosas que se había planteado en los objetivos de los primeros años:

No estamos aquí reunidos para hacer teología, sino también y exclusivamente tratar de ciencia. Aceptamos o rechazamos los hechos enunciados según los juzguemos verdaderos o falsos pero nos abstenemos de protestar. En un Congreso científico, se debate y no se protesta en nombre de una doctrina religiosa o de una nacionalidad.¹⁹⁹

También dijo que los cráneos neandertales no eran otra cosa más que fósiles con deformaciones de origen patológico.

A pesar de estas interferencias tanto científicas como idiosincráticas en el ámbito nacional de la conformación del objeto de estudio americano, para 1872 según George Stocking ya se habían cerrado por lo menos los debates correspondientes a tres temas: la antigüedad del hombre, su origen monogénico y el carácter progresivo del avance de la civilización. La tendencia a abandonar tales debates había sido ya expresada en el Congreso:

Dejar la ciencia seria y arrancar la fantasía sería la gloria del Congreso de Nancy (...) nuestro deber es establecer, por fin contra los aficionados que hasta ahora han infestado el dominio del americanismo, un método. Toda hipótesis que no se apoye sobre pruebas verdaderas, no tienen algún valor científico (...) No admitimos ni la autoctonía ni la no autoctonía de las razas americanas, porque en hechos de ciencia no se hacen afirmaciones sin pruebas.²⁰⁰

Curiosamente la revisión de los títulos de las ponencias y de las revistas, tanto por parte de europeos como de latinoamericanos que se integraban a los debates de los congresos, en sus propios términos, aún vemos que persisten estas tres líneas de investigación como motores de la actividad de la americanística.

La participación de latinoamericanos debe ser señalada necesariamente como una presencia que se fue poco a poco afianzando a partir del rechazo. En general había una tendencia discriminatoria hacia la inclusión de participantes latinoamericanos, por el camino de guerras civiles y desórdenes generales que seguía la historia en esos países. Esta exclusión tiene que ver tal vez con el propio origen de la ciencia americanística que

¹⁹⁸ George Stocking, *op.cit.*, p. 22

¹⁹⁹ Comas, *op.cit.*, p. 15

²⁰⁰ Juan Comas, *op.cit.*, p.17

se relaciona fuertemente con las situaciones y contactos generados a través de la expansión colonial; según Stocking “el surgimiento de la antropología como ciencia no puede separarse de la expansión imperial y del ‘autoasumido poder y obligación de tutelar a las poblaciones incivilizadas de piel oscura’”²⁰¹ (la corriente de interpretación que se le opone, favorece la opinión de la antropología y las “ciencias del hombre” como resultado del objetivo del conocimiento científico de las propias poblaciones).

De cualquier forma, el ambiente bajo el que se desarrollaba la profesionalización de las ciencias, estaba cargado aún a inicios del siglo XX de fuertes prejuicios raciales contra las capacidades de los estudiosos provenientes de los países exóticos. Más allá de la deleznable y difundida práctica de trasladar al museo de Berlín (y en general a toda Europa) contingentes de los llamados “grupos primitivos” que eran mostrados en las exposiciones universales, la revista de antropología señalaba la presencia de “razas exóticas”: “el término ‘razas exóticas’ estaba, claro está, usado de manera irónica. Y la revista nombraba en particular a estudiantes japoneses, peruanos y brasileños; pero también –agregaba– a negros “de pelo lanudo” (*au poil lanu*)”.²⁰²

Por el contrario es fácil hallar textos que provengan de europeos residentes en países latinoamericanos; por ejemplo Adolf Ernst, profesor de Ciencias Naturales en Hamburgo, quien se mudó a Caracas en 1861 comisionado por el gobierno alemán; Rudolf Armand Philippi desde 1851 residente en Santiago de Chile, Hermann Burmeister establecido en Buenos Aires a partir de 1861 y por supuesto Edward Seler, quien fue curador del *Völkerkunde Museum* de Berlín. Sus estudios de ciencia natural y filología lo trajeron a México y Guatemala, junto con su esposa, Caecilie Seler-Sachs con la que realizó seis temporadas de campo en estos países entre los años de 1887 y 1911, adquiriendo la asombrosa cantidad de 13,000 objetos para el museo. Su trabajo fue presentado en los primeros dos congresos de americanistas realizados en Berlín; que sucedieron en 1888, 1904 y posteriormente en 1930 y 1968.

Otro notable ejemplo de estos intercambios, o en palabras de Sandra Carreras de estas “vidas académicas en contactos transoceánicos” fue el del ya varias veces mencionado Robert Lehmann Nitsche.²⁰³ La mayoría de estos personajes alemanes eran médicos,

²⁰¹ Stocking. *op.cit.*, p. 327

²⁰² Quijada, Mónica, *op.cit.*, p. 329

²⁰³ Además de la emigración de numerosos científicos (químicos, físicos, geólogos, etc.) alemanes la autora destaca la política casi programática de contratar alemanes en los recién formados institutos. Por ejemplo, a partir de su creación en 1884, el Museo de La Plata contrató mayoritariamente científicos extranjeros entre los que se encontraba Robert Lehmann Nitsche quien se estableció allí en 1897 como jefe de la sección de Antropología. Después de la fundación de la Universidad de La Plata en 1909, el

naturalistas y arqueólogos, y ejercieron la docencia primero en Alemania y después en los países latinoamericanos a los que llegaron, donde muchos de ellos murieron; además que todos fueron directores de museos dedicados a la Historia Natural en los respectivos países de América en los que se instalaron. En general mantuvieron su vínculo con la sociedad antropológica de Berlín, y estuvieron publicando sus trabajos a título de la academia alemana durante los congresos de americanistas.

El primer Congreso habido en Berlín, retrata la volatilidad de dicha comunidad científica; así como al primer congreso de americanistas no había habido presencia de alemanes (quienes empiezan a acudir desde el segundo), para cuando se da la primera sede en su país ya hay entre la lista de invitados más de 300 miembros. La publicación de las ponencias supera por primera vez un tomo, editando dos volúmenes de cuatrocientas y tantas páginas dedicadas a probar la solidez que había tenido el estudio de América en este país. Evidentemente, la larga lista de condes y barones invitados, más el esfuerzo por dejar constancia de absolutamente todas las actividades que se desarrollaron en el Congreso a través de la publicación, nos hablan de cierto exceso en las formas de dicha reunión.

En los volúmenes editados del Congreso nos llama la atención que se exponen tanto artículos de investigación en sí mismos, como los debates que se generaban a partir de las ponencias. Hablan del esfuerzo por reforzar un debate *in situ*, de la importancia que tenía la acción expositiva de la investigación, y del grado de cohesión de la comunidad a partir de la intensidad de los debates, que con el engrosamiento paulatino de los tomos se fueron suprimiendo. También se incluyen otros aportes como la bibliografía de reciente aparición, así como los eventos que podríamos llamar de tipo museográfico. Aquí se hablaba de tal o cual pieza que hubiera sido descubierta recientemente, en el marco de los grandes descubrimientos arqueológicos del siglo XIX (hechos al principio sin ningún miramiento del lugar del que fueron extraídos o de averiguación sobre su fecha de origen), desde donde se relocaliza la actividad de ciertos americanistas famosos como Edward Seler o Caecile Sachs.

Museo asumió tareas docentes propias de una facultad, para cuyo cumplimiento fueron contratados más profesores alemanes. Hacia la misma época se creó en la misma ciudad un Instituto de Física cuya dirección fue, una vez más, confiada a científicos alemanes. Sandra Carreras, "Historia de una migración peculiar: vidas académicas entre Alemania y Argentina (1870-1930)" En Wehr, Ingrid (ed): *Un continente en movimiento. Migraciones en América Latina*. Frankfurt am Main: Vervuert/Madrid: Iberoamericana, 2006.

Por último se incluyen también pequeñas reseñas sobre actividades recreativas que ofrecía el país sede, que podían ser tanto conciertos de música como visitas a zonas arqueológicas, comidas en honor de tal o cual persona, etc.

En las exposiciones se denota el afán por explorar tierras incógnitas y entrar en contacto con grupos culturalmente ajenos, de ahí que al principio de los Congresos se hablara de Perú con la misma facilidad que la India o la China. Desde esta óptica, no se dejaron de incluir reseñas de viajeros que, como hemos visto, habían constituido precisamente el antecedente de esta actividad de intelección.

El idioma en que se publican los tomos correspondientes a las memorias en Berlin es el alemán. El francés había sido proclamado el idioma oficial de los Congresos, pero paulatinamente se fue abriendo la posibilidad de exponer en otros idiomas, lo que también fue tema de debate en las mesas redondas. Sin embargo ha sido justamente la barrera lingüística que representa el idioma alemán lo que ha impedido muchas veces la difusión de los trabajos que se hacen en este país. En algunos volúmenes vemos el esfuerzo de escribir las principales cuestiones en varios idiomas, sobretodo en lo referente a las bienvenidas, invitaciones a cenas, y las clausuras. Sin embargo, a pesar de que incluso el español se incluye en estos pasajes, resulta difícil poder abarcar la comprensión de la totalidad de las exposiciones.

Para las investigaciones, en ocasiones se daba la asociación del “científico de gabinete” con viajeros y aventureros que le proveían constantemente de datos frescos para sus pesquisas. Adolf Bastian, el propio fundador del *Zeitschrift* incluyó en su publicación algunas reseñas que habían sido de interés para la época, tales como el viaje de George Chaworth Musters en el año de 1872 quien a su vez había ya publicado en el *Journal* en un informe hecho ante el *Royal Anthropological Institute*. Su trabajo, “On the races of Patagonia”, era de especial interés visto que hablaba de una estancia de un año entre la tribu patagónica de los tehuelches. En general sin embargo, no se hacían muchas publicaciones sobre trabajos que no se hubieran hecho por integrantes del propio país de origen.

El estudio de las “antigüedades” en cambio, aparece dividido en dos grandes vertientes. En primera instancia, como referencias a la arqueología y prehistoria de una región específica, y por otra como acotaciones especiales a casos americanos dentro de trabajos que hablasen de mitologías comparadas, culturas comparadas o prácticas rituales, canciones y otros (como las coleccionadas por Lehmann Nitsche y posteriormente

publicadas en la Revista del Museo de la Plata). El contexto de los estudios comparativos tiene el afán de estudiar cómo eran los grupos humanos, tanto en la antigüedad de sus restos físicos como en sus tradiciones. De cierta forma los analiza como si fueran formas fósiles de estadios culturales y físicos de etapas predecesoras de la evolución cultural humana, con el objetivo, finalmente, de completar el cuadro de la historia universal demostrando las etapas por las que el hombre europeo había alguna vez pasado.

La percepción de la naturaleza americana por parte de los primeros americanistas, su interés por el descubrimiento del hombre americano, el estudio de las fuentes a través de hallazgos arqueológicos y textuales, ancla sus raíces en el deseo de *objetivar* el conocimiento sobre América que encuentra sus primeras vertientes en el racionalismo del siglo XVIII y a través del desarrollo propio de la historia la universidad alemana.

Preocupaba sobretodo, la constitución de una ciencia que se pudiese respetar por sus propios aportes científicos, de tal manera se trataba de descartar cualquier opinión que la alejase de este paraíso metódico:

Lo que queda fuera de duda es que el periodo anterior es para nosotros como un océano de hipótesis donde flotamos según la fantasía (...) Las hipótesis! Ellas han surgido en Nancy, siguen surgiendo en Luxemburgo, temo que surjan otras a lo largo de la tercera sesión (...) Pido entonces, si me lo permiten que nuestro Congreso sea partidario de restringir los estudios nacientes de Americanismo a las cuestiones en las cuales se puede ver claramente o que por lo menos sean abordables a la crítica (...) Antes que nada, Señores, seamos escépticos y muy escépticos sobre las teorías que nos han expuesto en las Memorias cuya lectura nos han dado. No me corresponde criticar esos trabajos, pero me permito decir que estos trabajos no engloban en su mayoría más que solamente hipótesis relativamente verificadas. No es que yo intente negar de manera absoluta la utilidad de las hipótesis pero en una ciencia tan reciente como la nuestra importa sobretodo, establecer las bases sobre las cuales sea posible elevar cualquier cosa durable.²⁰⁴

Pudimos observar que los temas versaban desde los estudios antropométricos sobre fósiles o individuos vivos hasta los posibles orígenes en la Atlántida de la población americana. Las anotaciones incluyen trabajos hechos *in situ* de europeos que vivían en Sudamérica y mantenían su red de contactos con sociedades científicas, así como el propio traslado de poblaciones indígenas al escenario europeo para las exposiciones universales (como los estudios que hace Virchow sobre araucanos y esquimales trasladados a Berlín).

²⁰⁴ Comas, Juan, *ibid.*

No debemos olvidar que la vinculación a los cráneos con la idea de una “raza primitiva” se inscribía dentro de la idea evolucionista que pretendía leer en América los pasos que habían sido recorridos en Europa. La articulación de teorías que confrontaban grupos “primitivos” dentro del propio espacio americano y la elaboración de teorías sobre los supuestos orígenes de la humanidad tendrían también la competencia de retener a los estudiosos en su delimitación geográfica con el “descubrimiento” de otros pueblos como los que se hallaban dispersos por el mapa asiático o más recientemente, por los aborígenes australianos,

Los estudiosos latinoamericanos se insertarían en este tipo de debates antropológicos adoptando muchos de los vicios envueltos en la obsesiva búsqueda por el origen del hombre. Desde aquí se puede comprender el intento de Florentino Ameghino por encontrar en la Argentina el paraje en donde supuestamente se encontraba el hombre más antiguo del que descendía toda la humanidad. Lo cierto es que estos espacios de debate eran espacios jerarquizados, desde donde se organizaban los intereses científicos inscritos dentro de políticas nacionales que daban mayor difusión a tal o cual tema dependiendo de la tradición histórica y cultural en la que se desenvolvía el estudio por lo americano.

La tradición filosófica que desembocaría en este proceso, tenía ya un camino recorrido en cuanto a las deliberaciones sobre el lugar que le correspondía a América en el espacio de construcción humana. El americanismo de estos años, que íntimamente se corresponde a la conformación de la antropología como una disciplina científica e institucionalizada, introdujo una nueva idea de acercamiento y traducción de “lo americano”, cuya recepción en nuestros días se ha hecho casi exclusivamente en términos de la discusión teórica sobre la base de los aportes alemanes a la profesionalización de tal disciplina, dejando de lado la exploración que se pregunta por la recepción y retransmisión de dicha visión sobre América.

La literatura que se maneja sobre el tema tiende a hacer énfasis sobre la contraposición que representaron las distintas corrientes antropológicas, dependiendo de las realidades nacionales de los países que las producían y, me parece, en su gran mayoría evitan hacer una crítica -entendida esta como revisión y comprensión de constitución- del paradigma científico que en el caso de Alemania, por ejemplo, tuvo gran influencia en la profesionalización de la antropología nacional. Consideramos que es necesaria una revalorización de las teorías americanistas alemanas del período mencionado para integrar a su análisis la permeabilidad que tuvieron las ideas racionalistas previas y

comprender la manera en que desde esta particular visión del hombre americano se constituye una nueva idea de América.

A MANERA DE EPÍLOGO:

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS LATINOAMERICANOS EN TIEMPOS DEL NAZISMO. LA DISCUSIÓN SOBRE LA RAZA

El camino de la institucionalización de las ciencias consagraría las disciplinas expuestas en el Congreso Internacional de Americanistas a su propio espacio de desarrollo científico, inscritas en una institucionalidad que les proveería la legitimidad del método y la forma en la que veían a su objeto de estudio. Para que la idea de América funcionara nuevamente como un ente amalgamador que impulsaba el conocimiento sobre sí misma, habría que esperar a los intereses políticos generados alrededor de las guerras mundiales, que trataban de tomar para sí de manera explícita el conocimiento del ahora llamado “tercer mundo”.

En Alemania, esta historia tuvo que ver con el uso político que se le pudo dar a un gran acervo bibliográfico derivado de los desvelos de uno de los americanistas argentinos emigrados a Alemania, Ernesto Quesada. En esta medida se creó un instituto que tomara la labor de utilizar en la política pública el conocimiento acumulado sobre la América Latina, y aunque no había sido el primer experimento a tal efecto, sí fue el único que logró sobrevivir gracias al importante lugar que logró tomar en las posturas ideológicas propugnadas por el nazismo.

El *Ibero-Amerikanisches Institut* (IAI) fue fundado en la ciudad de Berlín el 12 de octubre de 1930, enarbolando la celebración de lo que sería llamado “Fiesta de la Raza” –la versión alemana del “Día de la Raza”– con un discurso que se colocaría pocos años después, con el ascenso del nazismo en el centro del debate político de la producción cultural franquista para América Latina, reflejando la ambición española de recuperar la hegemonía cultural sobre lo que alguna vez fueron sus colonias americanas. Las discusiones acerca de la política cultural fascista hacia América Latina, plagadas de mitos y apologías, son reflejo de las tensiones en las cuales el *modus operandi* de esta efeméride del Hispanismo se constituyó en un esfuerzo de resignificación en la dimensión simbólica e iconográfica de un discurso ideológico, que combinado al diseño e implementación de acciones políticas “reales”, posibilitó un efectivo juego de poder en la esfera simbólica de la política.

Que la apropiación institucional de la *idea de América* fuera un “terreno en disputa” en tiempos de la división geoestratégica multipolar, se evidencia echando un vistazo a

otros experimentos del mismo género: el 14 de abril de 1931 se instaura por iniciativa norteamericana el “Día del Panamericanismo”, la contraparte simbólica del *Día de La Raza*; mientras que en la Italia fascista resalta también la importancia con la que el 12 de octubre se celebra el “Día de Colón” con un acto público en el Capitolio y otorgando el día festivo en las escuelas. La reelaboración del discurso de la Hispanidad va más allá y se adapta al contexto histórico del lugar y momento, como la conmemoración en Perú en esa misma fecha pero de 1941 de los 400 años de la muerte de quien fue entronizado como el fundador del mito de la *peruanidad* a través de la unión de dos razas, la importación del idioma español y la religión católica: Francisco Pizarro, “el más español de todos los españoles” en las nostálgicas palabras del presidente Manuel Prado y Ugarteche. Atizando las inconformidades por la actuación de Estados Unidos en el conflicto fronterizo peruano-ecuatoriano, se pronuncia muy al estilo de las élites conservadoras latinoamericanas en contra del “ilusorio panamericanismo”, al que descalifica por no ampararse bajo la legitimidad de algún fundamento racial y ni siquiera compartir una comunidad lingüística o literaria con el Perú. Hasta nuestros días llegó el entusiasmo de algunos círculos conservadores por la celebración del V Centenario del *descubrimiento* de América. Es decir, son muchas las instancias bajo las que opera históricamente el simbolismo político, y el caso de la fundación del IAI es un reflejo del proceso político e ideológico entre la matriz histórica de la *Hispanidad*, el *Panamericanismo*, el *Deutschtum* o “deber ser” de la germanicidad, e inclusive, del viejo proyecto del *Panlatinismo* francés.

Si tenemos en cuenta que *nombrar* es enunciar y particularizar la configuración de un proceso histórico, entenderemos por qué la propaganda del NSDAP (el partido nacionalsocialista) hizo énfasis en la adopción del término *Iberoamérica* aún entre los escolares, en abierto rechazo a la *América Latina* que se vislumbraba como el parangón de la política cultural positivista del imperialismo francés. En este sentido, el IAI subrayaba su rol como herramienta de la relación *espiritual* entre Alemania y América. Aún el argentino Ernesto Quesada (1858-1934),²⁰⁵ con cuyo profuso acervo

²⁰⁵ El calificado de “germanófilo” Ernesto Quesada heredó la colección de su padre Vicente Quesada. Ernesto había asistido en Dresden al *Gymnasium*, una especie de preparatoria con énfasis curricular en las humanidades, en sus adscripciones más clásicas. A través del contacto logrado por su mujer, Leonore Dieters, mantiene una importante correspondencia con Oswald Spengler, que va desde 1921 a 1936, donde discuten y replantean los conceptos del filósofo alemán expuestos en *La sociología relativista*, libro del que Quesada realizaría la primera traducción al castellano y que serían la fuente de los tópicos que impartiría en la Universidad de Buenos Aires. Después de la donación, Quesada es nombrado Profesor Honorario de la Berliner Friedrich-Wilhelm Universität, primer latinoamericano –y agregamos,

bibliotecario de 81,776 libros se constituyó la colección principal del IAI, manifestó su discrepancia con este criterio en el significativo momento en que tenía lugar su donación al *Preussischer Kulturbesitz*.²⁰⁶ Para Quesada, la acepción del *Iberoamericanismo* renunciaba a la posibilidad de una autonomía cultural: “Nosotros los Latinoamericanos no queremos ser ni Anglosajones ni Ibéricos. No queremos estar en la cuerda floja; creemos que tenemos el derecho a desarrollar nuestra propia cultura latinoamericana”.²⁰⁷ Su postura, un tanto ambivalente, se inscribe dentro de un macroproceso en la historia intelectual latinoamericana que abarca desde finales del siglo XIX hasta la primera mitad del XX, de lucha por el posicionamiento de *Nuestra América* como un sujeto histórico y no como un simple objeto de confrontación entre imperialismos.

El pensamiento de Quesada no se encuentra exento de algunas contradicciones: ya desde 1918 enaltecía el valor de la *unidad* que la colonización española trajo a América, en tanto que posibilitó su homogenización política, social y lingüística, legitimando la historia de un *pasado común*.²⁰⁸ El jurista argentino revaloriza la historia de la conformación de las naciones independientes en términos naturalistas, *dados*, pues nombra a España como la *Madre Patria* que dio nacimiento a sus *hijas* hispanoamericanas. Su visión histórica –más de continuidades que de rupturas–, va más allá y elabora una propuesta de construcción económica a partir de la matriz cultural existente, en tanto que plantea el estrechamiento de las relaciones comerciales a partir de la revalorización de “*lo español*”. Sin embargo, al no ver cuajado el trasfondo

latinoamericanista– en recibir ese cargo. Sobre la historia de la universidad alemana durante el siglo XIX y la posición social del intelectual, véase RINGER, *Ocaso*, 1995.

²⁰⁶ Además de la donación de los Quesada en 1927, empaquetada en 616 cajas y con más de 32 mil títulos correspondientes exclusivamente a América Latina, el acervo del IAI se completó en primera instancia con una donación documental del presidente mexicano Plutarco Elías Calles y con los restos de la biblioteca de la Universidad de Bonn, que a su vez había sido conformada con ayuda del cónsul de Brasil, Otto Mattheis. Posteriormente, durante la dirección del Dr. Hans Joachim Bock, el IAI amplió su ya magnífica colección documental, contribuyendo a la afirmación cultural de la Alemania Occidental frente a la República Democrática Alemana y realizando importantes adquisiciones en el exterior, como el fondo Lehman Nitsche, el cual contiene registros fonéticos de lenguas indígenas de Argentina y otros países latinoamericanos, muchas de ellas ya extintas. Actualmente el IAI contiene una de las bibliotecas especializadas más grandes de Europa, aunque su historia no ha estado exenta de crisis políticas y replanteamientos institucionales. Sobre la historia moderna del IAI, véase el sitio www.iai.spk-berlin.de

²⁰⁷ Ernesto Quesada, citado en BARTELT, “Rassismus”, 2003, p 72.

²⁰⁸ Historia distinta y contrapuesta a la tesis boltoniana, que en la década de los treinta promulga la existencia de *una América*, uniendo en el *Panamericanismo* las tradiciones sajona y española. Ambas tradiciones sin embargo (la panhispanista y la panamericanista), operan bajo la construcción de binomios que, a nivel del imaginario cultural, nos obligan al mecanismo de elección/discriminación.

cultural en el diseño de proyectos económicos, reclama: “este movimiento ideológico aún no ha tomado una orientación práctica y positiva”.²⁰⁹

La asimilación de la *otredad* latinoamericana desde la Alemania nacionalsocialista también se da en términos de su acercamiento con la *Nación Hispana*, recreación mítica de una nación espiritual que comparte tradiciones, creencias, idioma, y que cuenta con su propio *Lebensraum* (o “espacio vital”), cuyo sujeto histórico es la *Raza Hispánica*. Potenciar la apropiación *del otro* en términos raciales, y sobretodo a través de las ideas panhispanistas, significó traer a España de vuelta a América Latina como inamovible trasfondo mental, cultural y político. Esto se tradujo, por ejemplo, en que a lo largo de la actividad propagandística del IAI se encontraran referencias a las guerras de independencia como un proceso natural de las relaciones adulto/niño, cuyas sensaciones dolorosas se deben resistir “para no tocar los inquebrantables lazos existentes entre los miembros de una familia”; la obra de colonización no era asumida como un conflicto histórico en movimiento, sino en clave de un hecho apologético cuya heroicidad y gloria se resaltaba.

Pero la conceptualización que habilitaría el paradigma racial como la unión lógica y natural entre la política cultural del franquismo y la del nacionalsocialismo, proveyó un reto tanto político como ideológico. En Alemania, la *Rasse* se entendía en la acepción moderna del término que conformaba una tradición en Europa a través de Gobineau y del darwinismo social; se postulaba una relación directa entre la expresión fenotípica del gen de un determinado grupo social y su capacidad de expresión cultural. Es decir que la *Kultur*, estaba determinada de manera natural por una clasificación biológica. El “deber ser” de la *Rasse* estaba determinado por su pureza y por la misión histórica que estaba llamada a cumplir; por otro lado, la mezcla con otras razas mostraba su adscripción pesimista, pues de suceder tal cosa, la *raza aria* estaría destinada a desaparecer. El conocido resultado del dominio social legitimado en este determinismo natural vio su más alta expresión en la constitución de un Estado asesino que llevó al exterminio –a través de la idea de la “sanitización del pueblo”– de los grupos sociales que se salieran del paradigma de pureza de la *Rasse*.

Por ello hubo necesidad de construir una pedagogía de la *Raza* hacia el público y para los funcionarios alemanes. Las explicaciones buscaban establecer analogías y comparaciones entre la realidad racista del NSDAP y la ideología franquista. España era

²⁰⁹ QUESADA, “Día”, 1918, p. 8.

la *Madre Patria* de los pueblos hispanoamericanos y Alemania era su *tío de sangre*. Los periódicos del 12 de octubre pidieron en alguna ocasión “no entender el *Día de la Raza* en el sentido alemán”. Y pues claro, surgían contradicciones conceptuales como que la *Raza Hispánica* estaba conformada por un sinnúmero de pueblos con una variedad asombrosa de fenotipos: la *Raza* abarcaba a indios, negros, mestizos, blancos, y se contraponía al ideal de homogeneidad y pureza del nacionalsocialismo. Porque la *Raza* franquista no era un concepto biológico, sino histórico, y esta tolerancia de la mezcla de razas reflejaba su tendencia “anexionista” para la conformación de un gran *Cuerpo Nacional*. Además contenía una visión optimista, en la medida que propugnaba que el espíritu de la *Hispanidad* sobrevivía al mestizaje (recordemos el caso de Pizarro), ya que su definición se daba en términos *culturales*, con las categorías centrales de idioma, religión, tradición e historia. Saltaba también a la vista del público alemán que la existencia de una gran Nación Hispanoamericana no implicara su organización direccionada bajo un único aparato estatal.

A lo largo del tiempo, el problema discursivo de la Raza se envolvió en un proceso de constante discusión donde se redondeaban sus significaciones; se hacía énfasis por ejemplo en que 1492 era el año de parteaguas en la política española antisemita, con la exclusión física y jurídica de todos los judíos y moros de sus territorios. También se utilizaron otros recursos retóricos, como el empleo de sinónimos que aminoraran las evidentes tensiones conceptuales. Es así que en 1934, el Ministro de Relaciones Exteriores alemán en la Fiesta de la Raza habla de “millones de hermanos de la raíz iberoamericana” (*stammesbrüder*); en otra ocasión se habla de los “pueblos iberoamericanos”. El colmo de la sorpresa para varios ideólogos del nacionalsocialismo fue cuando descubrieron en algunos países latinoamericanos la usanza del concepto idealista de la *Raza*, no sólo con un uso nacionalista, si no también al centro de varios proyectos multiétnicos.

El panorama de recepción de la propaganda producida por el IAI, estuvo determinado en todos los casos por el momento histórico del juego político en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, pero también por las coyunturas políticas al interior de cada país. El acercamiento del *Iberoamerikanisches Institut* para planear una estrategia y dirigirse a las cúpulas ultraconservadoras de América Latina, tuvo varios intentos de contacto. El mismo director del instituto, el general Wilhelm Faupel, operó como consejero militar en dictaduras latinoamericanas durante la década de los veinte, al igual que se desempeñó como profesor en la Academia de Guerra de Buenos Aires (1911-1913) y

proveyó asesoría para planear el golpe de Uriburu contra el representante del radicalismo argentino, Hipólito Yrigoyen. En la búsqueda del terreno ideológico para expandir el nacionalsocialismo hacia América Latina se desarrollaron debates muy particulares, como el diálogo que se establece con Alberdi a través de su idea del territorio pampeano como un “gran desierto”: la paradoja argentina del *Raum ohne Volk* (el espacio vital sin un pueblo que lo ocupara). En otros lugares, como en el Brasil, con una evidente realidad étnica llena de fricción y tensión social, inclusive se establecen diálogos con intelectuales partidarios del dominio racial como forma de planificación social, tales como Oliveira Vianna, quien establece una tautología histórica donde la raza blanca sometería socialmente a la raza negra y la sociedad llegaría a un perfecto equilibrio de dominación. Es así, que como sucede con todos los mitos de raza, la *Hispanidad* trataba mucho menos de una *Nación* que de una clase social.

El Instituto Iberoamericano de Berlín se posicionó, *de facto*, en el centro de una imagen de coordinación y coherencia de la *Kulturpolitik* donde se encontraba el ideal “armónico” del nacionalsocialismo, ante la necesidad surgida después de la Primera Guerra Mundial de reconstituir el “buen ver” hacia Alemania a través del fortalecimiento de sus lazos exteriores. Esta era la idea de un Estado orgánico, extremadamente autoritario y jerárquico, que subsumiendo la cultura a los intereses políticos y económicos del expansionismo nacionalsocialista, contaba con un instrumento oficial de la política exterior de masas; una instancia mediadora con su propio arsenal institucional, donde por un lado expresa la unicidad de la política alemana hacia América Latina, entre el Ministerio de Asuntos exteriores y las legaciones iberoamericanas y, por otro, homogeniza la organicidad de los intereses políticos del aparato institucional del NSDAP sobre los demás grupos y organizaciones culturales políticas en España.

A partir del giro militar durante la Segunda Guerra Mundial, aún se intentó organizar la celebración para el Día de la Raza como un gran acto propagandístico en tiempos de paz, en vista de que Alemania veía la posibilidad de asegurar sus provisiones de materias primas en el escenario latinoamericano. Con el pretexto de que se acercaban los 450 años del *Día de la Raza*, se planeó hacer una gran fiesta que involucrara a la Orquesta Filarmónica de Berlín, que contara como todos los años con la presencia de su orador principal, el Ministro de Propaganda Joseph Goebbels, e incluso se planeó la filmación de una película. Dentro de este rubro de actividades especiales que seguirían con el protocolo para demostrar el *Día de la Raza* como un acto oficial del Estado

nacionalsocialista, se preparó una reproducción del mapa *en sólido* de Martin Beheim (1492), destacado antecedente del mapa de Martín Waldseemüller cuya trascendencia radica en ser la primera vez que aparece la voz “América” en un documento escrito y pictográfico.

Pero la entrada de Estados Unidos al conflicto armado modificó las expectativas sobre la festividad, que se planeó de forma mucho más modesta y cuidó de no incurrir en malentendidos diplomáticos. Inclusive varios boletines del IAI que anunciaban el gran festejo fueron detenidos y sacados de circulación. La urgencia económica a la que se vio sometido todo el país, aunado al quiebre de las relaciones diplomáticas con los países latinoamericanos como consecuencia de la conferencia de Río de Janeiro, hicieron que el IAI se desplazara hacia el margen de las prioridades políticas del NSDAP. El Instituto Iberoamericano prácticamente detuvo sus labores cuando gran parte de la plantilla de sus trabajadores fue enviada a combatir en el frente.

Después de 1945 la propaganda *hispanista* pierde a su interlocutor europeo, a partir del giro liberal dentro del régimen franquista y la marginación del grupo duro de la falange. Posteriormente, al momento de la ocupación de la Alemania Nazi, se elaboró una lista de instituciones que estaban destinadas a disolverse: el nombre del *Iberoamerikanisches Institut* figuraba entre ellas. Sin embargo, nunca se pudo probar la ligazón directa con el NSDAP, puesto que Wilhelm Faupel, a quien se le cargó de toda la responsabilidad histórica de la actividad propagandística del IAI, desapareció junto con su mujer después de la Segunda Guerra. De la misma forma, los archivos más importantes referentes a las actividades durante este período fueron destruidos. El resto de su acervo bibliotecario, que durante esta época seguía normas específicas de adquisición, y que tuvo que ver mucho más con el *Deutschtum* que con otros temas que serían desarrollados posteriormente –como la *Altamerikanistik* (historia precolombina) o la historia colonial–, se conserva hasta nuestros días.

En una medida que no conviene menospreciar, América Latina resultó ser un terreno propicio para el *discurso de dominio* asociado a las *Fiestas* y a los *Días de la Raza*, en el sentido en que muchas de nuestras sociedades se constituyeron históricamente bajo el paradigma de la marginalización étnica y cultural como forma de legitimar el dominio y la exclusión social en términos naturales y ahistóricos. Se constituyeron autoritarismos incuestionables y verdades inconcusas; incluso, las continuidades marcadas por ideologías racistas sobrepasaron a menudo el ámbito de “lo formal” o de la estructura institucional para volverse una forma poderosa de operatividad social.

CONCLUSIONES

El americanismo surgió como la actividad de reflexión sobre América, que como hemos visto, le precedió incluso a su encuentro geográfico y se fue exponiendo a través de distintos objetos que paulatinamente fueron mostrando la transformación sobre la forma de concebir a este espacio. Se ha hecho una transición que va desde el mapa como objeto de conocimiento de la realidad geográfica expresada en un dilema ontológico a la asimilación (o mejor dicho, negación) que se le dio a estas tierras que aparecían a veces lejanas e ignotas para el público europeo sumido en constantes crisis históricas.

La segunda etapa correspondería al lugar que la crónica ocupó como reflejo de la experiencia de viajeros que no venían a conocer a los americanos como objeto científico, por el contrario, a través del proyecto de colonización se podría decir que el objetivo principal era su “encubrimiento” a través de la dominación y destrucción. Sin embargo, inherente a la actividad de los conquistadores, inició la desmitificación sobre el espacio americano como tierra paradisíaca o prometida. El conocimiento de América surgió inevitablemente ligado a la propia necesidad de supervivencia; conocer *al otro* para dominarlo.

La dominación histórica se concibió en un inicio en términos totales, de destrucción y explotación del terreno americano. Posteriormente entraría el matiz reformador de los jesuitas que pensaban en esta interferencia cultural como el paso necesario para la culturización del salvaje. Se podría decir que su obra representa los esfuerzos explicitados por comprender y registrar al indio y a la geografía americana; de tal manera cobraron pertinencia los vocabularios y diccionarios, el análisis de las tradiciones y costumbres, la escritura de la mitología y la historia oral indígena. Sin embargo, la realidad de la vida en la frontera seguida de la deslegitimización del proyecto de evangelización impulsada por la expulsión de los jesuitas, marcaron el gran tono de decepción que a la postre marcaría la actitud cultural hacia las tierras americanas.

La siguiente vez que se intentó seguir con el conocimiento, ahora sí, “científico” tuvo que ver con los viajes de exploración cuyo máximo representante para el mundo de habla alemana es Humboldt. Su obra no fue abordada aquí por exceder en sí misma los límites de este trabajo. Podríamos decir que del espíritu de los jesuitas y de estos viajeros que según se ha dicho, redescubrieron América, surgieron las preocupaciones objetivistas de los primeros caballeros, eruditos o *sabios* americanistas que se reunían

de manera formal en Congresos internacionales donde se pretendía amalgamar una idea bien concreta sobre el *deber ser* del conocimiento americano; a pesar de las evidentes deficiencias que este proceso tenía. La solución a la larga fue la separación de todas las disciplinas que conformaban la americanística en ciencias delimitadas con métodos propios y objetivos específicos. El rechazo a la idea de desarrollar el conocimiento sobre un objeto de estudio, que en sí mismo estuviera en construcción, fue evidente.

El trasfondo americanista y las ideas que impulsaron las imágenes sobre “lo Americano” permanecieron largo tiempo olvidadas y después revitalizadas a la par de la actividad política de las naciones americanas en consolidación.

Como deseo explícito de ampliación sobre el espacio americano, la idea americanista apareció muy posteriormente en lo que después fueron las preocupaciones de los estudios de área a partir del proyecto expansionista bipolar en tiempos de guerra, desde los centros de dominación, entre ellos Alemania; y su contraparte en la respuesta americana.

De la tan ansiada profesionalización que no lograba concretarse en tiempos de la *americanística* surgieron distintas tradiciones, contrapuestas unas con el verdadero objetivo de comprensión de lo americano (como hemos visto en los proyectos de la propaganda nazi) y otras aún inscritas en esta búsqueda. Tal es la vocación que hemos seguido y por lo tanto el reto que nos ocupa tiene que ver con la averiguación del significado americanista contenido en el difícil proceso de la disciplinarización de los Estudios Latinoamericanos.

Dentro de las definiciones sobre lo que son los Estudios Latinoamericanos, se les ha entendido como una *metodología*, “una forma, un estilo de trabajo” que surge del entrecruce de las disciplinas académicas y sus usos políticos. En esta medida se destaca el binomio de ideas conformado por Bolton / O’ Gorman, donde la referencia es expresada por la compleja relación emanada hacia Estados Unidos. Dicho así, se podría decir entonces que los estudios latinoamericanos, (re)definidos a través de tres grandes etapas –la boltoniana con su discusión sobre *la* historia de América; los estudios de área y su contraparte en la CEPAL, y más allá, del socialismo; y una tercera y difusa etapa de crisis sumergida en el macro proceso de la globalización donde el TLCAN aparece como parteaguas histórico- se esfuerzan por enunciarse, primero, como un proyecto de imperialismo que parte desde EE.UU. en el intento de aprehender la realidad de los países menores, en el sentido ontológico de la palabra, y en segundo lugar, corresponden a la reacción, en lo que de *rebelde* tiene, de construir un paradigma

cultural propio en el que se ubique, me parece, América Latina como sujeto y no como objeto.

Así que este sería el “deber ser” de lo que podríamos llamar, la tradición americana de los Estudios Latinoamericanos, que entendida de esta manera se vislumbra como un esfuerzo mayúsculo de construcción identitaria a partir de la diferenciación. Y sobre la misma línea, ¿de qué manera, el gran cruce de Estados Unidos como elemento de ruptura puede dar cuenta del esfuerzo sistemático, en la tradición cultural latinoamericana, por la búsqueda y reflexión de América como un espacio resquebrajado por sus propias contradicciones internas? Y en el trasfondo histórico de este espacio como objeto a construir, ¿en qué medida se desconoce la genealogía del estudio de América, como diferenciación de las disciplinas positivistas y científicas de finales del s XIX, cuyo nacimiento “bastardo” dio pauta para poner en constante tela de juicio todas sus producciones académicas?

Sobre la manera en que la historia de las realidades nacionales permeó en diversas concepciones de los Estudios Latinoamericanos como disciplina político-académica, se han rastreado las construcciones epistemológicas desde antes de la posguerra y nos recuerda el proyecto franquista de “la Hispanidad”, que con la idea de Hispanoamérica como ente históricamente coherente y sin rupturas, crea las primeras instituciones especializadas de investigación. El proyecto cuajó en el “Instituto de Cultura Hispánica”, que a su vez proveyó el acercamiento político- ideológico en el terreno “Iberoamericano” sobre el que a su vez, se sentaron las bases del Ibero-Amerikanisches Institut. Así que estas otras grandes historias de continuidades, crearon también sus propias tradiciones, de imágenes que se espejean -y que en el mejor de los casos se reconocen-, y que, por ejemplo, fueron la mirilla a través de la cual nos vio la hispanística francesa de la Escuela de los Annales.

Las disintonías históricas como la base de múltiples perspectivas de los estudios latinoamericanos, para muchos, se encuentran también en el origen de su crisis. Esto porque el polinomio de América formulado desde diversas enunciaciones políticas, y la consecuente multiplicidad de sus discursos identitarios, conlleva la incesante reasignación de lugares en los proyectos políticos específicos. De la sobrepolitización en los trabajos académicos, se ha reclamado la falta de trabajo de archivo y la sobreabundancia de ideología; su resultante es la permanente sensación de “esquizofrenia e incertidumbre” entre las ciencias sociales y humanidades: aparece de nuevo el vértigo que nos producen los constantes cambios en los procesos de la

modernidad, desdibujando fronteras entre una disciplina y otra. Se ha agregado que, además de las inestabilidades institucionales que se deben al “alto grado de politización”, éstas afectan el campo de estudio en la medida en que se trata de una disciplina joven- curiosamente utilizando el adjetivo con esa adscripción propia de los racionalistas del s XVIII: lo joven, lo inmaduro, o en este caso, lo vulnerable-. Pero lo joven, y lo político, agregamos, no son privilegios exclusivos del nacimiento de nuestra disciplina. Parecería que el desmedro académico de los estudios latinoamericanos que le ha sido atribuido, entre otras cosas, a la matriz política de la cual proceden y se nutren, responde más bien a una incomodidad con los alcances de una disciplina cuyo objeto de estudio se defina a través de la propia construcción del conocimiento.

El intento de formalización de los Estudios Latinoamericanos ocurre en el momento mismo de la crisis de paradigmas en otras ciencias, de ahí que desde un inicio se refleja la historia en tensión, sobre la construcción de una disciplina en momentos de deconstrucción. Por eso la pertinencia del latinoamericanismo sigue vigente: la crisis es entonces, una lucha. Una lucha constante donde la significación ocupa el lugar principal; si la génesis de América es un proyecto político de construcción histórica, de formas de apropiación y reapropiación, nuestra tarea es continuar la crítica a la tesis de la política como arte de lo posible, para establecer utopías que tengan posibilidades de transformar la realidad, en el sentido de establecer un horizonte que, de nuevo, pueda darle sentido a ese espacio.

APÉNDICE 1

Sobre la migración de los nahuas

Por: Becker, John H.

Dadas las condiciones de semejanza lingüística entre algunas tribus de Nicaragua y los Nahuas, tales como el vocablo “Tulha”, el autor propone derrumbar las teorías sobre una posible emigración sur-norte para desechar la idea del posible suelo común entre estos dos entes culturales, basado en la evidencia “positiva” de la teoría de las migraciones.

“En un estudio superficial, la historia aparece como una incongruente y desconcertante masa de batallas y guerras, de la construcción y deconstrucción e imperios con aparentemente escaso orden o razón, el ojo discriminador observará ciertas reglas bien definidas o leyes, que se mueven estable y resistentemente debajo de las turbulencias de la superficie”.

John Becker es un ferviente defensor de la tesis contraria, la del “descenso del Norte”. Estas reglas de migración, *sine qua non* de la evidencia histórica, están básicamente definidas en el avance de naciones bárbaras hacia naciones más civilizadas; de climas ásperos a uno más benigno; de montañas altas hacia las planicies; de la estepa hacia las tierras húmedas y fértiles; y finalmente “de naciones de capacidad craneana promedio superior hacia otras con menor capacidad craneana promedio”. Por lo tanto las migraciones siempre se han dado de Norte a Sur, para lo que incluye el siguiente cuadro donde se demuestra la gradación regular sobre la capacidad craneana desde Perú hasta los Aztecas. Únicamente el comercio de esclavos ha ido siempre en la dirección contraria:

• Capacidad promedio de peruanos	75 pulgadas cúbicas
• Mexicanos	79
• Apalaches	81 1/3
• Algonquinos	83 3/4
• Dakota	85
• Iroqueses	88 1/2

El autor refuerza su tesis basado en tres argumentos, además de las evidencias que quedan en los mitos y la memoria colectiva de los propios Nahuas. El primero es que visto que tanto los Olmecas, los Toltecas, Chichimecas, y los propios Nahuatlacas y Aztecas, por primera vez tocaron la región de las civilizaciones del Anáhuac en su frontera norte (y por lo tanto no en el sur), los defensores de la emigración desde Tulha recurren al “desesperado” argumento de aducir esta atípica migración a la edad de piedra. O que hayan emigrado de sus benéficas tierras a la más agreste planicie del Anáhuac -burlonamente dice, en un globo de aire- evitando la barbarie en el recorrido y sin haber dejado huella alguna de su variante dialéctica en todo ese territorio.

El segundo argumento descalifica la emigración desde el sur a través de datos empíricos que evidencian el descenso del norte: visto que no se conserva una memoria viva entre los habitantes civilizados de Centroamérica sobre Chicomoztoc “las siete cuevas” o Oztotlan “tierra de cuevas”, como sí entre casi todos los pueblos del norte (quienes rápidamente apuntarían al Gran Cañón), no se puede pensar que este lugar esté cerca del altiplano del Anáhuac. Por lo tanto, si trazamos las posibles rutas que siguiendo el curso de los ríos habrían podido tomar las tribus emigrantes, saliendo desde el Valle del Mississippi hacia el fértil valle de México, serían obligados a virar hacia la costa del Golfo de México donde eventualmente se encontrarían con las civilizaciones del

Pánuco, justo el lugar donde se dio la aparición de los Olmecas. Desde ahí, el autor hace concordar la historia y los lugares geográficos recorridos con lo que se conserva en la tradición oral; sobre el encuentro y dominación sobre las otras seis tribus en el lugar de las grutas y su unificación en el proyecto del descenso. Al respecto no nos queda muy clara la mención de la historia de las grutas nuevamente, visto que había partido de la idea de las grutas desde más al norte, con lo que fuerza la historia seguida desde los valles del Mississippi.

El tercer argumento se remite a la historia tradicional que no deja “duda racional” que tanto el Popol Vulch, el Huhue Tlapallan de Ixlixochitl como el Amaquemecan de los Chichimecas cuentan el mismo relato; sobre los toltecas como una tribu rebelde expulsada de los Chichimecas antes que estos últimos emigraran, a la que eventualmente regresarían a buscar a su emperador. De manera contraria a algún vínculo cultural, ninguna nación del sur habla sobre la tradición de los Pueblos y sobre el emperador Montezuma, quien por su parte sí aparece entre los Aztecas, atribuyéndole la causa de la migración.

Como tercera razón aduce las semejanzas culturales basado en reconstrucciones lingüísticas y el contenido de las historias míticas entre algunos grupos del altiplano y otros que viven más al sur. La nación Maqui que habitaba las montañas de Nuevo México y Arizona fueron conquistados por los Toltecas-Nahuas, aunque se conservaron tantos elementos lingüísticos que llegaron hasta los Aztecas. El suelo común se despliega en varias aristas: los Moquis vienen a formar parte de los Mojaves de Colorado, los Matlatzincas comparten un ordenamiento teológico con Chichimecas y toltecas, y finalmente la correspondencia dialéctica entre el lugar del que partieron los Aztecas, Oztotlan, como cuna de los Matlahuas y los Maquis (ambos nombres variantes de la misma familia lingüística, el primero de una raíz azteca-nahua y el segundo de una forma tolteca).

Al final el autor hace una reconstrucción temporal sobre las migraciones desde la emigración de los Toltecas, su paso por naciones alrededor del Río Yaqui, luego su retirada de Xalisco hasta llegar al actual estado de Tamaulipas al lugar llamado Anahuac, rebautizado después Quiahuitzlan (Quetzalapan o Huitzilapan) para distinguir el Anahuac de la costa del Golfo del Anahuac del centro. Basándose en la precisión entre los lugares geográficos actuales y los narrados por Ixlixochitl, el autor reclama la “confianza que se puede tener en los escritores antiguos, puesto que algunos historiadores modernos se han empeñado en desacreditarlos de manera sumaria”.

Finalmente en el segundo parte del trabajo, John Becker continúa en la aseveración de la fundación del Imperio Chichimeca en las ruinas del estado Tolteca. En la tercera, habla de la desaparición de algunos grupos del valle de Mississippi a manos de otras tribus más desarrolladas, llamadas “de la gran serpiente” o protegidos por “una gran serpiente con cabeza humana”, quienes los presionaron en su emigración al sur a refugiarse en fortificaciones hasta finalmente hacerlos desaparecer o integrarlos a su propio grupo. Después de una serie de reconstrucciones míticas entre lo que sobrevivió de la memoria colectiva de esa zona, el autor sugiere que Aztlan sea la propia casa de quienes se refugiaron en fortificaciones, y que el gran río del que se habla sea precisamente el Mississippi. En este punto, compara la facilidad de pasar una relativa gran cantidad de gente y canoas en el sistema de ríos mientras que ese fenómeno sería imposible de repetir ascendiendo desde Nicaragua hasta el Norte.

Una vez aseverada la regla de migración Norte-Sur, de manera relevante y como un punto no enteramente desarrollado, el autor habla de la imposibilidad del surgimiento independiente de costumbres tan similares- un sistema numérico y de calendario vigesimal, la distinción de la nobleza, y sobretodo (y tal vez de manera casi increíble

para este craneólogo convencido) la costumbre de deformarse el cráneo, achatándolo-compartidas entre grupos del Valle del Mississippi, México y Perú.

BIBLIOGRAFÍA

ARDAO, Arturo. *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas, 1980.

BARTELT, Dawid, "Rassismus als politische Inszenierung. Das Ibero-Amerikanische Institut und der Día de la Raza", en LIEHR, Reinhard & MAIHOLD, Gunther (eds.) *Ein Institut und sein general: Wilhelm Faupel und das Ibero-Amerikanische Institut in der Zeit des Nationalsozialismus*. Iberoamericana Vervuert, 2003, pp. 67-129.

BRADING, David, *Orbe Indiano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

BRANT, Sebastian, *La Nave de los Necios*, (Antonio Regales Serna, ed.), Tres Cantos, Madrid, 1998, 343 p.

CARRERAS, Sandra "Historia de una migración peculiar: vidas académicas entre Alemania y Argentina (1870-1930)" En Wehr, Ingrid (ed): *Un continente en movimiento. Migraciones en América Latina*. Frankfurt am Main: Vervuert/Madrid: Iberoamericana, 2006, pp. 325-338.

Compte Rendu du Ite Congres International des Americanistes, Luxemburg, 1877.

COMAS, Juan. Cien años de Congresos Internacionales de Americanistas: ensayo-histórico-crítico y bibliográfico. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1975.

CRESPO, Horacio. "Poética e historia de la cultura latinoamericana. La traducción en Haroldo de Campos", en *Nostramo. Revista crítica latinoamericana*, año II, no.2, otoño 2008-invierno 2009, México, pp. 12-18

CRESPO, Horacio, "El erudito coleccionista y los orígenes del americanismo", en Carlos Altamirano (director), en *Historia de los intelectuales en América Latina*, Vol. I, Jorge Myers (editor del volumen), *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Katz Editores, Buenos Aires, 1a ed., 2008, pp. 290-311

DEL CARRIL, Bonifacio, *La invención del nombre de América*, Buenos Aires, Emecé, 1991.

FEDERMANN, Nicholas, *Historia Indiana*, (traducción de Nélica Orfila), Ed. Nova, Buenos Aires, 1945.

FOUCAULT, Michel. *Historia de la locura en la época clásica*. (trad. Juan José Utrilla), Fondo de Cultura Económica, México, 1982. pp.1-81

FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo XXI ed., México, 2005.

GAOS, José, *Historia de nuestra idea del mundo*, COLMEX, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

- GERBI, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- GLIECH, Oliver, “Das Ibero- Amerikanische Institut (1930-1945)”, Iberoamericana Vervuert, 1990, pp. 265- 281.
- GRUZINKSKI, Serge, *La colonización de lo imaginario: Sociedades indígenas y occidentalización en el México español siglos XVI-XVIII*, (traducción de Jorge Ferreiro), Fondo de Cultura Económica, México, 1991
- HARRIS, Elizabeth “The Waldseemüller World Map: A Typographic Appraisal” en *Imago Mundi*, no. 37, London, 1985
- KOHUT, Karl, TORRALES PACHECO María Cristina (comp). *Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*. Iberoamericana, Madrid, 2007.
- LIEHR, Reinhold, “El fondo Quesada en el Instituto Ibero-Americano de Berlín” en *Latin American Research Review*, vol. XVIII, núm. 2, University of Texas Press, pp. 125-133.
- LOIS, Carla, *América quarta pars: ¿isla o continente? El debate conceptual sobre el estatus geográfico del Nuevo Mundo en el siglo XVI* en “Fronteras de la historia” ICAH, Colombia, no. 13, 2008, pp. 259-279.
- LÓPEZ OCÓN, Leoncio; CHAUMEIL, Jean Pierre; VERDE CASANOVA, Ana (eds). *Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional*, Madrid/ Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2005.
- ORTEGA PEÑA, Elsa. *Fundamentos de epigrafía maya en los investigadores alemanes del s. XIX*. Instituto de investigaciones Antropológicas, UNAM, 2001
- QUESADA, Ernesto, “El día de la raza y su significado en Hispano-América” en *Verbum*, año XII, núm.46, Buenos Aires, 1918.
- QUIJADA, Mónica. “América Latina en revistas europeas de antropología desde los inicios hasta 1880. De la presencia temática a la participación académica”. En *Revista de Indias*, 2005, vol. LXV, núm 234, pp. 319- 336
- MINGUET, Charles. *Alejandro de Humboldt. Historiador y Geógrafo de la América Española (1799-1804)*. Cuadernos Nuestra América, Universidad Nacional Autónoma de México-CCYDEL, México,1985.
- NEBENZHAL, Kenneth. *Atlas de Colon y los Grandes Descubrimientos*, Madrid, Magisterio, 1990
- O’ GORMAN, Edmundo. *Historiología: teoría y práctica*, (estudio preliminar de Álvaro Matute), Biblioteca del Estudiante Universitario 130, UNAM, México, 1999.
- O’ GORMAN, Edmundo. *La invención de América*. Fondo de Cultura Económica,

México, 1958

ORTEGA Y MEDINA, Juan Antonio. *Imagología del bueno y del mal salvaje*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1987

PIETSCHMANN, Horst. “América Latina como subdisciplina histórica”, en *Diálogo Científico*, Centro de Comunicación Científica con Iberoamérica. Vol 9, no. 1/2, 2000

RINGER, Fritz, *El ocaso de los mandarines alemanes. Catedráticos, profesores y la comunidad académica alemana, 1890-1933*, Barcelona, Pomares-Corredor, 1995.

RUIZ, Marcelo, “Microcosmos: el hombre del Nuevo Mundo y la tradición grecolatina”, en *Estudios de Historia Novohispana*, vol.21, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2000, pp. 13-47

RUIZ, Marcelo, “Definiciones de Mundo”, UNAM, (inéd).

RUIZ, Marcelo, “El cálculo de la anchura de la tierra y del mundo habitado: de la antigua Grecia a los textos medievales”. UNAM, (inéd).

SANZ, Carlos “El mapa del mundo. Según el proceso cartográfico de Occidente y su influencia en el de Oriente y Un mapa verdaderamente importante en la famosa Universidad de Yale” en *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, Tomo CII, 1966, pp. 1-22

SANZ, Carlos, “El descubrimiento de América. Revelación de la partitura cartográfica que concertó, anticipándolo, el gran acontecimiento. Los tres mapas que lo determinaron, adelantaron su configuración y le dieron nombre”, en *Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid*, 1972

SCHMIDEL, Ulrich, *Derrotero y viaje a España y las indias* (prólogo de Enrique de Gandia, traducción de Edmundo Wernicke), Espasa Calpe, Buenos Aires, 1944

SCHMIDEL, Ulrich, *Derrotero y viaje a España y las indias* (prólogo de Roberto Quevedo) Biblioteca Paraguaya, Ediciones Napa, Asunción, 1983. Disponible en: <http://kuprienko.info/ulrico-schmidl-derrotero-y-viaje-al-rio-de-la-plata-y-paraguay/>

SCHMIDEL, Ulrich, *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay (1534-1554)*, (prólogo y notas de Klaus Wagner), Alianza Editorial, Madrid, 1986

SCHMIDEL, Ulrich, *Viaje al río de la plata* (introducción y notas de Bartolomé Mitre), Cabaut y Cía, Buenos Aires, 1903. Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12586186423471506765435/p0000001.htm#I_6_

SCHULZE, Ingrid, *Alemania y América. La llamada del Nuevo Mundo, 500 años de presencia alemana en América*, Mapfre, Madrid, 1995

STADEN, Hans, *Viajes y cautiverio entre caníbales*, (estudio preliminar de Luis Aznar, traducción de María E. Fernández), Nova, Buenos Aires, 1945.

STOCKING, George, *Victorian Anthropology*, The Free Press, New York, 1987

TODOROV, Tzvetan, *La conquista dell'America. Il problema dell'altro*, Einaudi, Trento, 2007.

VOLLMER, Günter, “Spengler, Quesada, Leonore und ich: Wie das Ibero-Amerikanische Institut wirklich entstanden ist”, en WOLFF, Gregor (ed.), *Die Berliner und Bradenburger Lateinamerikaforschung in Geschichte und Gegenwart. Personen und Institutionen*. Wissenschaftlicher Verlag, Berlin, pp. 297- 312.

-----Sebastian Brant, “La Nave de los Necios” en *Revista de Filosofía*. 2003, vol.21, no.45, sept. 2003, p.169-180. Disponible en: http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S079811712003000300006&lng=pt&nrm=iso

RANDLES, W.G., *De la tierra plana al globo terráqueo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.

RANDLES, W.G., The Evaluation of Columbus’ “India” project by Portuguese and Spanish Cosmographers in the Light of the Geographical Science of the Period en “*Imago Mundi*” no. 43, 1990, pp. 50-64

SOSA, Ignacio, “Interpretar los estudios latinoamericanos: la incesante búsqueda de paradigmas” en *América Latina, Tres interpretaciones actuales sobre su estudio*. México, 2004, pp. 9-28

VARGAS MARTÍNEZ, Gustavo, *Atlas antiguo de América siglos XV y XVI*. Ed. Trillas, México, 1995

VALERO JUAN, Eva Ma. “Por el camino de la mar, el viaje hacia el ideal de Alonso de Ercilla”, *Atenea*, no. 498, Concepción, 2008. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-04622008000200002&lng=es&nrm=iso

WALDSEEMÜLLER, Martin, *Introducción a la cosmografía y las Cuatro navegaciones de Américo Vespucio*. Traducción del latín, estudio introductorio y notas de Miguel León-Portilla. México: Universidad Nacional Autónoma de México; Fideicomiso Teixidor; Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt; Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México, 2007